

Roque Pérez Prados

Veinte maneras de bajar al sótano



Roque Pérez Prados

Veinte maneras
de bajar al sótano

ÍNDICE

[Créditos](#)

[Título y autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Aviso a navegantes](#)

[El juego del escondite](#)

[Melodía desencadenada](#)

[Retorno a la Casa de la Niebla](#)

[El último amanecer](#)

[¡Claustrofobia!](#)

[El frío corte del acero](#)

[La hora de la muerte](#)

[Amnesia](#)

[Pesadilla tras la curva](#)

[Gozo dominical](#)

[Polvo eres](#)

[El precio del dolor](#)

[El hombre de las manos heladas](#)

[La energía ni se crea ni se destruye](#)

[Medianoche en la biblioteca](#)

[Vuelo mortal](#)

[En la boca de el tiburón](#)

[Una mano me señala](#)

[Un rostro en la ventanilla](#)

[La caza del lobo](#)

[Otro libro publicado por el autor](#)

[Contraportada](#)

*No existen obstáculos para el
que quiere llegar hasta el final.*

Aviso a navegantes

Roque Pérez Prados

Antes de franquear el umbral del oscuro sótano debo avisarte de algo. En los mapas antiguos, la leyenda «Más allá hay monstruos» prevenía a los marineros contra los peligros inciertos que aguardaban en las zonas inexploradas. Se trataba de una advertencia basada en la superstición y el miedo a lo desconocido. Mi aviso, sin embargo, se fundamenta en el conocimiento de la realidad.

Los fantasmas de tu conciencia te aguardan ahí abajo y los encontrarás de cara cuando menos lo esperes. Precisarás valor y decisión para iniciar este viaje, pues una vez abierta la pesada puerta del sótano, una vaharada de aire malsano azotará tu rostro y sonidos indescriptibles provendrán de la oscuridad al fondo de la escalera.

Allí te ahogarás en lugares claustrofóbicos, serás presa de vampiros despiadados, edificios malditos te empujarán a la locura, nadarás entre tiburones asesinos y te secuestrarán psicópatas ermitaños. Presenciarás la venganza de un hombre lobo, conducirás vehículos embrujados, fantasmas acusadores robarán tu sueño y te desquiciarás en carreteras sin salida.

Te invito a un viaje peculiar e interesante. Desnudaré tus miedos para hacerlos propios y yo haré otro tanto con los míos. En un juego de confianza mutua me darás tu mano y yo te extenderé la mía. El compromiso será recíproco: no nos soltaremos pase lo que pase.

Si confías en mí, seré tu guía hacia lo oscuro, escondido e ignoto. Bajaremos al sótano tantas veces como sea necesario, pero juntos. Nada has de temer, pues conozco los senderos de lo inexplicable, percibo las

criaturas que acechan en la oscuridad y presiento las mortales amenazas que emanan de los sueños.

Intentaré que cada viaje al fondo del sótano resulte diferente, que disfrutes con cada emoción, con cada sobrecogimiento, y por qué no decirlo, con cada grito que ahogue tu boca. No se trata de masoquismo, créeme. Puedes compararlo con el cosquilleo en el estómago que provoca un descenso por la más empinada de las montañas rusas. Las sensaciones de velocidad, riesgo y fragilidad son similares a las que el miedo ocasiona en nuestro ánimo y, sin embargo, nos volvemos a montar una y otra vez. Te aseguro que tras la primera experiencia querrás bajar en nuevas ocasiones. Con el tiempo despreciarás tus temores y disfrutarás de un momento entretenido junto a un libro de terror.

Sólo una última advertencia: cuando subas, cierra la puerta del sótano con llave. Como precaución, ya me comprendes. Sobre todo cuando yo no me encuentre contigo...

El juego del escondite

No puedo hablar, pero puedo pensar. Pensar no se oye. Carlos me dijo una vez cuando jugábamos a las cartas que podía leer mi pensamiento. Me dijo que si cerraba los ojos bien fuerte y se concentraba, podía saber cuales eran mis héroes y sus ataques. Carlos siempre se mete conmigo para hacerme rabiar. Se cree que por ser el hermano mayor puede hacer lo que quiera. No puedes adivinar lo que tengo, le dije. A ver, dilo. El cerró los ojos y empezó a hacer ruidos con la boca, como para darme miedo. Pero yo me pegué las cartas a mi pecho, para que no viera nada. El dijo: Spiderman, la Mujer Pantera, el Hombre de Arena y de poderes, Succión, Escalada y Escudo Protector. Entonces, me asusté. El me dijo: ¿Has visto? He acertado, tengo poderes, ahora tienes que obedecerme en todo lo que te mande o te convertiré en una hormiga y te pisaré.

Tuve que darle algunos juguetes y hacerle la cama, hasta que mamá me preguntó. Mamá es muy buena. Me quiere mucho.

Me dijo que por qué le hacía la cama a mi hermano. Pero Carlos no quería que le contase a mamá lo de sus poderes. Yo no hablé. Pensé si mamá tendría también esos poderes. Porque Carlos es hijo suyo. A lo mejor se los había transmitido ella. Ojalá, porque sería peor que los tuviera papá. Papá es muy malo. Le hace cosas feas a mamá por las noches, cuando vuelve tarde. Nos despierta dando voces y mi hermano y yo nos asustamos. Oímos llorar a mamá, pero poco rato, porque después papá se va y ya no se oye nada hasta el día siguiente. Entonces mamá siempre lleva gafas de sol muy grandes que le tapan la cara. Mamá es muy guapa. A mi me gusta más sin esas gafas tan feas.

Un día, cuando mamá me bañaba, le pregunté si ella también tenía

poderes. ¿Qué poderes? Me preguntó. Pues igual que Carlos, le dije, pero no le digas nada porque si no, dice que me convertirá en hormiga. Mamá me preguntó más cosas y tuve que contarle todo. Acabé llorando, pero se lo dije. Entonces mamá me dijo que Carlos no tenía poderes. Que había visto mis cartas en el reflejo del cristal de la ventana. Que no me preocupase.

Pero yo tenía que probar. Quería saber seguro que Carlos no podía leer mi pensamiento. Cuando salí del baño, Carlos estaba jugando en el dormitorio con mis muñecos de Star Wars. Le dije que adivinara lo que estaba pensando. El ni me hizo caso. Seguía jugando con mis muñecos haciendo luchas de sables láser. Hacía muy bien el ruido con la boca: sssssssssshhhhh. Zuuuuuuuuuuuuuuuummmm. Yo se lo dije otra vez, pero como no me hacía caso, le empujé. El me miró con cara enfadada y se levantó para pegarme, pero entonces le hice la pregunta: Adivina lo que estoy pensando, listo. Yo pensaba repitiendo siempre lo mismo: mentiroso, mentiroso, mentiroso...

Carlos dijo que me convertiría en hormiga o rana si no salía de su habitación. Entonces sentí que las piernas me temblaron un poco, pero fui valiente y le repetí la pregunta. Él me dio un empujón fuerte y me tiró al suelo. Me di en la cabeza con algo, y casi se me saltaron las lágrimas, pero me puse de pie. Adivina lo que pienso, le dije.

Pensaba: mentiroso, mentiroso, mentiroso...

Entonces me di cuenta que todo era mentira. Que no tenía poderes. Que me estaba engañando. Le pedí que me devolviera los juguetes. Le dije que le desharía la cama para que se la tuviese que hacer él. Carlos se me tiró encima y me pegó un golpe en la cara.

Entonces llegó mamá.

Mamá es muy buena. Me quiere mucho. Mamá me defendió y castigó a Carlos una semana sin ver la televisión. Le hizo devolverme todos mis juguetes y desde entonces mi hermano no volvió a meterse conmigo. Yo le quiero también. Aunque a veces nos peleemos. Casi siempre jugamos juntos. Tenemos muchos juguetes: el Scalextric, los juegos de mesa, los coches pequeñitos que saltan, los muñecos articulados de Star Wars...

Pero también nos gusta mucho jugar con mamá. Ella siempre juega

con nosotros al escondite. Se pone a contar en el piso de abajo y nosotros salimos corriendo a escondernos en las habitaciones de arriba. Pero siempre nos encuentra. Ella nos dice que le obedecemos cuando nos mande jugar. Yo le pregunté que si estábamos haciendo los deberes los teníamos que dejar y ella dijo que sí, que cuando mandase jugar al escondite nos teníamos que esconder en el sitio más oscuro y difícil de encontrar de toda la casa, para que nadie de los que jueguen nos pueda encontrar.

Yo me ponía a pensar por las noches en mi cama, para ver si descubría un buen sitio. Carlos me dijo que el suyo era buenísimo, que la próxima vez que jugásemos, seguro que nadie le encontraría y que me iba a ganar. Yo le pregunté que donde era, pero no me lo quiso decir. Por eso, cuando descubrí mi sitio para esconderme, tampoco se lo dije, para que se fastidiara.

Me da miedo lo oscuro. No ves las cosas que hay, ni sabes si puede haber algún monstruo escondido para atacarte. Por las noches, cuando no hay luz en la casa tengo mucho miedo. Mamá nos ha puesto un cerrojo en la puerta de nuestra habitación. Dice que lo echemos por dentro cuando nos acostemos. Siempre lo hace Carlos, porque es más alto que yo. Cuando le preguntamos a mamá por qué, decía que así las puertas no se abrirían solas por el viento. Para que no nos asustemos.

Mamá es muy buena. Nos quiere mucho.

Pero cuando está oscuro y no tengo a mamá al lado, me da miedo.

Huele raro. Una vez oí que mamá le decía a una vecina que en los altillos de los armarios había humedad. Que tenía que pintarlos por dentro con una pintura de no sé qué. Pues eso. Debe oler a esa humedad, pero por lo menos se está caliente. Hay muchas mantas. Aquí mamá guarda la ropa del invierno, las mantas, las colchas, los jerséis y todo eso que quita de los armarios cuando empieza a hacer calor. Como hace unos días. He tenido que cambiar algunas cosas de sitio, para caber aquí, porque si no...

También hay unas bolitas que estaban escondidas entre las mantas. He pensado que nos podrían servir para jugar a las canicas. Seguro que cuando las vea Carlos me va a pedir que le de alguna, pero sólo pienso

dejarle una o dos para que juegue. Las demás me las quedaré yo hasta que un abogado hable conmigo. He visto que papá y mamá hacen lo mismo. Cuando papá viene a casa, siempre se enfada, y le pide dinero a mamá. Dice que se queda con el coche y no sé cuantas cosas más. Lo quiere todo para él. Mamá le contesta que no le dará nada antes de hablar con el abogado. Yo no sé lo que es un abogado, pero hasta que alguno venga y me hable, no pienso dar a nadie cosas que sean mías. Ni siquiera estas bolitas tan chulas.

Algunas veces oigo ruidos en las paredes. Es como si algún bicho se moviera por detrás. Creo que algo va a hacer un agujero para meterse donde yo estoy y me va a morder en una pierna o en un brazo. Pero esta vez no me voy a mover del sitio. Se lo prometí a mamá. Pienso ganar el juego.

Hay que ver las cosas que se oyen cuando te quedas muy callado y en silencio. Una vez, en la cama, escuché un ruido en la oreja que tenía pegada a la almohada. Era como el ruido de unos pasos: tumb, tumb, tumb, parecía que alguien estuviera caminando dentro de mi oreja, parecía divertido. También escuchaba, si me fijaba bien, un ruido parecido aunque más fuerte en mi pecho. Mamá me dijo que tenía que ver con no sé qué de la sangre que va por unas venas de dentro de nuestro cuerpo, y que la empuja un motorcito que tenemos en el pecho que se llama corazón. El motorcito será igual que el de un coche pero en pequeño, digo yo. Lo que no me explico es por qué cambia de velocidad cuando pasa algo que me preocupa.

Como los golpes en la puerta por la noche.

El otro día los volví a escuchar. Carlos ni se dio cuenta, porque estaba dormido, pero yo sí me desperté. Sonaba como si alguien estuviese moviendo la manivela de la puerta para entrar. Menos mal que siempre echamos el cerrojo. Yo creo que es papá, porque cuando ve que no puede entrar y empuja con más fuerza, mamá se despierta y se pelea con él. Le dice que se marche. Que llama a la policía. Él le grita que somos suyos y que nos quiere llevar a un sitio.

Papá es malo. Yo no quiero ir con él a ninguna parte. No quiero que me haga cosas malas como a mamá. Seguro que le pega, aunque ella nunca

nos lo dice. Siempre se pone esas horribles gafas y hace como si no hubiera pasado nada. Pobrecita.

Llevo bastante tiempo aquí y todavía no me ha encontrado nadie. Hace mucho rato que mamá dejó de gritar. Esta vez duró más tiempo. Y ahora ya no se le oye. No suele gritar cuando jugamos al escondite, pero esta vez es distinto.

Ahora juega papá.

Cuando se oyó el ruido del coche en la calle, mamá nos mandó de prisa a escondernos. Yo aún no me había terminado mi leche con chocolate de la cena. Me la dejé entera y subí corriendo las escaleras vestido con mi pijama de ositos. Sentí como el motorcito se me movía de prisa. Lo estaba deseando, porque seguro que esta vez iba a ganar. Mamá nos dijo que ahora jugaría papá y que no se nos ocurriera salir del escondite hasta que ella lo dijera. Nos lo dijo llorando. No sé por qué.

Hubo mucho rato de silencio hasta que se escucharon los gritos de Carlos cuando papá le encontró. Duraron menos que los de mamá. Que se fastidie y se hubiera escondido mejor. Ahora ha perdido y yo soy el único que queda.

Oigo cómo papá me llama por mi nombre, pero prefiero taparme los oídos. Me asusto al pensar que a lo mejor, papá tiene los poderes que decía Carlos. Si fuera así, ya me habría encontrado. No tendría que llamarme ¿verdad?

Papá dice que el juego ha terminado. Que ya puedo salir de mi escondite, que he ganado. Pero mamá dijo que hasta que ella no diese la señal, no debíamos salir, y eso voy a hacer.

La voz de papá se escucha cada vez más cerca. Habla raro. Parece que se le ha olvidado hablar porque no dice bien las palabras. Habla como gangoso. No sé qué le habrá pasado. Me dice que no le haga esto, que soy lo único que le queda en la vida, que soy lo único que quiere. Me pide que salga. Me parece que está llorando. A mí también se me saltan las lágrimas. No sé que hacer. Dice que me va a dar un juguete muy bonito, que lo lleva en la mano. A lo mejor es el premio. Seguro que mamá y Carlos están con él, esperando a que salga. Puede que a mamá se le haya olvidado decirme que el juego ha terminado. Si no salgo se irán con el

premio y se lo darán a Carlos.

Eso no puede ser, voy a salir.

¡¡Papá, he ganado, he ganado...!!

Melodía desencadenada

Un poco antes de que la radio emitiese interferencias, el crepúsculo rojizo flotaba en el cielo mientras Ana se dejaba transportar por la música en la comodidad de su coche nuevo. Atrás quedaban los días de compartir vehículo o de largas esperas al autobús. También se acabaron los resfriados en días lluviosos. Ahora disfrutaba de una independencia que había deseado desde su entrada en la nueva empresa, pues su trabajo tenía un único inconveniente: quedaba lejos de casa. Pero tal y como estaban las cosas, no le importó demasiado. «Cincuenta kilómetros no son ningún obstáculo» dijo Ana sonriente al final de la entrevista. El hombre que la evaluaba, anotó algo en su ficha antes de imitar su gesto risueño y tenderle la mano «Está contratada» dijo.

Su nuevo puesto de administrativa en una empresa textil no estaba mal pagado y sus compañeros la habían recibido bien. En especial Mónica, la secretaria de dirección, que pronto se convirtió en su mejor amiga. Ella fue la primera en conocer el nuevo coche, un deportivo rojo que relucía en el aparcamiento de la empresa bajo el sol del atardecer. El semblante de Ana brillaba al mostrar las ventajas de aquella maravilla sobre cuatro ruedas: seis airbag, llantas de aleación, doscientos caballos de potencia, y sobre todo, un magnífico equipo de música con sonido envolvente.

—Y me ha costado la mitad de su precio —apuntó Ana—. La chica que me lo vendió necesitaba el dinero. Le hice una contraoferta y la aceptó sin objeciones ¿No es increíble?

—¿Has comprobado que no tenga algún defecto? Quiero decir, ¿lo has llevado a revisar o algo así?

—Tengo un certificado de garantía del fabricante y el sello de la última inspección técnica. Además, se lo llevé a un amigo que tiene un taller y me dijo que el coche está bien. Es una auténtica ganga. ¿Qué me dices? —
Dijo Ana, sentada al volante de su coche nuevo.

—Que es una pasada, me darás una vuelta algún día ¿verdad?

—Cuando quieras, aunque tienes mucha suerte de vivir tan cerca del trabajo.

—Espera un momento —dijo Mónica mientras buscaba dentro de su gran bolso.

—No me digas que te la has traído...

—Sí, me la acaban de arreglar y funciona muy bien —Mónica extrajo una cámara Pentax profesional como si manipulase un frágil tesoro.

—No sé como sigues usando esa cámara antigua. Lo que se lleva ahora son las digitales...

—Era de mi padre. La conservo con mucho cariño. Incluso heredé su cuarto de revelado con todos los productos químicos y los accesorios de su trabajo.

Mónica enfocó el objetivo sobre Ana, que de inmediato adoptó una postura de pose al volante, luciendo la mejor de sus sonrisas.

—Intentaré encuadrar todo el coche y te pasaré una copia para que tengas un recuerdo.

—Eres un cielo— dijo Ana sin alterar su brillante sonrisa.

El *flash* iluminó la escena en la incipiente oscuridad del crepúsculo y las dos jóvenes se despidieron hasta el día siguiente. Ana, arrebuada en su asiento de cuero negro, disfrutaba de la puesta de sol con una agradable música de fondo. La buena insonorización del auto aislaba los ruidos exteriores potenciando la acústica. Sin duda la música sonaba mejor. El coche respondía bien hasta que la canción se detuvo por la mitad.

—¡Mierda! ¿Qué pasa con la radio? —exclamó Ana contrariada pues el momento de felicidad se había esfumado con las últimas notas de música. Pulsó de nuevo el botón de búsqueda y los dígitos amarillos cambiaron veloces sin detenerse en ninguna frecuencia. Transcurrieron unos segundos hasta que una nueva emisora se sintonizó en el dial. El

seiscientos sesenta y seis de la onda media.

Los acordes de una nueva canción inundaron el habitáculo. Se trataba de «Unchained Melody» de los Righteous Brothers. Ella recordó haberla oído por primera vez en la banda sonora de una vieja película de los años ochenta llamada «Ghost». Una historia de amor truncada por la muerte, donde la balada con la voz nostálgica del cantante, transmitía sensaciones de tristeza que hacían temblar sus ojos al filo del llanto. Decidió que no era la canción adecuada para aquel momento de felicidad y volvió a pulsar el botón de selección.

La melodía se esfumó y el baile sin freno de dígitos se detuvo en una cadena que emitía canciones modernas. Vibraban guitarras eléctricas a ritmo de rock, con acordes rápidos y vivaces. Su energía frenética pareció inyectarle un plus de adrenalina y, sin apenas percatarse, inició una aceleración por encima de los límites, seducida por el ritmo y la sensación de velocidad.

Entonces vio que el indicador de combustible estaba al mínimo y, con fastidio, tuvo que parar en una pequeña gasolinera próxima. Allí aprovechó para ir al servicio mientras Antonio, el gasolinero, llenaba su depósito. Al salir, un poderoso pastor alemán ladraba sin parar.

—¿Qué pasa? —preguntó Ana.

—Será algún animal. Otro perro seguramente. Es raro, porque Sultán no suele ladrar de esta forma —contestó Antonio mientras cerraba el tapón del depósito.

Después de pagar, Ana arrancó el coche y se incorporó a la carretera sin percatarse de que Sultán había salido corriendo detrás de ella sin dejar de ladrar. Cuando el vehículo desapareció en la oscuridad de la autovía, Sultán se detuvo y enseñó sus dientes entre gruñidos.

La noche había caído y Ana consultó el reloj del salpicadero. Eran las siete de la tarde y por delante quedaba media hora de camino por la autovía que conectaba el polígono industrial de su empresa y la ciudad. Volvió a encender la radio para continuar disfrutando de la música. Una nueva canción de rock estalló con su ritmo vivaz y desenfrenado. Ana comenzó a mover la cabeza y a tamborilear con sus dedos en el volante. Se sintió espoleada por el ritmo vibrante y su pie pisó a fondo el

acelerador.

Entonces la música fue interrumpida por nuevas interferencias.

Permaneció en silencio, expectante, deseando que todo volviese a la normalidad, pero los dígitos comenzaron a bailar sin tregua hasta detenerse de golpe en una nueva emisora.

La seiscientos sesenta y seis.

En los altavoces volvió a sonar «Unchained Melody» con la voz lastimera de su cantante que parecía derretirse.

«... Ooooh! My loooove, my daaarling ...».

—¡Pero bueno, qué pasa aquí! —protestó.

Pulsó con fuerza el botón selector y la música cesó. Los dígitos empezaron a cambiar hasta volver, testarudos, al punto de partida: la misma emisora e igual melodía nostálgica que estaba empezando a odiar. Observó con preocupación cómo se sintonizaba la misma emisora en todas las ocasiones que pulsaba el botón. Era como si el resto de las cadenas hubiesen desaparecido y «Unchained Melody» reinase en lo ancho de la banda con su melodía insoportable.

Al comprobar que sus repetidos intentos por buscar otra canción fracasaban sin remedio, decidió apagar la radio. No llegó a reparar en que su respiración se había agitado. Ni siquiera percibió cómo se aceleraban los latidos de su corazón; en su mente se agolpaban las preguntas sobre lo que había pasado. «¿Por qué aparecía siempre la misma canción? ¿Qué estaba pasando con la radio?» No le cabía duda de que estaba estropeada, pero todo había ocurrido de repente y sin ninguna causa conocida. Al día siguiente llevaría el coche al taller. ¡Qué poco había durado su dicha! De todas maneras, con lo que se había ahorrado en la compra, podía adquirir un nuevo equipo de música mejor y más potente.

La radio se conectó sin que Ana la tocara y escupió la misma melodía.

No pudo reprimir un grito y frenó de forma involuntaria. Un largo pitido del coche que la seguía precedió al sonido chirriante de un frenazo. Apenas prestó atención a los improperios del conductor al adelantarla. Ni siquiera le miró. Mantenía sus ojos tan abiertos como los grandes faros de su vehículo. Miraba desconcertada el dial de su radio.

Simplemente no podía creerlo. Allí relucía en amarillo el seiscientos sesenta y seis.

Apagó la radio con una fuerte pulsación pues alguna vez le había ocurrido al intentar apagar otro equipo musical que había pulsado, sin querer, dos veces el botón y se había puesto en marcha al poco de apagarse. Esperó unos segundos con la respiración contenida, implorando en silencio que la radio no se conectase.

Los pitidos estridentes de otros coches le advirtieron de que estaba invadiendo el carril contiguo y tuvo que corregir la trayectoria con un movimiento de volante. Por suerte consiguió rectificar la dirección antes de frenar su marcha un poco más. Ahora, todo el mundo la adelantaba por la autovía, pero eso no parecía importarle. Tan sólo el dial apagado de la radio absorbía su atención. Cuando se encendió de nuevo y la canción de Ghost volvió a sonar, creyó enloquecer al compás de la melodía.

«... and time, goooooooes bye, so looonely ...».

Intentó encontrar una explicación lógica para aquello pero acabó sintiéndose víctima de una broma. No sabía por parte de quién ni de qué manera, pero no existía otra posibilidad lógica aparte de que la radio se hubiera vuelto loca y funcionase con libre albedrío.

La idea de parar el coche y bajarse revoloteó por su cabeza hasta que consideró el peligro de estacionar en el arcén de la autovía. Decidió serenarse y continuar, con la esperanza de que apenas quedaban unos pocos kilómetros para llegar a casa. Entonces la pesadilla tocaría a su fin.

La «melodía desencadenada», pues esa era la traducción del título, continuó sonando hasta sus últimas notas mientras Ana se mantenía a la expectativa, agarrada al volante y mordiéndose el labio inferior. Tenía curiosidad por ver lo que ocurría cuando acabase la canción, aunque se temía lo peor. Había escuchado alguna vez historias sobre una tortura medieval que consistía en una simple gota de agua que caía sin cesar sobre la frente del reo. Ese goteo se convertía en una pesadilla que hacía confesar delitos inimaginables para acabar con la tortura. Ana había experimentado una quiebra psicológica de tal magnitud que también se hubiera confesado culpable de cualquier crimen si le prometiesen que la

canción acabaría. Pero no fue necesario.

La radio se desconectó al finalizar la melodía.

No lo podía creer pero, por fin, el silencio se extendía por el habitáculo como una sábana de seda, aunque no debía confiarse. Sin perder de vista la carretera, ojeaba con frecuencia la pantalla apagada del equipo musical con la certeza de que se conectaría de nuevo. Pensó que era cuestión de tiempo. El paso de los minutos sin advertir cambio alguno, propició que se fuese tranquilizando. Su respiración comenzaba a normalizarse mientras su pecho se hinchaba y deshinchaba con menor cadencia. Cuando un cartel indicador marcó cinco kilómetros para llegar a la ciudad, Ana concentró sus pensamientos en un reconfortante baño caliente y una cena suculenta. Se lo había ganado después de la experiencia. Lo necesitaba. Se encontraba todavía un poco alterada, así que, continuó realizando inspiraciones profundas por la nariz para después expulsar el aire poco a poco por la boca. Procuró concentrarse en el flujo de su respiración mientras conducía el vehículo a una velocidad prudente.

Inspirar, expirar.

Aún así, había algo que le incomodaba pues creía escuchar un extraño eco. Su respiración parecía reverberar dentro del coche que actuaba como caja de resonancia. ¿Escuchaba el eco de su respiración? No tenía sentido, pero dejó de respirar durante un momento y se mantuvo en silencio. Entonces escuchó algo parecido al jadeo ronco y pesado de un enfermo.

Procedía del asiento de atrás...

Su vello se erizó y un latigazo helado la recorrió desde la nuca hasta los dedos de los pies. Había alguien dentro del coche.

Con ella.

Su corazón multiplicó las pulsaciones mientras sus ojos buscaban un lugar en el arcén para detenerse. Sin duda, alguien se le había colado cuando paró en la gasolinera, alguien que se limitaba a observarla en silencio desde el asiento trasero, delatado por su respiración enfermiza que con los minutos, se asemejaba al gruñido de un depredador a punto de saltar sobre su presa.

El sonido del teléfono móvil la sobresaltó. Bloqueada por los nervios, observó en la pantalla el nombre de Mónica y contestó sin atreverse a mirar atrás.

—¡Socorrooooo! —Gritó desesperada antes que su amiga hablase.

—¡Sal del coche ahora mismo! —ordenó Mónica con la voz alterada mientras Ana continuaba gritando— ¡Sal del coche te digo! ¡He revelado la foto! Hay...

La comunicación se cortó, pero Ana había escuchado suficiente. Con un sudor frío cubriendo su frente, intentó dirigir el coche a la cuneta pero comprobó que le era imposible controlar el volante. Se había endurecido de repente y parecía girar por sí solo. Soltó las manos como si hubiese tocado un ser repugnante y profirió un chillido histérico al percatarse de que el coche circulaba solo.

A su espalda, la presencia incrementaba sus expiraciones, prolongadas y largas, cuando la radio volvió a conectarse y estalló la melodía desencadenada.

«*Ooooh, my looove...*».

En un arrebato de locura, Ana accionó la manecilla de la puerta y saltó al exterior.

Abrió los ojos dolorida y todo se difuminaba a su alrededor. Estaba tumbada en una camilla con un gotero conectado a su brazo por una cánula. Se escuchaba el ulular de una sirena.

—Tranquila —le dijo una voz— te pondrás bien muy pronto.

—¡El coche, el coche! —gritó alterada.

—No te preocupes, vamos camino del hospital, allí hablarás con la policía cuando te recuperes. No hubo testigos del accidente pero cogerán al cabrón que te ha hecho esto.

—¿Dónde está el coche? —quiso saber Ana con insistencia.

El médico cruzó la mirada con el camillero de la ambulancia y este preguntó al conductor.

—¿Había algún coche?

—Según creen los policías, ella debía ir caminando por el arcén cuando la atropellaron. El conductor se dio a la fuga.

—Tranquila, encontrarán el coche —le dijo el médico mientras inyectaba una dosis de sedante por la cánula.

Enseguida, Ana se sintió flotar mientras su cuerpo entraba en una relajación satisfactoria. La luz blanca lo cubría todo cuando cerró los ojos y se abandonó al sueño.

—Ha tenido suerte —dijo el camillero.

—Es verdad, yo creí que estaba muerta. Pobrecilla.

—Bueno, vamos a ver si nos tranquilizamos, mira a ver qué ponen en la radio.

El conductor pulsó el botón de sintonía.

Ana abrió los ojos y profirió un grito helador.

Retorno a la Casa de la Niebla

La puerta de hierro oxidado apenas cedió con los empujones. Alfredo pensó que con la llave bastaría para abrirla, pero el paso de los años y la humedad del asolado paraje propiciaron que el óxido calara profundo en las bisagras. Sus grandes barrotes de hierro macizo, coronados por afiladas puntas, le conferían un peso importante, pero era su evidente descuadre el que la hacía rozar en el suelo para dificultar en gran medida su apertura.

Yo, desde cerca, observaba con expectación y temor cómo mi amigo se afanaba en franquear el paso a nuestro automóvil, empujando hacia adentro una de las hojas de la gran puerta que custodiaba el camino de acceso al caserón. Quizás reclamó mi ayuda, pero dudo que le escuchase, pues observaba absorta el letrero, impregnado de orín, que anunciaba la presencia de la inquietante Casa de la Niebla.

Los recuerdos se filtraron en mi mente como el agua entre las grietas de un embalse. Una voz indefinida pronunció mi nombre en la lejanía antes que la niebla lo envolviese todo con su túnica opalina. De repente, adiviné los contornos de la Casa, que emergía de la bruma como un fantasma, mientras yo trataba de escapar a la carrera.

Aquella voz, hueca y distorsionada, llamándome como otras veces, hurgaba en mi mente como un taladro intentando destrozar mi voluntad. «Ven a mí, Verónica» salmodiaba con insistencia. «Ven a mi... ».

La voz de Alfredo me arrancó de aquel estado de ensoñación en vigilia para devolverme al mundo real. Como reputado psicólogo, había ganado mi confianza con su esfuerzo e insistencia en el tratamiento de mi caso. Sin su atención especializada y ánimo infatigable, una mujer débil como

yo no habría superado los traumas que amenazaron mi cordura tras escapar de aquella casa. Ahora, preocupada por encarar mi pasado, afrontaba la cercanía de aquel reducto perverso con la esperanza de acabar con mis frecuentes pesadillas.

Hace muchos años, mi familia murió allí, como tantos otros, engullidos por la leyenda de La Casa de la Niebla; un sobrenombre evidente pues, en contra de las leyes que dicta la cordura, una misteriosa niebla parece cobrar vida en torno a ella, envileciendo su terrible fama de casa asesina.

Desde mi huida, admito que no soy la misma. El espejo me devuelve la imagen de una joven demacrada con ojos lánguidos, muy distinta de aquella jovencita risueña que disfrutaba del cariño de su familia, ajena a los designios que le deparaba el destino. Era consciente de que nada volvería a ser como antes pero confiaba en recuperar la vitalidad que aquella niña perdió en las entrañas del caserón enfermizo.

Respondí, por fin, a la llamada de Alfredo y acudí en su ayuda. Entre ambos conseguimos apartar, con esfuerzo, los pesados herrajes para franquear el acceso a nuestro coche. Sudábamos con intensidad cuando entramos al automóvil, agitada la respiración y exhalando vapor a causa del frío y la humedad. Enseguida se empañaron las lunas del coche y Alfredo intentó, sin éxito, conectar el ventilador para disipar el vaho. Según me explicó, el sistema de ventilación le había ocasionado más de un problema con anterioridad.

Antes de arrancar y mientras limpiaba el parabrisas con su bufanda, me guiñó un ojo con gesto cómplice, despejando en mí cualquier vestigio de temor o preocupación. Así entendí que tenía controlada la situación o al menos, eso aparentaba.

Ante nosotros se extendía, flanqueado por dos hileras de chopos centenarios, el sendero que conducía a la Casa. Las ramas de los árboles descendían hasta las lindes del camino, casi a ras del suelo, entrelazándose con el alambrado de espino que acotaba aquella vereda umbría.

La densa niebla transformaba los troncos de los árboles en difuminados fantasmas y, sobre nuestras cabezas, el enmarañado de sus ramas nudosas asemejaba la bóveda de crucería de una iglesia gótica.

Tuvimos que encender las luces para guiarnos por el angosto sendero, cuyo pavimento, antaño provisto de una fina capa de asfalto, hoy apenas conserva algún resto visible del mismo, cubierto por la hojarasca y capas de tierra húmeda.

Recorrimos los primeros metros del camino a velocidad lenta mientras mis ojos oscilaban a los lados, temerosos de cualquier amenaza oculta. Alfredo, en apariencia, transmitía seguridad para demostrarme su dominio de la situación, pero el brillo acuoso de sus ojos le delató. Un brillo destilado en las calderas del inconsciente, donde bullen los sentimientos más profundos, aquellos que son imposibles de reprimir y ocultar. Como el miedo que derrumbaba su serenidad según nos acercábamos a la Casa.

De vez en cuando, limpiaba con mi mano el vaho condensado en los cristales, pero incluso así empeoraba la visibilidad pues la niebla se hacía más densa alrededor de nuestro coche. En aquellas circunstancias la marcha se ralentizó de tal forma que cualquier persona a paso normal nos hubiese adelantado sin esfuerzo.

Percibí un escalofrío cuando accedimos a la explanada que se extendía frente a la Casa. Recién abandonado el sendero, la niebla comenzó a diluirse de forma sorprendente para descubrir la imagen siniestra y amenazadora de la Casa de la Niebla.

Entonces mis nervios desataron un grito ahogado y apreté con fuerza el brazo de Alfredo. Él detuvo el coche e intentó calmarme, pero percibí que sus manos, grandes y frías, temblaban cuando intentó acariciar mi rostro.

Abrazados en silencio, contemplamos la gran fachada de la Casa que se erguía como una ola gigantesca. Parecía observarnos en silencio tras sus destartaladas ventanas sin cristales, cuyos postigos batían contra la piedra impulsados por el viento, provocando ecos atronadores que atenazaban nuestra entereza.

Desde la falsa seguridad de nuestro coche, escuchamos el silbido del viento al filtrarse por los huecos de los ventanales, sugiriendo amenazas que me negué a descifrar por el bien de mi cordura. Cerré los ojos y tapé mis oídos. Supliqué a Alfredo que me abrazase más fuerte y él lo hizo, con

el rostro desencajado.

Tras unos momentos de indecisión, pronunció unas sorprendentes palabras de duda sobre la idoneidad del momento escogido para enfrentarme a mis temores. Me aconsejó regresar a casa y finalizar nuestra terapia otro día más propicio. Pero yo nunca consideré la huida, pues mis motivaciones para continuar eran poderosas, mucho más incluso de lo que él imaginaba. Entonces, superando mi debilidad, le contesté que había que terminar lo que estaba por hacer. Pensaba finalizar la terapia para acabar con el acoso de mis obsesiones. Alfredo se apartó de mí, sorprendido, mirándome con ojos incrédulos mientras su rostro palidecía por momentos.

Le pedí que bajase del coche y abriese el portón de acceso a la Casa mientras que yo, a cierta distancia, pronunciaría las frases de autoayuda que habíamos practicado los meses anteriores. En el exterior, el viento aullaba con insistencia cuando le extendí una pesada llave de bronce que Alfredo miró como si se tratase de una serpiente venenosa. Dudó un poco antes de alargar su mano para tomarla, y al hacerlo percibí que apenas disimulaba el temblor.

Tras unos minutos, salimos al exterior y el viento dejó de soplar ante nuestra sorpresa como si algo o alguien hubiese desconectado, de repente, un ventilador oculto. Ese inesperado silencio se extendía hacia las inmediaciones de la Casa, como si fuese ella misma su propio origen, y parecía presagiar acontecimientos inesperados.

Alfredo y yo cruzamos las miradas.

Sospeché que, por momentos, consideró volver al coche para escapar de allí conmigo o sin mí, pero finalmente respetó mi deseo como un hombre de palabra. Se giró hacia la Casa y yo retrocedí unos pasos. La enorme fachada de tres pisos, tachonada de humedad y rosetones de moho, parecía combarse hacia nosotros, amenazante.

Volví a retroceder unos pasos en silencio.

Alfredo introdujo la llave en la cerradura oxidada y la giró con facilidad mientras emitía un ruido de fricción metálico. Empujó hacia adentro y el portón de madera carcomida cedió mientras el chirrido de las bisagras se propagaba por el interior para perderse en la oscuridad.

Después empujó la segunda hoja intentando mantenerse lejos del umbral.

Desde la distancia, aprecié cómo su pelo se mecía con suavidad, quizá por efecto de una corriente de aire cuando tuvo que taparse la nariz ante el hedor que parecía regurgitar aquella boca de lobo. Sus esfuerzos por vislumbrar algo dentro fueron vanos pues el contraste de iluminación con el exterior era importante. Entonces retrocedió unos pasos con aparente precaución.

Cuando se volvió hacia mí, con una sonrisa forzada, intentaba disimular el pellizco que debía sentir en el estómago. Sus ojos no mentían cuando brillaron trémulos al mirarme con una expresión más afectada que minutos antes en el coche. La evidente malignidad de la casa golpeaba su mente para derrumbar los cimientos de su racionalismo.

El insigne psicólogo presentaba los síntomas de su paciente, o al menos, empezaba a considerar como fundados los temores que creía originados por una imaginación enfermiza.

—Es el momento, Verónica... enfréntate a tus... miedos. Nada de lo que te asusta es... real. Piensa en todo... lo que hablamos en la consulta...

Sus palabras, más que suponer un estímulo contra mis temores, acabaron ratificando su existencia. Ahora Alfredo pugnaba por deshacerse de aquel complicado trámite profesional sin importarle ni siquiera su resolución pues, atropellado por la urgencia de que todo acabase, intentaba huir de aquel lugar como un día hice yo.

Él esperaba mi respuesta sin perder de vista la entrada de la casa. Por mi cabeza se pasearon impunemente frases del estilo: «Mis temores son infundados» «Nunca volveré a obsesionarme» «Estoy muy tranquila» y otras tantas... a pesar de ser consciente de su completa inutilidad. Pero lo que en realidad esperaba, era que todo se resolviese pronto.

Retrocedí de nuevo ante la mirada expectante de Alfredo.

La Casa de la Niebla, con sus portones abiertos como fauces, se cernía sobre el confundido psicólogo, amenazante. Entonces supe que el desenlace estaba cercano. Me hincé de rodillas tras un banco cubierto de zarzas e intenté ocultar mi rostro con las manos. Alfredo frunció el

ceño y se giró hacia la Casa...

Con...

Demasiada...

Lentitud...

Las puertas se abrieron más, si cabe, cuando una enorme succión le arrastró hasta el interior como un grano de arroz tragado por una potente aspiradora. Me sorprendí observando la escena por las rendijas de mis dedos. Era como otras veces.

Después, las puertas se cerraron con un estampido sordo.

Yo grité, y mis alaridos se solaparon unos instantes con los de Alfredo, al otro lado de la puerta. Después se impuso un silencio fugaz.

Enseguida, se desató de nuevo el viento y los postigos de las ventanas volvieron a entrechocar avivados, en apariencia, por la energía de la sangre recién derramada. Desde entonces, Alfredo quedaría en mi recuerdo como una de las muchas víctimas de la Casa. Ya ni siquiera recuerdo el número.

Mientras conducía el coche camino de casa, rogaba porque este fuera el último sacrificio. Esperaba que por fin, mi vida se normalizase y acabaran las pesadillas. Deseaba que la Casa considerase pagado el tributo pues cada vez era más complicado atraer a las víctimas con variados pretextos.

Las pesadillas cesaron durante meses pero, confirmando mis peores presagios, han vuelto. La imagen de la Casa surgiendo de la bruma se materializa en sueños para atormentar mi descanso mientras esa voz maldita no deja de pronunciar mi nombre una y otra vez. Si tuviese el valor suficiente, habría puesto fin a mi vida, pero estoy condenada a observar la imagen de mi rostro, afilado y anguloso, que me espanta cada día desde el espejo; mis ojos hundidos en sus cuencas... la mirada perdida de un cadáver andante. Quizás sea el momento de tomar una decisión para escapar, por fin, del pozo infernal donde me encuentro.

Buscaré otro psicólogo.

El último amanecer

Estás bajo una conexión psíquica. Por favor, no te asustes. El resto de tus sentidos quedan anulados por el momento, sólo puedes escuchar mi voz, transmitida desde un lugar oculto, no muy lejos de donde te encuentras ahora mismo. De todas formas, no puedes imaginar lo cerca que estuve de ti. Tuve tiempo de observar el pulso lento y cadencioso de tu vena yugular y por unos momentos contemplé la posibilidad de hundir en tu cuello mis incisivos. Hubiese resultado tan fácil...

Pero no temas, aunque mi voluntad controla tu cuerpo y mente de manera casi absoluta, no sufrirás daño alguno. Deja de luchar contra mí, pues percibo una débil resistencia que se difuminará como la niebla de la mañana.

Tal es mi poder.

Puedes considerarte una persona afortunada. Te he elegido para que seas testigo de algo fuera del alcance de ningún mortal. Perdona mi descortesía, creo que no me he presentado. Me llamo Tadeus, aunque tuve muchos nombres a lo largo de mi prolongada vida. Como habrás podido intuir por mis palabras, soy un vampiro.

Probablemente cuestionen nuestra existencia lejos del universo de ficción creado por escritores como Bram Stoker o Sheridan Le Fanu. Pensarás en nosotros como un producto de la superstición popular e incluso te negarás a creer mi historia, pero me temo que por el momento tendrás que confiar en mí; vosotros los mortales lo llamaréis... fe.

Somos muchos los vampiros que poblamos el mundo desde tiempos inmemoriales y yo soy uno de los más poderosos. La supervivencia de nuestra especie, desde un pasado difícil hasta el presente, plagado de

peligros y amenazas, se ha fundamentado en la negación de nuestra existencia real ¡Qué gran error! Mientras vosotros nos etiquetabais como «producto de ficción», nosotros acechábamos desde la oscuridad para saltar al ataque. Siempre nos habéis rodeado de una aureola de *glamour* y magnetismo sexual pues, en realidad, esa fascinante leyenda supone la idealización de vuestros sueños más húmedos.

La mayoría de las religiones persiguen el mismo fin, y este no es otro que alcanzar la vida eterna. ¿Entiendes ahora por qué nuestra figura os fascina sobremanera? Esperáis alcanzar la inmortalidad sin traspasar el umbral a la otra vida, pero esto es peligroso ¿recuerdas la historia de Adán y Eva?

En este aspecto, vuestros conocimientos de nuestro «mito» no se alejan demasiado de la realidad. Te voy a confesar una cosa: he dado de beber mi sangre cientos de veces a muchos mortales como tú, pero la mayoría de ellos ni siquiera me lo agradecieron. ¿Tú que piensas? ¿Te gustaría probar el dulce jugo de la vida eterna?

Perdona, no debí decirlo. Observo cierta alteración en ti. No lo pretendía, te lo aseguro. Permitiré que continúes con tu «intensa» existencia mortal. Llegará un día en que mueras y después... te enfrentarás a la realidad. No seré yo quien desvele lo que hay detrás de la cortina.

Y ahora, continuaré con mi exposición.

Nuestra vida se polariza en dos fases: durante el día, descanso y ocultación. Nos mantenemos fuera del alcance de nuestros enemigos, aquellos que pretenden darnos captura y eliminarnos. En la noche, se cambian los papeles y actuamos como cazadores despiadados, aunque debes saber que en esta fase no todos procedemos de la misma forma.

En mi caso concreto, puedo afirmar sin ningún rubor que disfruté de mis cacerías. Con un estilo certero y sigiloso, mis víctimas apenas sufrieron, pues hice que su vida se extinguiera entre mis brazos como la lumbre de una hoguera bajo la lluvia torrencial. Siempre observé desde las sombras a mis futuras presas, para elegir a jóvenes damas plenas de virtud y belleza, aunque en momentos de escasez no me importó abrazar a efebos bien formados con cuya sangre me alimenté hasta el éxtasis.

En los campos, vigilaba encaramado a los árboles, pues entre su fronda mi figura se tornaba invisible a partir del crepúsculo. Resultaba sencillo saltar de uno a otro y, una vez en el lugar adecuado, caía sobre mis víctimas sin darles apenas tiempo a gritar. Procuraba, para evitar alarmas innecesarias, atacar como mucho a una o dos personas a la vez; no porque ello significase un gran esfuerzo, pues tengo la potencia de diez hombres, sino por cuestión de seguridad.

En las ciudades, la posibilidad de ser visto era mayor. Por ello depuré mis habilidades para adaptarme al medio, de tal forma que desarrollé, por ejemplo, la capacidad de escalar paredes y quedar pegado a ellas desafiando las leyes de la gravedad. Me agradaba contemplar el semblante sorprendido de mis víctimas cuando, en sus propias casas, saltaba sobre ellas de improviso. Apenas oponían resistencia ante mi rápido ataque.

He vivido tantos siglos que ni siquiera recuerdo los años que recorro la Tierra sediento de sangre. He conocido pueblos antiguos de tradiciones milenarias, sus grandes ciudades, su cultura, personajes insignes protagonistas de los más variados acontecimientos, tanto políticos como religiosos, artísticos y bélicos.

Si no fuese por todos aquellos que me han alimentado, ahora no me encontraría aquí, hablándote, por lo cual, en este momento tan especial de mi vida, o mejor dicho, no-vida, quiero tener un recuerdo hacia todos ellos. Yo les privé de lo más valioso que atesoraban. Su vitalidad y energía corren ahora por mis venas. Te parecerá un signo de debilidad por mi parte, pero nunca había dedicado un instante al recuerdo de aquellos que maté. De todas maneras, eso ya no me preocupa, y ahora lo comprenderás cuando desvele lo que prometí en un principio.

Quiero que seas testigo de mi muerte.

Sí, has oído bien. Hoy, es el día elegido para poner fin a mi existencia, y tú vas a tener la suerte de asistir al acontecimiento, aunque no estarás a mi lado, relataré con detalle mis últimos minutos, mis postreros sentimientos de esta condenada no-vida.

¿Y por qué una criatura poderosa e inmortal decide terminar con su existencia? ¿Cuál es la razón de que haya elegido a un mortal como

testigo? Seguro que te haces alguna de estas preguntas y la confusión enturbia tu razonamiento. Quizás seas presa de la perplejidad ante mis inesperadas afirmaciones, pero trataré de explicártelo todo.

Mi vida vampírica ha sido profusa en amores y experiencias intensas, aunque en cierto modo, superficiales. Disfruté con fruición, pero de forma incompleta, pues siempre añoré la mortalidad que tú gozas y apenas valoras. Cuando pienso en ello, acuden a mi memoria recuerdos de juventud como hijo de una influyente familia de patricios, en mi Roma natal. Apenas contaba diecisiete años y mis experiencias vitales aún resplandecían con el brillo de lo novedoso y la seducción por lo prohibido.

Recuerdo con emoción el espectáculo de los amaneceres plácidos desde la cima del Collis Ianiculum. El sol emergía majestuoso entre las montañas mientras sus haces de luz desnudaban a las nubes de su intenso tono cárdeno. Al final, una explosión amarilla saturaba el paisaje con tonos azafrán, descubriendo en la mañana el bello paisaje de mi tierra madre. Así me cautivó aquel amanecer, y así lo recuerdo hoy con el dolor de su pérdida.

El tiempo avanzaba, y con él, mi desarrollo como hombre, el disfrute de la cultura, las relaciones con mis amigos, el respeto por la naturaleza, las mujeres... Eran momentos de gozo. Descubrí los placeres del sexo en diversas bacanales de las que me convertí en asiduo y pronto mi vida comenzó a transcurrir muy rápido. Apenas fui consciente de lo afortunado que era al poseer riqueza, poder y cuantos placeres se me antojasen. Me entregué a los excesos, hasta que un día... me encontré con un vampiro.

Era una mujer hermosa llamada Elea, de largo pelo color azabache a la que conocí en una fiesta en casa de un amigo. Nos retiramos tarde a un lecho alejado del ruido y sin apenas darme cuenta, había cerrado sus incisivos en torno a mi vena femoral. Recuerdo un dolor intenso y punzante en la parte interna del muslo; perdí mis fuerzas de manera casi instantánea. Después me invadió un placer indescriptible y poco a poco, todo se fue difuminando hasta hundirme en la oscuridad.

Cuando desperté, rodeado de tinieblas, sentí una sed abrasadora que

no se calmó con agua ni con vino. Salté, casi por instinto, sobre la primera persona que pasó a mi lado. Era un comerciante persa, gordo y seboso, del que me alimenté excitado. Fueron mis comienzos como vampiro, condenado a vagar entre las sombras en busca de la sangre de los vivos para perpetuar mi existencia.

Me las arreglé para sobrevivir con el paso de los siglos a costa de unas terribles carencias. Jamás disfruté de otro amanecer azafranado ni el calor del sol calentó mi piel. Como puedes ver, no valoré en su momento el tesoro de mi existencia mortal y ahora lloro mis recuerdos.

Desconocí el amor verdadero, pues mis amantes cayeron siempre bajo el influjo de mi poder. Intenté convertir a algunos de ellos en lo que yo era, pero en ningún caso dio los resultados que esperaba. Unos murieron al enfrentarse a mí, otros fueron asesinados por los humanos, el resto, simplemente desapareció de mi lado sin ninguna explicación ¡Ingratos!

Así me arrastré por el mundo hasta ahora y por ello he tomado esta decisión ¿Qué harías si cada experiencia vital despidiera el hedor de lo manido y repetitivo? ¿Qué pensarías si se te privase de lo que más te gusta para siempre? ¿Crees que podrías aguantar una existencia inmortal como yo, proscrito y fugitivo?

He intentado por todos los medios recuperar una vida, parecida al menos a la que tuve con anterioridad. Como fruto de mis investigaciones a través de los siglos, descubrí una manera de caminar bajo la luz del día sin sufrir ningún daño. Hasta el momento, nadie de mi especie lo había conseguido y decidí ser prudente. Se trataba de una vieja bruja que habitaba una casa excavada en la piedra de las montañas balcánicas. Cuando di con ella confirmó en todos los puntos cada una de mis expectativas. Exigió gran cantidad de oro para el pago de sus servicios y, como favor excepcional, quiso que la convirtiese en vampiro. Yo accedí al trato y le procuré todo lo que necesitaba para el ritual. Y cuando digo «todo» incluyo el corazón de un niño recién nacido, una cabeza de clérigo y los orines de una virgen. Finalizado el conjuro, me previno sobre el tiempo impreciso que tardaría en surtir efecto y yo vinculé el pago a la consumación del ritual.

Los días pasaban y mi piel ardía al contacto con el sol en todas las

pruebas que intenté, y así durante más de dos años tuve la paciencia de repetir el experimento todas las mañanas, sacando al exterior una de mis manos y recibiendo una vez tras otra, terribles quemaduras. Esa mano, todavía quemada, se cerraría con la fuerza de una prensa en torno al cuello de la bruja. Mi venganza fue terrible, pues apliqué sobre su arrugado y desnutrido cuerpo la furia del desengaño y la decepción. Había depositado grandes esperanzas en aquel rito pues esperaba recuperar muchos de los alicientes que perdí en mi juventud, y muy a mi pesar, alcancé el convencimiento de que todo lo que un día tuve, ya no volvería... jamás.

Pero ya basta de peroratas melancólicas. Ha llegado el momento que te prometí. He decidido salir del sepulcro, en los sótanos de un edificio ruinoso y exponerme a la luz del sol para contemplar el último amanecer. Eso me matará para siempre y destruirá mi cuerpo, pues mi alma, hace tiempo que la entregué a los demonios del averno ¡Ni siquiera me queda la esperanza de una vida mejor!

Me encuentro tumbado dentro de un frío y oscuro sepulcro de piedra, tapado con una losa de grandes dimensiones que no pertenece a mi morada. La hallé en casa de un artesano al cual no le hacía falta después de sucumbir a mi abrazo mortal. Me protege durante el sueño contra la multitud de ratas que pululan por los sótanos en busca de alimento. No tienen especial predilección por nada, pero sé perfectamente que mi carne sería un bocado exquisito para sus afilados dientes. Desgraciadamente, una de las vampiras que me acompañó en los últimos años, murió atacada por una nube de ratas que consiguieron penetrar en su tumba de piedra desprotegida. En cuestión de minutos, sus alaridos de horror se extinguieron, dejando sólo el rumor de cientos de dientes royendo carne y huesos. Yo conseguí escapar, y desde entonces siempre reposo protegido por esta lápida.

Empujo hacia un lado la losa. El rozamiento con la piedra ya me resulta familiar. Me levanto y un hedor a muerte y descomposición me llega de los cadáveres insepultos que yacen apilados en el sótano donde reposo. Me gusta hacerme acompañar por algunas de mis víctimas. Muchas de ellas no mueren del todo, y las traigo junto a mí por si

necesito alimentarme con urgencia.

Enciendo una antorcha y las ratas huyen despavoridas. Esa es su única utilidad, pues mi visión es perfecta en las tinieblas. Ascendo por unas escaleras destartadas, hasta lo que hace tiempo fueron las dependencias de mi hogar. Ahora sólo quedan paredes derruidas por cuyos agujeros se filtran hilillos finos de luz.

Está saliendo el sol.

Me he entretenido demasiado con mi relato pues deseo que el mundo conozca mi historia con detalle a través de ti y comprenda mi determinación por acabar con mi vida. Aquellos que no creyeron en mi existencia, ahora tendrán una muestra real y palpable revelada por mí mismo. A los «locos» que me buscaron para destruirme, les privaré de ese placer, pues una vez más, me he adelantado a sus mentes torpes y cegadas de odio.

No les permitiré esa satisfacción.

Frente a mí está la puerta que conduce al exterior. Veo la luz brillar. Corro hacia ella como una mosca atraída por una trampa eléctrica. Mi vida se acaba. Voy a salir.

Estoy fuera. Siento el calor del sol sobre mi piel.

Mis ojos están cegados. Tengo calor... calor.

¡Aaaaaahhh! Mis ropas parecen prolongar mi agonía. Me deshago de mi vieja chaqueta, de mis pantalones. Desgarro... mi camisa.

Mi... piel pálida recibe la energía de los terribles... rayos... ultravioleta.

Quiero... terminar... ya.

Que se acabe todo.

Siento como si ardiera por dentro, pero... no veo signos de combustión en el exterior.

¡No me estoy quemando!

¡NO ME ESTOY QUEMANDO!

¡AAAAAARGHHH!

¡NO PUEDE SER!

¡JA JA JA JA JA JA JA!

Acabas de ser testigo de un hecho, asombroso...

¡JA JA JA JA JA!

Resulta... que la vieja bruja... JA JA JA... ¡Tenía razón!

Ahora puedo caminar a la luz del sol. Volveré a gozar de los amaneceres que quiera. Mi vida cambiará por completo. ¡¡Es prodigioso!! Mi poder es tan grande que los humanos tendrán que rendirse a mis pies. Ya no hay tregua. Se acabó el escapar de mis enemigos. Ahora no.

En este momento vuelo a la luz del sol, transformado en un veloz murciélago. Siento la caricia del aire caliente resbalando por el hocico. Mi velocidad aumenta de manera vertiginosa mientras apenas puedo hacer planes sobre mi vida. Algunas cosas, claro, no cambiarán; continúo siendo un vampiro, pero otras se han modificado sustancialmente.

Para mi próximo amanecer, quizás elija el Collis Ianiculum, ya sabes... para recordar los viejos tiempos. Pero dudo si desde lo alto de la torre Eiffel el panorama sería más bonito. Puede que desde el estrecho del Bósforo, el sol emerja majestuoso lanzando sus rayos anaranjados por encima del horizonte.

Frecuentaré las universidades más famosas del mundo, conoceré gente nueva. Todo tendrá un aliciente especial...

¿Sabes? Hay un pequeño problema.

Ahora conoces demasiado sobre mí... y eso me perjudica en este nuevo orden que pienso comenzar en mi vida. Créeme que lo siento, pero van a cambiar algunas cuestiones que hablé contigo al principio.

A propósito, ya he llegado a mi destino... soy realmente rápido.

Voy a liberarte de mi conexión psíquica. Te devolveré la consciencia y el dominio sobre tu cuerpo. ¿Cómo te sientes ahora? Espero que bien...

Siempre me gustó ver la cara sorprendida de mis víctimas... ¿te acuerdas lo silencioso que podía llegar a ser... ?

DATE LA VUELTA.

¡Claustrofobia!

Cuando Roberto se despierta y abre los ojos, le sacude un fuerte escalofrío. Trata de moverse, pero no puede, intenta mirar, pero no ve; pretende gritar, pero apenas sus exiguas fuerzas liberan un gemido ahogado. Cuando intenta incorporarse, golpea su cabeza con algo duro, frío y húmedo. Tiene la certeza de que sus manos permanecen atadas a la espalda, pero apenas percibe el tacto en ellas mientras su cuerpo, entumecido, busca sin éxito un hueco para conseguir moverse.

Su corazón acelerado golpea el pecho con insistencia, como queriendo escapar de la prisión de su tórax. Intenta respirar por la boca, pero la mordaza que lacera sus labios se lo impide. Roberto siente que el oxígeno es cada vez más pobre e insuficiente. Sus pulmones pretenden hincharse con cada inspiración, pero apenas lo consiguen. Él insiste, cada vez con más fuerza ¡No hay aire que respirar!

Intenta recordar cómo llegó allí, mientras paladea el sabor dulzón e inconfundible de la sangre. Aparecen algunos recuerdos desordenados que le sitúan en la oficina de su empresa, sentado frente al tipo de traje oscuro que sonrío con cinismo. Sí, lo recuerda bien ahora, le pide dinero... dinero por protección. Recuerda los guardias de seguridad. Empujones, golpes. El hombre del traje oscuro escapando a la carrera... recuerda, recuerda...

Un dolor agudo en el tobillo derecho le mantiene despierto. Percibe frío al contacto de su empeine con una superficie dura, pero más abajo, en los dedos, apenas existe sensibilidad. No desea conjeturar sobre dónde se encuentra por miedo a que la respuesta resulte demasiado terrible para su estado de ánimo.

Se sorprende tiritando de frío, bañado en la humedad que le impregna. Comienza a perder tacto en los brazos, igual que en pies y manos pues la sangre no irriga sus extremidades. Recuerda que lo primero en congelarse cuando las temperaturas bajan son la nariz, orejas y falanges.

Vuelven los recuerdos. Llamadas de teléfono amenazantes. A su empresa, a su familia, a él. Un millón de euros por su seguridad, por su vida. Recuerda la preocupación, recuerda su denuncia a la policía. Las llamadas cesan. Todo acaba. Se termina la angustia. Su casa vigilada por la policía, seguridad...

No puede respirar. Sus orificios nasales, abiertos como los de un buey, trompetean absorbiendo los últimos restos de aire mezclado con mucosidad. Su pecho se debate en espasmódicas sacudidas esforzándose por inspirar las últimas bocanadas de aire enrarecido.

«Te acordarás de nosotros, Roberto. Ya te lo avisamos y no hiciste caso. Fuiste malo y ahora tendrás que pagar, de un modo u otro... » Las palabras resuenan en su mente furtivas y emboscadas. Aparecen como un chorro descontrolado que le baña de agua fría, que le despierta por un instante, que le aferra a la vida. Recuerda el pinchazo en su brazo al salir de casa, la sensación de mareo, un golpe en la boca, dolor... y oscuridad. Después, despertó aquí...

Por un momento duda si su familia pagará el rescate o si sus captores le matarán cuando obtengan el dinero. Prefiere esto último a la idea de verse morir asfixiado en ese cubículo inmundo. Sólo con pensar en ello se estremece de pánico.

En un intento infructuoso por escapar, se agita con violencia, pataleando, cabeceando... pero apenas puede desplazarse, ni siquiera tomar impulso para un golpe certero contra las paredes oscuras de su cautiverio. El dolor serpentea de nuevo en sus codos, fruto de los desesperados golpes, despellejados por el roce contra el suelo de su cárcel tenebrosa; sangrando, tumefactos... al igual que las rodillas, que la cabeza... El sufrimiento, sin embargo, le mantiene con vida, alerta, pero sin demasiada fe.

Recuerda cuando era pequeño. Tenía un pez muy bonito en una pecera. De un rojo anaranjado y con las aletas muy largas. La pecera cayó

al suelo mientras jugaba con ella y se rompió con estrépito. El pobre pez boqueaba ahogándose fuera del agua. Él se siente como ese pez, sin oxígeno, debatiéndose por ganarle unos minutos a la muerte. Se agita con espasmos descontrolados, consciente de que la vida se le escapa como el agua entre los dedos... tan rápido, tan terrible.

Por su nariz no entra el aire. Intenta un último esfuerzo, pero es inútil: se ahoga. Los dedos, insensibles, se retuercen en las manos y los pies, su cuerpo se tensa. Los ojos, obligados por el esfuerzo, amenazan con salirse de sus órbitas.

Es entonces cuando ve una luz que ciega sus ojos. Se siente flotar, ligero. Sonríe, feliz, libre de sufrimiento. Hay alguien, se acerca, le toca, le agarra de la ropa, le habla:

—Ya estamos aquí —dice la voz.

El frío corte del acero

La mujer yacía en el suelo, inmóvil y completamente desnuda. En su cabeza un gorro de plástico verde recogía su abundante cabello negro. El rostro joven y de piel pálida mostraba un gesto relajado en exceso, con el caído e inerte maxilar dejando entrever unos dientes perfectos y los labios, algo resecaos, pero bellos y perfilados. Por sus párpados entreabiertos asomaban unos ojos verdes, congelados e inertes, sin objetivo alguno en que fijar su atención. Las pupilas, contraídas en exceso, apenas eran visibles.

El cuerpo, esbelto y bien proporcionado, contrastaba con la negrura del sucio asfalto de la calzada. Aquella mujer joven, inanimada, irradiaba vulnerabilidad en el entorno solitario de la ciudad donde nadie caminaba por las calles a las doce del mediodía y ni siquiera los coches transitaban por las avenidas, salpicadas de maceteros con flores mustias y árboles secos.

En el cielo brillaba un sol, extraño y plomizo, que asomaba entre nubes grises de formas imposibles. Los pájaros no sobrevolaban las copas de los árboles ni cantaban sobre sus ramas y sólo el silbido del viento desafiaba la tiranía del silencio, forzando chirridos metálicos al empujar los balancines oxidados del parque. Cuando surcaba las calles desiertas elevaba remolinos de papeles y hojas secas, emitiendo un rugido sordo y amenazador.

Una bolsa de plástico negro fue a parar, en un vuelo caprichoso, hacia el rostro de la joven, aplastándose contra él por el empuje del aire. Entonces se produjo el primer cambio. Una de las manos se contrajo de forma involuntaria antes que la bolsa, que cubría su boca, comenzase a

hincharse y deshincharse al mismo ritmo que lo hacía su torso. Enseguida la cabeza comenzó a moverse con pequeñas sacudidas al igual que sus piernas y brazos. No había transcurrido un minuto cuando la mujer realizó un movimiento semiconsciente y retiró con torpeza la bolsa de su rostro. Enseguida comenzó a respirar grandes bocanadas de aire.

Un rayo de sol hirió sus ojos, aún entreabiertos, y los protegió con las manos mientras encogía su cuerpo en posición fetal. Tardó unos minutos en recuperarse de la sensación de ahogo y después fue capaz de incorporarse para mirar a su alrededor. Sus ojos ahora brillaban con un incipiente fulgor vital para observar el triste paisaje urbano que le producía confusión y extrañeza. Algo aturdida, intentó despabilarse sin dar crédito a lo que veía.

Enseguida se preguntó en qué lugar se encontraba, sin apenas reconocer a Danovia, la ciudad donde había vivido tantos años y que ahora le resultaba tan distinta y solitaria. Consciente de su desnudez, no recordaba lo que le había pasado e incluso tuvo que realizar esfuerzos para acordarse de su propio nombre, Noelia.

La garganta le ardió cuando intentó tragar saliva y, sin embargo, comenzó a sentir el frío recorriendo su piel desnuda. Decidió que debía cubrirse con algo y utilizó su gorro verde y algunas bolsas dispersas por la calle. Entonces se percató de que le faltaban sus anillos, los pendientes y el reloj.

Noelia atravesó el Parque de Beethoven corriendo en dirección a la calle Embajadores. Allí se detuvo en la primera portería que encontró y llamó a los timbres de todos los pisos. Gritó pidiendo ayuda pero nadie contestó, a excepción del viento que parecía mostrarle, desafiante, la soledad que imperaba a su alrededor. Repitió la misma prueba en todos los portales de la calle y la respuesta fue siempre la misma... silencio.

Se dirigió a una cabina telefónica y al descolgar el auricular escuchó un tono distinto del habitual, que sin embargo le resultó familiar. Se trataba de unos pitidos agudos, rítmicos e intermitentes, distintos al tono más grave y continuo del teléfono. Como no tenía monedas, marcó el número para llamar a cobro revertido a su casa, pero el tono de la línea

permaneció inalterado. Después de varios intentos corrió en busca de otra cabina con la esperanza de hablar con sus padres.

Un dolor punzante y agudo en su costado derecho la arrojó al suelo. Gimió apretando sus manos contra el foco de dolor. Ese gesto la había ayudado antes y no sabía bien por qué. Un amigo le explicó, hace tiempo, algo relativo a la imposición de manos y ella se había reído de esas tonterías, pero después había comprobado que algunos dolores se mitigaban al colocar sus manos sobre la zona afectada. Pero aquel dolor no remitía en su costado extrañamente endurecido.

Le invadía el miedo a morir allí mismo, sola y sin ayuda, cuando un nuevo recuerdo difuso se materializó en su mente: había sufrido antes aquel dolor y se preguntaba por qué su cerebro parecía olvidar cierta información de forma selectiva.

El malestar se fue calmando poco a poco, sin desaparecer del todo. Permaneció silente y enquistado, en forma de leve pinchazo. Incluso ahora, no mejoraba con la presión y Noelia prefirió no volver a tocarse.

Se levantó con dificultad y reemprendió la marcha. Sus ojos oscilaron inquietos hacia ambos lados de la calle sin encontrar rastro de ninguna persona; sólo la imagen de una bella modelo, que guardaba cierto parecido con ella, le contemplaba sonriente desde una valla publicitaria. Allí había escrito un mensaje:

«Jasbare en el Trocen Alcimerco».

Nunca había visto un idioma parecido, a no ser que estuviese escrito en clave. Comenzó a dar vueltas a la frase, a pesar de sentirse algo embotada. Siempre le habían gustado los pasatiempos porque suponían un reto a su inteligencia. Enseguida encontró el significado con sólo invertir el orden de las sílabas en cada palabra:

«Rebajas en el Centro Comercial».

No entendía bien el porqué del enigma, aunque en sus circunstancias ese interrogante era secundario. Sin rumbo y desorientada, emprendió el camino al Centro Comercial como tantas veces lo había hecho junto a su madre. Mientras avanzaba por la calle tuvo el presentimiento de que

alguien la observaba pero a su alrededor no existía otra cosa que soledad y tristeza. Preguntó varias veces en voz alta si había alguien, pero al no hallar respuesta, se dirigió a la carrera hacia su destino.

El llamado Centro Comercial consistía en una serie de calles, repletas de tiendas tradicionales, cercanas al núcleo histórico de la ciudad, aunque allí también se ubicaban las grandes multinacionales de ropa y servicios. Aquel enclave suponía una alternativa frente a las grandes superficies comerciales instaladas en las afueras de Danovia.

Pasó por delante de algunas tiendas que le gustaba visitar cuando salía de compras: ropa, zapatos, bolsos, todas con las puertas abiertas en una clara invitación a entrar. El género estaba bien expuesto y ordenado bajo la luz de potentes focos en espacios carentes de cualquier presencia humana. Entró en una de las tiendas de ropa y tomó de los estantes un juego de ropa interior blanca, unos vaqueros desteñidos y un suéter azul que le quedaba bastante ajustado. El dolor repuntó cuando se puso los pantalones y tuvo que desabrocharse el primer botón. Atravesó descalza el parquet de la tienda en busca de un teléfono y lo encontró oculto tras el mostrador de caja. Era su oportunidad y debía aprovecharla.

Descolgó el auricular y al pegarlo al oído, su rostro adoptó una mueca de espanto. Lanzó el teléfono al suelo, como si le quemase en la mano y permaneció mirándolo, petrificada, negando con su cabeza lo que había escuchado.

Los latidos de un corazón...

Escapó asustada de la tienda de ropa y, tras comprobar de nuevo que nadie aparecía por la calle, entró en una zapatería. Eligió con rapidez unas botas marrones de piel natural con poco tacón por si tenía que correr. Esta vez tomó dinero de la caja en previsión de cualquier necesidad.

Junto a la caja había otro teléfono.

Al principio decidió no cogerlo por miedo a un nuevo sobresalto, pero pudo más la necesidad de comunicarse con alguien y descolgó el auricular. Allí persistía el eco rítmico del corazón latiente, aunque ahora con cadencia más lenta y pausada. Noelia escapó asustada hacia la calle y gritó pidiendo ayuda, pero esta vez ni siquiera encontró respuesta en el

silbar del viento. El silencio absoluto que la envolvía no presagiaba nada bueno.

Se detuvo un momento e intentó tranquilizarse respirando profundamente. Cuando se creyó calmada, continuó su camino. Pasó por delante de la pastelería donde solía quedar con su novio para comer pastelitos de chocolate. Se sintió feliz al recordar aquello pues significaba que los buenos recuerdos no se habían borrado de su memoria.

Al pasar frente a una cafetería sintió una punzada en la nuca. Algo le había llamado la atención en aquel océano de quietud, quizás un movimiento, no estaba segura. Retrocedió sobre sus pasos y se acercó al extremo del amplio ventanal que daba a la calle. Desde allí podía observar casi todo el interior.

Había una persona.

Sentado en una de las mesas, un hombre corpulento, de pelo plateado que sobrepasaba los cincuenta, bebía *whisky* en soledad, sin mostrar interés por nada más. Noelia reprimió su impulso de entrar para pedirle ayuda pues aquel hombre no dejaba de ser un desconocido, sin embargo, decidió arriesgarse y empujó la puerta de la cafetería. En el interior se disponían varias mesas vacías en un entorno limpio y ordenado bajo la luz de unos tubos fluorescentes. La barra estaba recogida y no se veía ningún camarero. El hombre, absorto en sus pensamientos, apuraba el último trago de *whisky* con la mirada perdida.

—¡Oiga por favor, necesito ayuda! —suplicó Noelia.

El desconocido la recorrió con la mirada y ni siquiera dejó de observarla mientras se levantaba de la silla con cierta torpeza. Avanzó hacia ella y se detuvo a sólo unos metros. Sus ojos marrones, pequeños y algo hundidos, desprendían el inconfundible brillo de la embriaguez. Unas cejas muy pobladas, de un blanco plateado, le conferían cierto aire amenazador. Sacó algo de un bolsillo, que mantuvo oculto tras la espalda en su mano derecha.

—Tranquila niña, no voy a hacerte daño, ven —dijo sonriendo mientras avanzaba con cuidado de no tropezar, tendiéndole su mano libre.

La luz de la cafetería vaciló por unos instantes. Parecía una caída de

tensión. Un chasquear de los fluorescentes precedió a la repentina penumbra, tan sólo alterada por los rayos de sol que penetraban de la calle. Noelia volvió sobre sus pasos hacia la puerta de salida.

—Tranquila niña, no voy a hacerte daño —repitió el extraño, oculto por los claroscuros mientras su mano derecha blandía un afilado bisturí que brillaba iluminado por un rayo de sol. Cuando el hombre accedió a una zona más visible, Noelia le vio sonreír apretando los dientes mientras sus ojos lascivos la escudriñaban con una inquietante mirada.

La muchacha se lanzó contra la puerta de salida pero esta no se abrió.

Empujó fuerte con el miedo punzando en su nuca. La muerte se aproximaba a su espalda pero evitó darse la vuelta y mirar. Empujó más fuerte pero la puerta no se abría. Gritó desesperada y, en un destello de lucidez, recordó que había entrado al local empujando la puerta, así que tiró de ella y pudo escapar a la calle. Cruzó hasta la acera de enfrente y miró atrás.

Nadie la perseguía.

La cafetería permanecía iluminada como al principio y no había señales del borracho psicópata. Corrió calle abajo hacia al Bulevar de los Cisnes. Decidió que continuaría corriendo hasta llegar a su casa o desfallecer. Con amplias zancadas, comenzó a regular su respiración y a mantener un ritmo estable de carrera.

De pronto percibió una sensación húmeda en el vientre a la altura de la zona dolorida; parecía haberse manchado con algo. Introdujo su mano por debajo del suéter sin dejar de correr y la sacó impregnada de un líquido anaranjado. La observó con una mezcla de sorpresa y repugnancia ¿Qué era aquello? ¿Cómo había llegado allí? Enseguida el contacto de algo frío en su estómago le produjo una sensación lacerante. Un dolor agudo le cortó la respiración y le hizo caer trastabillada contra el asfalto.

Yacía en el suelo inquieta, gritando, gimiendo, revolcándose de un lado a otro. Algo clavado en su estómago le hurgaba sin piedad destrozándole las entrañas. Aquello parecía serpentear bajo su piel y cuanto más lo hacía, mayor era el dolor. Se levantó el suéter y observó un gran corte en la zona derecha de su abdomen, por donde manaba abundante sangre.

Desde el suelo, Noelia percibía cómo las siluetas de casas y árboles se difuminaban por momentos. En ese instante oyó una voz.

—Hola Noelia, te estaba esperando —exclamó un joven alto y rubio, que vestía ropas de un blanco deslumbrante mientras sus ojos, azul celeste, la observaban con curiosidad. Sonrió, ajeno en apariencia a su dolor.

—¡Ayúdame! —suplicó Noelia con un hilo de voz.

—Mi nombre es Teronca. Estoy aquí para llevarte con los que te quieren. Sólo necesito que me lo pidas. Si lo haces, tu sufrimiento acabará ahora mismo.

Noelia le dirigió una mirada suplicante con los ojos inundados de lágrimas. Alargó una mano hacia Teronca en un claro signo de consentimiento. El joven la tomó con delicadeza y se produjo un destello azulado. Después, el dolor cesó.

Noelia, incrédula, se puso en pie y levantó el suéter. La herida permanecía allí, pero ahora ya no sangraba. Teronca la abrazó y le señaló el horizonte, mostrando el camino de vuelta a casa. Entonces, se escuchó la melodía de un teléfono móvil. El joven sacó un pequeño aparato de uno de sus bolsillos, pulsó un botón y escuchó.

—Es para ti —le dijo a Noelia acercándole el teléfono.

Cuando la chica se aproximó el aparato al oído, palideció por completo.

Con los ojos en blanco se derrumbó sobre los brazos de Teronca, que la tomó sin esfuerzo evitando que cayese. La silueta del joven portando en brazos a la joven desmayada se recortó contra el sol del atardecer. En el suelo, el teléfono móvil caído emitía un pitido agudo, continuo y plano...

—¡Rápido, ha entrado en parada! Hay que actuar —ordenó el doctor Medina a los enfermeros y auxiliares del quirófano. Todos se afanaron para salvar a la joven que yacía pálida en la mesa de operaciones mientras se escuchaba el pitido de fondo del monitor. En la pantalla, una fría línea recta indicaba la falta de actividad cardiaca.

El doctor Medina tomó el mando de la situación, relevando al cirujano jefe que permanecía bloqueado y absorto, aferrando en su mano derecha,

temblorosa, un bisturí ensangrentado que resplandecía bajo la luz de los focos.

—Ya está bien, Fonseca ¡Por Dios, sólo tenías que extraer el apéndice! Cuando arregle esta carnicería informaré a dirección. Esta vez la borrachera te saldrá cara— amenazó el doctor Medina mientras intentaba cortar la hemorragia.

El doctor Fonseca apenas atendía a las palabras de su compañero. Sus ojos marrones, pequeños y hundidos, casi ocultos bajo unas cejas muy pobladas, recorrían el cuerpo de la joven con un brillo de lujuria en la mirada.

La hora de la muerte

Una buena elección. Estás en el cine, junto a tu chica. Es la primera sesión, a las cuatro de la tarde en un día soleado y caluroso. En tu día libre quieres olvidar los problemas del trabajo.

Olga está menos risueña de lo acostumbrado, seguro que adivinas porqué. ¿Ah, no? Si piensas un poco en sus preferencias, llegarás a la conclusión de que a tu chica no le gustan las películas de terror. ¿Qué ella te acompaña de buena gana a donde le digas? Yo no estaría tan seguro. Cuando la llamaste al trabajo para recogerla, se ilusionó bastante. Al decirle que ibais a comer al Asador de la Huerta se sintió halagada de que la invitaras a un restaurante de moda. Después de todo llevabais poco tiempo saliendo, y ya sabes, a las mujeres les gusta que las sorprendan. Pero cuando después de la comida le propusiste ver una película de terror no interpretaste el significado real de aquella mueca de falsa complacencia.

Olga detesta las películas de terror, y deberías saberlo.

Su amor por los animales no tiene límite, de ahí su colaboración con una ONG al servicio de mascotas indefensas y amenazadas. Gran parte de su tiempo libre es para ellos. Ya lo sabías ¿verdad? Bueno, pues discúlpame, pero si ahora está contigo es porque te prefiere antes que a los perros callejeros, gatos maltratados y todos esos animales que pueblan las perreras esperando recibir el pinchazo liberador. Y tú ¿como lo agradeces? Llevándola a ver una horrible película de terror. Pero hombre ¿por qué te agradan ese tipo de películas? ¿Qué encuentras de agradable en asesinatos de jóvenes impúberes, vísceras, sangre y gritos?

Creo que tu elección de ir al cine ha sido buena, sólo equivocaste la

película. ¿Qué tal una de amor y aventura en el continente africano? ¿O quizás las desventuras de una mujer maltratada por la vida que encuentra por fin el amor? Tampoco sería mala idea ver una sobre desigualdades sociales en la Europa del siglo diecinueve.

Pero tú preferiste una de terror: El Asesino del Hacha.

Voy a intentar comprenderte. Realizaré un gran esfuerzo para entrar en el fondo de tu mente. Muy bien, creo que lo estoy consiguiendo, me parece que encontré una buena razón para entrar a la única película que no cuenta con más espectadores que vosotros para esta sesión: ¿no será que te interesa por alguna razón estar a solas con la chica, en un lugar cómodo y oscuro? ¡Ah, que escondido lo tenías! Disculpa que por un momento haya dudado de tus gustos. Aún no dispones de un apartamento para retozar a tu antojo y hasta que no bajen de precio ni siquiera te lo planteas, por lo menos mientras no te hagan fijo en el trabajo ¿Me equivoco?

Os habéis sentado en la fila del centro, algo alejados del pasillo para evitar que os molesten. La sala es muy amplia, enmoquetada en tonos azules y verdes con una pantalla panorámica enorme. Las butacas, además de espaciosas, son de las que puedes retirar el brazo que hay en medio para disfrutar de un asiento doble.

Propones temas amenos de conversación. Crees que bastará con algunos chistes y comentarios jocosos para rebajar la tensión del momento. Al principio ella sonríe con timidez, pero poco a poco parece darse cuenta de tus propósitos a medida que tu mano desciende hacia su muslo. Piensas que Olga es un poco mojigata aunque la respetas. Desde el comienzo de vuestra relación apenas habéis llegado a algo más que un beso en el portal de su casa, pero sabes que todo es cuestión de paciencia. Crees que la chica también lo desea, pero teme expresar sus sentimientos por vergüenza a tomar la iniciativa. Pero para eso estás tú ¿verdad? Se lo vas a poner fácil, aunque debes de actuar con cuidado.

Retiraste la mano cuando apenas rozaba la piel de su muslo, liso y brillante a la tenue luz de los focos indirectos. Todavía no ha empezado la proyección ni se ha hecho la oscuridad. Sin lugar a dudas, esperarás ese momento. Es posible que cuando entre en acción el asesino del hacha,

ella busque un hombro protector para cobijar su cabeza y allí estarás tú para preservar su mirada cándida de las crueles imágenes del asesino sangriento. Y cuando logres la aproximación final, una vez en tus brazos, ya no habrá mojigatería que valga: ¡la tendrás rendida junto a ti!

Ahora conversáis de asuntos intrascendentes. Ella desliza su mirada hacia los extremos de la sala, quizás en busca de otros espectadores. Sus ojos reflejan un fulgor nervioso. Parecen demasiado trémulos.

¿Crees que confía en ti?

La proyección comienza con unos títulos de crédito que imitan letras garabateadas a mano con sangre. El fondo es oscuro. Rojo sobre negro. Una música demasiado estridente hiere los oídos y acompaña con fatídicos golpes de sonido cada aparición de un nuevo nombre en pantalla.

Ahora la película ha captado tu atención. Por un momento, la curiosidad por ver lo que sucederá distrae los planes sobre la chica, aunque sólo de forma temporal. Tus ojos se abren como ventanas y en sus pupilas se refleja un relámpago que rasga la noche de celuloide. Hay una casa, está lloviendo. Una mujer joven, con el vestido empapado se acerca temerosa a la siniestra y oscura puerta de entrada. Entonces, sientes un pellizco en el antebrazo. Es Olga. Parece asustada, tratando de llamar tu atención. Es lo que planeaste ¿verdad? No ha tardado mucho en buscar la protección que estás deseando ofrecerle. Te susurra algo en voz baja. Mientras tanto, en la película, chirría de fondo una puerta: la chica entró en la casa.

Hay alguien más en el cine.

Señala con disimulo hacia la bocana de entrada. Allí, sumida en la penumbra, apenas iluminada por los destellos ocasionales de la pantalla, se yergue una figura estática que parece observaros. Intentas tranquilizarla, seguro que es un acomodador que realiza su trabajo. Olga te responde que no tiene linterna. Piensa que su actitud es extraña.

En la pantalla, la misma mujer del principio sube unas escaleras apoyada en la barandilla con el rostro desencajado y blandiendo un palo como única defensa. Está buscando algo o alguien. El sonido de los truenos ensordece por los altavoces *Dolby Surround*.

La verdad es que te parece extraño que ese hombre permanezca allí sin mover un solo músculo. Se encuentra en la entrada de la sala, a unos veinte metros de vosotros.

No hay nadie más en el cine.

Nuevos truenos estallan en los altavoces. La mujer grita desesperada abriendo y cerrando varias puertas del primer piso «¿Dónde está mi hijo? ¿Qué has hecho con él?». Grita. En un primer plano, sus ojos brillan y se mueven convulsos. Una puerta se abre con estrépito a sus espaldas...

Olga te vuelve a pellizcar. El hombre se ha movido unos pasos. Ahora se encuentra en el centro de la sala, ante el pasillo central. Te inquietas. Miras a los lados. Hace tiempo que tu vista se acostumbró a la oscuridad. Intentas encontrar una escapatoria, por si acaso, pero hay una bocana de entrada y otra de salida a ambos lados de la sala, sólo que, para llegar a ellas hay que bajar por el pasillo. Abajo está el hombre.

En la pantalla, se desata una histeria de gritos desenfrenados. La mujer huye a trompicones de algo que la persigue. La cámara, capta su expresión de horror alternando planos fugaces del pasillo a su espalda. La acción sugiere movimiento frenético y desesperado. «Es la hora de la muerte» Grita una voz grave desde la oscuridad. La mujer chilla de nuevo.

Olga está desquiciada. Asegura que el hombre os vigila y no debe estar tramando nada bueno. Te suplica que la saques de allí. La verdad es que la situación excede tus expectativas: Olga, asustada, busca apoyo en ti, pero sólo hay una diferencia con tus planes: lo que teme es real y está frente a vosotros.

En la pantalla, se escucha un golpe seguido por rotura de cristales. La mujer parece haber caído en su huída y se halla indefensa ante su oculto perseguidor. Grita histérica sin parar. Hace tiempo que perdió la única defensa de su palo y parece resignada mientras la sombra de su agresor se cierne sobre ella. Ahora los relámpagos iluminan su semblante. El plano encuadra el rostro descompuesto de la mujer, intentando protegerse de algo con una de sus manos.

Ha entrado otra persona en la sala. Parece una mujer que camina con lentitud ante vuestros ojos expectantes. ¿Cuál será la reacción del

hombre? Se detiene a su lado, en pie, mirando hacia vosotros. «Aquí sucede algo extraño, parece cosa de locos» piensas. Miras hacia atrás y sólo distingues la luz de la cabina de proyección. Olga tira de ti. Sabe que algo malo puede suceder y desgraciadamente vosotros sois los protagonistas. La coges de la mano y le pides que retroceda hasta el fondo de la sala, donde está la cabina. Tienes una idea para terminar con este malentendido. Te diriges hacia ellos.

En la pantalla, la mujer se arrastra sobre sus codos sin apartar la mirada de su perseguidor. No puede llegar muy lejos, está acorralada. Sólo hay una ventana y el suelo se encuentra varios metros abajo. Intenta incorporarse, pero le falla uno de sus tobillos, dolorosamente dislocado. «Es la hora de la muerte» vuelve a repetir el hombre.

Olga intenta, sin éxito, pedir ayuda por el móvil mientras tú, te acercas con prudencia, sólo unos pasos, con un nudo en la garganta. Piensas que tal vez se trata de una confusión. Es posible que aquella pareja no tenga nada que ver con vosotros. Seguro que sus ojos, escondidos por la negrura, no se fijan en vosotros. Tiene que haber una explicación. Te niegas a huir despavorido pues temes hacer el ridículo ante Olga, después de todo, ¿no ibas a ser su brazo protector?

«Es la hora de la muerte» escuchas. Pero un escalofrío te atraviesa cuando descubres que, por primera vez, tal afirmación no proviene de la película. Se trata de alguien que aparece por la bocana, con paso lento y figura erguida, como los otros. Arrastra algo por el suelo enmoquetado. Al recibir un golpe de luz, emite un brillo metálico.

«Es la hora de la muerte» pronuncian todos al unísono.

Ahora estás seguro de lo que hay que hacer.

Escapar.

Retrocedes mientras estallan los gritos de la mujer que está siendo asesinada en la pantalla. Se escuchan golpes secos, repetidos y violentos. El asesino descarga su furia homicida mientras la víctima ahoga sus gritos en sangre. La está descuartizando con un hacha.

Ahora también escuchas los chillidos de Olga a tu espalda cuando descubres que nuevas personas han entrado en la sala con el único fin de permanecer en una especie de formación siniestra frente a vosotros. Olga

grita pidiendo socorro. Tu corazón se desboca intentando hallar una salida. Es posible que el encargado de la proyección os oiga. Hay hueco suficiente para que pase uno de vosotros hacia el otro lado. Si consigues alzar a Olga, sólo unos metros, ella pedirá ayuda. Luego escaparás tú.

Siguen entrando personas. Se acumulan a los pies de la escalera. Su número se eleva a veinte o treinta. Comienzan a subir con paso lento. Se mueven con torpeza y lentitud pero avanzan decididos hacia vosotros. Ocupan la extensión de la sala a lo ancho. Avanzan incluso saltando por encima de las butacas. Ahora percibes que sus ojos te taladran con avidez, como una manada de lobos a punto de caer sobre sus presas. Maldices tu suerte mientras subes a la chica, que se encarama gritando por la abertura. Por allí aparece un hombre con rostro asustado que le tiende una mano.

Los lobos avanzan. Están muy cerca. Escuchas su respiración pesada cuando la distancia que os separa se acorta de manera dramática. Gritas pidiendo ayuda. Olga ha desaparecido por la ventanilla. Saltas con frenesí dando la espalda a la turba siniestra que se cierne sobre el ocaso de tu existencia. Pretendes alzarte sobre un saliente en la pared para alcanzar la ventana de proyección.

«Es la hora de la muerte» gritan excitados a tu espalda. Escuchas sus pasos que se arrastran pero no quieres volverte. Intentas llegar arriba saltando. Pides socorro y la voz se te quiebra. Aparece el hombre de antes y te ofrece su mano desde la ventana. Saltas para cogerla. Lo consigues. Tira de ti.

La turba te alcanza.

Una marabunta de manos te agarra con fuerza inhumana, atrayéndote hacia ellos. El hombre que te ayudaba suelta tu mano y huye con la chica.

Estás sentenciado.

Arrancan tu ropa de forma salvaje. Infinitas mordeduras y uñas como garras te destrozan en un aquelarre de dolor y muerte. Tus gritos se ahogan en el ansia desmedida de tus atacantes y ruegas al cielo para morir lo más pronto posible.

—Ahora ¡duerme!

—Escúchame bien. Cuando cuente hasta tres, despertarás y te

encontrarás tranquilo. Olvidarás todo cuanto te ha ocurrido. Volverás con nosotros y tendrás una agradable sensación de bienestar. Después saludarás al público mostrando una sonrisa.

Uno... respira con tranquilidad...

Dos... haz un esfuerzo, respira, respira, toma aire, relajado...

Tres... despierta.

Despierta...

Despierta...

D-e-s-p-i-e-r-t-a...

¡Un médico por favor...!

Amnesia

Te despiertas en un frío suelo bajo la penumbra, con un dolor que se extiende por tu cabeza. Encuentras tu labio superior más hinchado de lo habitual, igual que tu ojo derecho. Al palpar el rostro, sientes un fluido tibio que gotea desde una brecha en tu sien. Es sangre. Estás herida y no recuerdas lo que pasó. Tampoco reconoces el lugar sombrío donde te encuentras «¿Cómo llegué aquí?» es la pregunta para la que no hallas respuesta.

Tu razonamiento se enturbia pues el golpe debió ser fuerte y estás aturdida. Palpas el suelo a tu alrededor y encuentras la humedad de algunos charcos helados que te provocan escalofríos. Huele a podredumbre. Crees distinguir unos contenedores de basura cerca y a los lados se levantan dos paredes, altas y oscuras. Te encuentras, con toda seguridad, en un callejón desconocido al que no encuentras salida.

En la lejanía resuenan unos golpes insistentes que se amplifican en tu cabeza como una caja de resonancia. Te aturden y desorientan. Intentas incorporarte cuando un nuevo dolor sacude tu espalda y la sensación de mareo se apodera de ti. Tu cuerpo vuelve a chocar con el suelo cuando pierdes las fuerzas. Apenas te puedes mover.

Percibes la frialdad del suelo contra tu mejilla mientras el pelo, mojado en tu propia sangre, se te pega en la cara. Un nuevo dolor, en forma de pinchazo, proviene de tu tobillo derecho. Acercas una mano con dificultad y percibes la hinchazón. ¿Te lo torciste? Es muy posible, pues te falta el zapato en ese pie. Recuerdas que Paco te regaló ese par. Eran muy caros, pero a él le gustaban. Trataste de agradecerle, como siempre, y aceptaste el regalo a sabiendas de que los tacones altos no eran lo tuyo. Y

ahora fíjate.

Palpas el suelo en la oscuridad y encuentras el zapato con el tacón roto. «Y ahora ¿qué le diré a Paco?» piensas, buscando una explicación que le satisfaga. Haces un gran esfuerzo por recordar, pero los golpes insistentes, que aumentan su intensidad, te impiden razonar con fluidez. Parece como si hubieran acercado un altavoz a tus oídos.

Sabes que caíste porque se rompió el tacón. Debías ir corriendo con la rapidez propia de tu entrenamiento diario en el gimnasio. Crees escuchar la voz de Paco diciendo: «Mucho gimnasio y te caes en la calle como una niña atolondrada. ¡Si allí sólo estás de cháchara con las amigas!» Ese posible comentario ha despertado en ti un sentimiento de rebeldía. No te importa lo que él piense de tu tiempo de ocio. Después de trabajar en casa todo el día, necesitas desconectar. Piensas que no tiene derecho a criticarte, pues él se pasa todas las tardes tumbado en el sofá, viendo la televisión y bebiendo cerveza. Te hace gracia cuando comparas su barriga con la que tenías tú, embarazada de nueve meses.

Vuelves a recordar. Habías salido del gimnasio, pero echas en falta tu bolsa de ropa. Debiste perderla antes de la caída. «¿Qué pasó?» te vuelves a preguntar. Pero tienes la sensación de que ahora puedes pensar un poco mejor por encima de los golpes que se convierten, por momentos, en un rumor de pasos que retumban en el callejón. Pasos que se acercan.

Levantas la cabeza del suelo e intentas incorporarte de nuevo. Quieres mirar a tu espalda. Los pasos se aproximan. » ¡Socorro!» gritas sin apenas fuerzas. Intentas mirar al otro lado del callejón, pero el único ojo que te queda sano es incapaz de distinguir nada en el contraluz. Algo se acerca desde la entrada al túnel.

Nuevos datos reveladores acuden a tu memoria. Un hombre te pidió fuego al salir del gimnasio. No puedes recordar su rostro, pero sí el dolor que te produjo su agresión. Te pegó con todas sus fuerzas ¿quería robarte? Tuviste energías para escapar corriendo. Recuerdas que pediste ayuda, pero la gente de la calle te miró como a una loca.

Ahora recuerdas más cosas. Escapabas corriendo por miedo a alguien. Ese rostro, crispado por la ira se materializa ahora en tu cabeza. Toma forma la imagen de Paco, tu marido. Recuerdas que ya no estáis casados.

Pediste la separación porque te pegaba, te fuiste de casa y le denunciaste.

Todo encaja perfectamente. Acude a tu memoria un último dato: portaba una pistola. ¡Quería matarte! ¡Huías de él! Y, esos pasos... ¡Son los suyos! ¡Ya viene! ¡Está ahí! Gritas pidiendo ayuda. Le suplicas que no te mate, pero los disparos resuenan en el callejón sin atender a razón alguna.

Pesadilla tras la curva

La carretera comarcal número trece serpentea por los campos de olivos al abrigo de la noche cerrada mientras la luna llena alumbra su perfil sinuoso entre oscuras dehesas olvidadas. En este tramo, cercano a Sierra del Cid, las curvas más cerradas y peligrosas parecen enroscarse sobre sí mismas para reivindicar su leyenda de lugar maldito. Aquí ocurrieron graves accidentes y por eso, aún hoy, muchos conductores evitan esta ruta siempre que pueden.

Hay una curva donde la fría luz de la luna arranca brillos extraños del asfalto agrietado cuando las sombras de olivos centenarios, con espesas frondas cargadas de aceitunas y hojas afiladas, se proyectan sobre la carretera.

El viento gélido agita las ramas de los árboles y provoca un murmullo que se extiende por la vastedad de las dehesas. El rumor de las hojas acunadas por el aire precede a un nuevo sonido, más agudo e incómodo, que se escucha al otro lado de la curva.

El chirriar de las ruedas de un coche.

Aparece, emergiendo de la nada, un Renault Megane azul oscuro que zigzaguea de forma descontrolada. De su maletero, con la puerta arrancada, salen despedidas unas cajas rectangulares que al chocar con el asfalto se abren para liberar abundantes gafas graduadas y de sol.

En su interior Juan Castro, representante de óptica, se aferra al volante con el ansia del miedo a la muerte, intentando controlar el vehículo mientras sus ojos desorbitados devoran el espejo retrovisor. Cuando vuelve a mirar al frente, una imagen de la cuneta, que se agranda en exceso, le provoca un respingo.

Con un brusco volantazo todo parece girar alrededor como en un tiovivo. El paisaje nocturno desfila veloz entre chirridos y sensación de náusea cuando cierra los ojos deseando que todo acabe...

Por fortuna, el coche queda frenado en medio de la calzada. Un fuerte olor a goma quemada le abre los ojos y Juan descubre cómo la carretera se extiende, impenetrable, hasta la siguiente curva. Sin preguntarse cómo ha conseguido controlar el auto, pisa el acelerador y este arranca como un caballo salvaje.

Ahora que enfila una recta intenta recomponer, entre jadeos, cómo empezó todo pero sólo acuden a su memoria fragmentos inconexos en forma de destellos, como pequeñas explosiones de recuerdos.

El coche atravesado en la carretera.

Las sombras.

Frenazo.

Choque. Cristales. El mundo que gira sobre sí mismo.

Dolor.

Sangre.

Juan se pregunta por qué no lo recuerda todo, aunque apenas es consciente de haber sufrido un *shock* traumático. Tampoco piensa en los peligros para su maltrecho corazón que, zarandeado por la ansiedad, le obliga a respirar con agitación. Ni en el riesgo de hundirse dentro del insondable pozo de la locura. Todo queda minimizado frente a lo que viene detrás.

Nuevos recuerdos acuden a su mente.

Gente desnuda.

Golpes.

Sangre en los cristales.

El coche no arranca.

Monstruos.

Juan profiere un grito histérico al revivir la escena. Le arde la boca y percibe cómo una irritación punzante desciende hacia el estómago, como si hubiese tragado cientos de alfileres.

Así descubre lo que es el miedo...

Una creciente ansiedad le impide mirar al retrovisor. Teme descubrir

la imagen de sus perseguidores aunque ¿cómo podrían alcanzar a su automóvil esos seres que corren a cuatro patas? Una sonrisa demencial asoma en sus labios cuando mira el cuenta kilómetros. Ciento veinte por hora. Aún así le asalta la duda ¿Y si estuvieran ahí, con su carrera de brincos desenfrenados y aquellas pelambres agitadas al viento? ¿Y si descubriese que le habían recortado distancia?

Los recuerdos afloran, se ordenan y materializan. Juan se estremece al recomponer la escena del *accidente*. Recuerda cómo, al doblar una curva, encuentra un Nissan Patrol atravesado en la calzada.

¡Va a chocar!

Frena, gira el volante y el coche da dos vueltas de campana para terminar sobre sus cuatro ruedas en el arcén, próximo al otro vehículo. Atontado por el golpe, es un espectador privilegiado de la escena que sucede ante sus ojos. Algunas sombras se acercan al Nissan intentando sacar a sus ocupantes. Sin embargo, se resisten a salir mientras los otros rompen los cristales con piedras. Se escuchan gritos. Arrastran a las víctimas hacia el otro extremo de la cuneta. Dos adultos y dos niños. Tiene la sensación de que incluso les golpean. Se pregunta si el accidente ha trastornado su percepción de la realidad. Restriega sus ojos pero apenas distingue algo más que sombras en movimiento. Cuando intenta desplazarse, una punzada en las sienes sacude su cabeza y le hace sentir como si todo se agitase dentro de una coctelera gigante. Mientras tanto, unos alaridos le llegan desde algún lugar indeterminado. Los gritos se introducen en su cabeza, reverberan, cambian... Tan pronto se oye a un niño como el grito de un hombre. Ya las súplicas de una mujer, ora el rugido de una bestia. Lleva sus manos a la cabeza intentando frenar el vaivén de gritos y lamentos que amenaza con reventar su cráneo.

Impotencia.

Dolor.

De repente, todo cesa.

Cuando el mareo remite, Juan se incorpora sobre su asiento y abre los ojos. Han cesado los gritos y el silencio es aún más tremendo.

Desconcertado, observa cómo un grupo de sombras se arremolinan sobre los cuerpos de las víctimas que yacen sobre el asfalto. Necesita

saber lo que está ocurriendo ¿Es que nadie le ha visto?

Entonces se le ocurre accionar la luz de cruce para iluminar la escena. El motor se ha detenido a causa del golpe y uno de los faros apenas emite una claridad moribunda. Tras varios intentos, sólo arranca un triste quejido del motor que se diluye con la insistencia de su mano. Sabe que si fuerza el arranque descargará la batería y decide esperar un poco. Mientras tanto, nada de lo ocurrido ha llamado la atención del grupo amontonado sobre las víctimas, incluso llegan más para agregarse hasta alcanzar un número de quince o veinte. Le extraña esa obsesiva fijación por los accidentados que roza la morbosidad más repugnante.

Descubre que el cristal de su ventanilla se encuentra cuarteado por el golpe. Envuelve su mano en la chaqueta y golpea con fuerza para liberar los cristales. Un crujido seco precede al tintineo de trozos de vidrio sobre el asfalto. El aire frío invade el habitáculo aportando una agradable sensación de frescura.

Pero enseguida percibe, amalgamado en el aire del campo, un olor indescriptible mezcla de sudor rancio y putrefacción. Entonces, Juan descubre que una de las sombras ha girado su cabeza y parece observarle, silenciosa, mientras se yergue sobre la maraña de cuerpos arremolinados que se agitan de forma salvaje.

Se acerca con sigilo a cuatro patas.

Juan, inseguro, acciona la llave de contacto con insistencia, una y otra vez, sin retirar la mirada de la sombra que se aproxima, casi a rastras y cada vez más cerca...

El brillo lunar, de repente, ilumina a la sombra revelando su verdadera naturaleza. Parece un hombre joven con su cuerpo desnudo y cubierto de un pelo largo que le confiere apariencia salvaje. Su boca rezuma un líquido negruzco que no cesa de relamerse entre los huecos de los dientes, puntiagudos y desproporcionados.

Sigue aproximándose con la seguridad del cazador que estudia los movimientos de su presa acorralada. Juan niega con la cabeza mientras experimenta una humedad caliente en sus pantalones.

El cristal de la ventanilla está roto.

Su cuerpo queda paralizado, a excepción de su mano derecha que,

como dotada de vida propia, continúa girando la llave en el contacto mientras suplica a Dios en voz alta.

El monstruo salta hacia la ventanilla mientras una de sus zarpas, repleta de uñas largas y ennegrecidas, se cierra muy cerca de su cabeza. Al mismo tiempo, el Megane arranca mientras Juan lucha por mantenerse alejado de la ventanilla pues el engendro aún permanece, a duras penas, encaramado al auto. Durante segundos, el coche adquiere velocidad mientras el resto de las bestias inician su persecución a cuatro patas, formando una especie de jauría que aúlla y gruñe tras el olor a sangre nueva.

Cuando la criatura enseña sus dientes, amenazante, Juan aprecia cómo sus ojos refulgen en el rostro oscuro a contraluz. Lo que podrían ser sus brazos, terminados en zarpas de pesadilla, se aferran a ambos lados de la puerta, intentando asegurar su posición para asestar el golpe definitivo.

El aliento fétido del monstruo azota, demasiado cerca, el rostro de Juan.

Piensa que va a morir.

Pisa el freno hasta el fondo.

Las ruedas emiten un chirrido y la criatura sale despedida hacia delante. Juan no quiere mirar atrás. Acciona el contacto y el motor, ya caliente, arranca de nuevo. Al acelerar escucha golpes en la parte trasera. El sonido de rasgado metálico y un crepitar de cristales ponen su vello de punta.

¡Han arrancado la puerta del maletero!

Cree imposible que nada humano pueda correr a esa velocidad y acelera intentando escapar de su alcance. Entonces encuentra al primer monstruo en medio de la carretera, amenazándole de nuevo con sus dientes retorcidos.

Hay un fuerte choque y se escucha un crujido de huesos contra el parabrisas del Megane. Después una oscura mancha líquida, que resbala en hilillos viscosos, desaparece con la acción del limpiaparabrisas. Con el acelerador pisado a fondo, suplica porque la velocidad aumente con rapidez.

Ochenta... noventa... cien...

Frente a él, la carretera se revela entre las penumbras de la noche, iluminada por el único faro que funciona. Traza las curvas con temeridad y al filo de la tragedia, pues desea escapar de allí lo más rápido posible.

Escucha cómo revienta una de las ruedas traseras y pierde el control al entrar en la próxima curva. Los neumáticos chirrían...

Y así llegó hasta aquí, sacudido por la taquicardia, mientras no acaba de creerse que haya sido capaz de dominar el vehículo. Pero antes de cualquier celebración, debe superar un último obstáculo.

Mirar hacia atrás.

Lo intenta, pero sus ojos parecen ignorar la orden y se mantienen fijos en la carretera que comienza a curvarse, mientras su mente sospecha que ellos todavía están ahí.

Finalmente, consigue dirigir la mirada al espejo, atenazado por el temor.

El retrovisor devuelve una imagen despejada de la carretera. No hay nadie...

La curva, se cierra, se cierra... ya termina...

La alegría le embarga. Sonríe y lanza el puño al aire en señal de victoria.

Pero sus ojos pierden el brillo al salir de la curva.

El Nissan Patrol aparece de nuevo cruzado ante él, en una carretera atestada de sombras expectantes. Hay barricadas, piedras, troncos, cuerpos en el asfalto... La imagen del coche se agranda sin remedio.

¡Colisión!

El choque violento despide al Megane fuera de la carretera, transformado en una masa informe de acero y cristal, hasta impactar con el tronco de uno de los grandes olivos que detiene su funesta carrera.

Atrapado entre los hierros, Juan intenta pedir ayuda pero sólo es capaz de articular un leve balbuceo ahogado por la sangre que mana de su boca. Entonces le asalta una vaharada pestilente cuando las sombras se amontonan a su alrededor y saltan sobre él.

El viento vuelve a soplar con fuerza entre las frondas de los olivos, agitando sus ramas con un sonido profundo y siniestro, lo suficiente para mitigar los gritos que provienen más allá de la curva.

Gozo dominical

La claridad emergente de la mañana se filtra por mis párpados mientras retraso el momento de mi despertar, a medio camino entre la vigilia y el sueño. Hoy es domingo y puedo permitírmelo.

Adoro la suavidad de mi almohada, la tersura de unas cálidas sábanas de seda y, por encima de otra cosa, el roce íntimo de pieles desnudas entre mi mujer y yo. Un ligero movimiento a mi espalda delata su mano, suave y fresca, que me roza en un gesto involuntario. Su respiración, acompasada, profunda y cercana, acaricia mi espalda brindándome bienestar.

Ojalá el tiempo se detuviera para conservar este inmenso placer. Nada más me interesa, pues todo adquiere su verdadera importancia bajo las sábanas de mi cama. El pensamiento de que cualquier asunto es relativo se materializa como una buena filosofía de vida: cada cosa a su tiempo, en su orden lógico y en el lugar apropiado. Descubrir las prioridades y aprender a disfrutar de los momentos.

Sí señor, a eso le llamo felicidad.

Y ahora es mi momento.

Me arropo con las sábanas adoptando una posición fetal mientras escucho el sonido delicado de la seda friccionando con mi cuerpo. Hundo mi cabeza en la almohada que me recibe cálida y envolvente. El colchón es blando y me permite adoptar cualquier postura con suma comodidad. Aunque yo me mueva, él se adapta a mí de forma precisa y silenciosa. Tan sólo un niño en el útero materno disfrutaría de percepciones similares.

Por favor, que no se acabe este momento. No quiero perder un solo

instante de mi gozo dominical.

Calidez... comodidad... sosiego... silencio... tranquilidad...

Mis pies encuentran los de ella.

Un sobresalto me avisa que la he despertado, aunque no le costará dormirse de nuevo. ¡Oooh Dios mío! Me acaricia con su mano, delicada y suave. Cuando me abraza, percibo la frescura de su piel mientras sus senos turgentes se aplastan en mi espalda ¡Aaaaaah! El deseo hierve en mis venas y me hace sentir como una caldera a presión. Percibo el fluir de la sangre por mis órganos. Me siento más vivo que nunca, y esa vida se desparrama por mis sentidos mientras soy consciente de su tránsito lento y cadencioso.

Ella recorre con su mano la cara interna de mi muslo, hasta tocar con delicadeza mi excitado miembro mientras percibo un escalofrío al tacto de su mano tibia. Mi cuerpo se estremece cuando advierto la presión de su mano, firme y decidida, sobre mi pene. De mis labios tan sólo escapan gemidos de placer y éxtasis en el momento que sus manos envuelven mi sexo en un movimiento delicado y lo elevan al placer en su grado máximo.

Sabe hacerlo. Y me agrada.

Como por una rendija se han colado, a hurtadillas, algunos pensamientos que alteran mis emociones. ¿Por qué me invaden sensaciones de nostalgia?

Destierro los pensamientos intrusos con una patada imaginaria y cierro la puerta de mi mente para dejarlos fuera. Entre la vigilia y el sueño, penetro en una especie de limbo celestial. Me abro de nuevo al gozo sin fin, ilimitado y eterno.

El rastro húmedo de su lengua en mi espalda provoca que mis ojos cerrados se revuelven en sus cuencas. Suspiro.

Sí, sí, siiiii. Esto me gusta, me gusta...

De nuevo mi mente interrumpe el momento. ¡Maldita sea!

No entiendo lo que ocurre. Han vuelto a entrar.

Sé perfectamente quién soy, y dónde me encuentro, pero no me apetece recordarlo ahora. Deseo permanecer, un poco más de tiempo, encerrado en mi paraíso particular, alejado de la realidad, del exterior.

De la realidad... del exterior... de la realidad...

Escucho el chirriar de los goznes en el portal de mi conciencia.

¡No por favor! Sólo un poco más...

Creo que he despertado. Mi yo consciente toma el control y disipa las brumas de mis sueños vitales. Ahora, una sensación helada roza mi espalda. Me sacude un fuerte escalofrío y el vello de mi cuerpo se eriza.

Estoy desnudo y el tacto de las sábanas se ha tornado áspero en mi lecho de reposo. Una cama tan dura, una humedad tan fría. Me asalta la inquietud cuando percibo el hedor a podredumbre.

¡Oh Dios mío! ¿Dónde me encuentro? ¿Qué me ha pasado? Ha ocurrido otra vez...

Como en tantas ocasiones seré capaz de regresar a mi gozo dominical. No importa cuantas veces suceda pues tantas otras retornaré al principio. Todo el mundo debería disfrutar de una segunda oportunidad, o una tercera, o una cuarta... Si pudiera volver de verdad quizá no habría abandonado mi lecho, ni me hubiese montado en el coche para conducir hacia mi trágico destino.

Ahora no hay dolor. La nostalgia invade mi noche eterna y apenas existen palabras para expresar la pérdida que me consume. Sin embargo, mis anhelos de felicidad y vida se mantienen intactos. Quiero volver a los momentos felices y sentirme vivo. Exijo el derecho a disfrutar de mi gozo dominical. Sólo tengo que concentrarme de nuevo. Así llega el sueño y vuelve a mis venas el calor de la vida que se desparrama por mis órganos.

Percibo la luz a través de mis párpados. La suavidad de la cama. El tacto de su presencia. ¡Cariño, he vuelto!

Otra vez.

Polvo eres

—¿Ángel? —susurró la voz.

El paciente intentó abrir los ojos pero una extraña tirantez en sus párpados se lo impidió. Parecían dos cremalleras que ofrecían al abrirse una resistencia desigual y dolorosa. Visualizó la imagen confusa de un hombre, sentado a su izquierda en un pequeño sillón.

—¿Ángel? ¿Me oye? — insistió la voz.

—¿Quién es... usted? —preguntó Ángel con un hilo de voz.

—Me llamo Arsenio Tapias, soy policía —Dijo mostrando su placa—. Necesito hablar con usted de manera urgente. Sé que se encuentra dolorido, pero los médicos me han autorizado a que le interroge pues su testimonio es vital para resolver el caso. Dígame: ¿puede hablar?

Ángel arrugó la frente y giró la cabeza. Parecía molestarle la luz de la ventana pero algo más provocaba un súbito rechazo en su interior.

El miedo a recordar.

Intentó palpar las cicatrices de su rostro, pero un pinchazo en la muñeca derecha le recordó que le habían colocado una cánula. De nuevo el dolor punzante, de nuevo los recuerdos. Había perdido la noción del tiempo durante su estancia en el hospital. Todo lo ocurrido daba vueltas a su cabeza en un confuso maremágnum de imágenes y recuerdos terribles.

«¿Puede hablar?».

Por supuesto que podía hablar. Lo complicado era ordenar sus pensamientos y sobreponerse a la traumática experiencia, demasiado cercana, que amenazaba con volverle loco. Pensó que, por ocultos mecanismos del subconsciente, podría haber olvidado gran parte de lo

ocurrido por su bien. A pesar de todo, los recuerdos emergían desordenados, envueltos en una sutil bruma que suavizaba la crudeza de los hechos. Pero a medida que su cerebro se calentaba y se abrían las compuertas de la memoria para liberar esos recuerdos, estos manaban en un torrente poderoso para caer a plomo sobre su realidad. Entonces, empapado por ese caudal sin freno, Ángel reconstruyó lo sucedido a gran velocidad.

Demasiado rápido e hiriente.

El pasado le abrió los ojos con ganchos metálicos. Sus pupilas se dilataron cuando un gemido escapó de su boca. En ese momento, lo recordó todo.

—Tómese su tiempo si lo desea— le aconsejó Tapias— tiene derecho a que le asista un abogado...

—Estoy bien— contestó Ángel con renovadas energías— se lo contaré todo, ahora...

Inspiró varias veces, como a punto de sumergirse en el agua. Después volvió la cabeza hacia el policía y le observó con atención. De rostro anguloso y pelo cano, sus ojos fríos permanecían a la expectativa. Sostenía en sus manos un bolígrafo Bic y una pequeña libreta cuadriculada.

—Le escucho —dijo.

—Todo comenzó un veintinueve de Abril...

Recibí la llamada de una empresa de seguridad para comunicarme que había superado con éxito el proceso de selección. Ofrecían un contrato como guardia jurado para trabajar en la escolta de furgones blindados en Valencia. Incorporación inmediata. Nada más colgar estallé de alegría pues se trataba de mi primer trabajo. Enseguida llamé a mi novia para contarle la buena noticia.

—Si vas a Valencia tendrás que buscar una casa allí, porque no podrás viajar todos los días desde Murcia.

—No te preocupes por eso cariño. Buscaré una casa donde podamos vivir y quizás algún día podrás mudarte conmigo.

Al día siguiente me dediqué a revisar anuncios de periódico que

ofrecían casas en alquiler. Una por una, fui descartando opciones por distintos motivos, entre ellos, el elevado importe del alquiler, la distancia con el centro urbano y otras razones que no vienen al caso. En uno de los últimos recortes, el anuncio rezaba: «Se alquila piso de ciento veinticinco metros cuadrados. Cerca de las Torres de Serrano. Tranquilo y económico. Hay que verlo... ».

Enseguida me decidí a llamar sin demasiadas esperanzas. Mi interlocutor, con voz suave y modulada, me explicó la excelente situación del piso, su buen estado de conservación y el bajo precio de alquiler. Concertamos una cita para el día siguiente y, a pesar de ello, evité comentárselo a mi novia para no levantar falsas expectativas.

Cuando llegué a la dirección indicada, me topé con el enorme bloque de viviendas que destacaba del resto por el color verde oscuro que teñía sus paredes. Levantaba cinco pisos y su aspecto general no acabó de agradarme. Sus ventanas exteriores acumulaban tanta suciedad que parecían casi translúcidas y en los pequeños balcones, protegidos por rejas negras, colgaban tallos secos y flores mustias. Multitud de grafitis afeaban las paredes y no pude evitar una comparación con las ruinosas viviendas del Bronx neoyorquino. A punto estaba de girarme y volver sobre mis pasos cuando un anciano de aspecto saludable se dirigió a mí sonriendo.

—Perdone ¿es usted el señor que me llamó por lo del piso? — preguntó con la misma voz suave que había escuchado por teléfono — Me llamo Iván.

Pude haber negado su pregunta para escabullirme como alma que lleva el diablo pero la zona era céntrica y no disponía de otra alternativa, así que, le devolví la sonrisa y me presenté estrechándole mi mano; después le seguí.

Subimos cuatro escalones hasta la puerta principal y me sorprendió la rapidez con que Iván dio cuenta de los mismos. Extrajo de su bolsillo un manojo de llaves ensartadas por un alambre fino. Me fijé en que sus manos carecían de arrugas o manchas y por ello pensé que Iván era más joven de lo que aparentaba. Al abrir la puerta de acceso al inmueble, una corriente de aire alborotó sus escasos cabellos.

Accedimos a un gran zaguán donde no alcanzaban los rayos de sol. Cuando el hombre encendió la luz, distinguí en la pared de mi derecha tres largas hileras de buzones metálicos. Calculé su número en unos cincuenta o sesenta.

—No se preocupe por los vecinos —apuntó Iván— la gente aquí es bastante tranquila y no da problemas.

Avanzamos por un largo pasillo hendido de ventanales a medio abrir y con las paredes pintadas de un tosco *gotelé* que en sus tiempos pudo ser blanco. Las puertas de los pisos marcadas con letras, se enfrentaban en pequeños vestíbulos de cuatro. Habría diez o doce por planta. Una de ellas, se abrió tímidamente a nuestro paso y tan pronto giré la cabeza volvió a cerrarse con rapidez. No le di mayor importancia y traté de seguir al hombre quien, sin apenas darme cuenta, me había sacado unos metros de ventaja.

Entramos en uno de los ascensores e Iván pulsó el botón número cinco.

Al salir, giramos por un nuevo pasillo y nos detuvimos ante la puerta marcada con una «G». Iván miró a su alrededor como si alguien le observase.

—Está bastante sucio. Hace mucho tiempo que no vive nadie— dijo.

—¿No me había dicho que se conservaba perfectamente? —pregunté.

—Es sólo polvo, pero el piso y los muebles que dejó la anterior propietaria están como nuevos. Sólo necesita una buena limpieza y ya podrá vivir en él. —dijo mostrando una sonrisa conciliadora.

Abrió la puerta con algo de dificultad y se echó a un lado, franqueándome el paso. Con un gesto de su mano me invitó a pasar.

—¿Es que usted no entra? —pregunté sorprendido.

—Dentro hay mucho polvo y soy alérgico. Disculpe que no le acompañe. El cuadro de la luz está a la izquierda, más abajo, se halla el interruptor...

Me aproximé al umbral e introduje mi mano con precaución, palpando a tientas la pared en busca del cuadro de luces y el dichoso interruptor. Al encontrarlo levanté los conmutadores y encendí la luz. Una bombilla que colgaba de un destartado portalámparas iluminó el pasillo frente a

mí. Como único mobiliario había una antigua cómoda de roble y un espejo isabelino.

—Por favor, tenga la bondad de sacar el cuadro del crucifijo que hay colgado en la pared de la izquierda. Pertenece a la anterior inquilina y debo entregárselo —me apuntó Iván desde fuera.

—Está bien, está bien— contesté sin apenas hacerle caso.

Encendí las luces a medida que recorría la vivienda, esquivando, de vez en cuando cajas de cartón vacías y objetos esparcidos por el suelo. La suciedad y el olor a humedad anunciaban largas jornadas de limpieza si decidía quedarme con el piso.

Parecía un niño ilusionado mientras examinaba las distintas habitaciones y dependencias. En el salón destacaba una enorme librería, dotada de estantes vacíos y polvorientos. Trataba de hacerme a la idea de cómo quedarían acomodados allí mis libros cuando descubrí que, en una esquina, posiblemente olvidada por la anterior inquilina, descansaba una foto antigua. En un marco de madera descolorida figuraba la imagen de una monja vestida con sus hábitos y con las manos juntas en actitud oratoria. Me llamaron la atención sus profundos ojos claros que miraban al frente irradiando serenidad. En el pie había una inscripción: «Ruega por nosotros» junto a un diminuto rectángulo de tela adherido al papel.

Dejé la foto donde estaba y miré alrededor. Allí encontré una mesa ovalada con sillas, todo cubierto por una sábana. Tres sillones se insinuaban bajo mantas raídas y frente a ellos había un pequeño televisor con el cable de corriente cortado, lo cual no me importó porque apenas solía ver la televisión. El salón era la estancia más grande de la casa y se comunicaba con una terraza por donde se veía la calle. Los dormitorios me parecieron sencillos y funcionales. Pensé que Iván tenía razón, sólo hacía falta una buena limpieza para entrar a vivir.

Miré el reloj y me di cuenta de que el tiempo había transcurrido muy rápido. Iván estaría esperando en la puerta y me dispuse a abandonar la casa con la decisión de quedármela. Estaba seguro de que Elena, mi novia, respaldaría mi elección.

De súbito, reparé en él antes de salir. Colgado en la pared, brillaba con la escasa luz de aquella solitaria bombilla. Se trataba de un icono de

madera forrado en plata que representaba la figura de Jesucristo crucificado, un «Pantocrátor» del medievo. En sus esquinas, los cuatro evangelistas le escoltaban en un conjunto muy bello que combinaba los colores plata y dorado con algunos toques de rojo, azul y verde.

Era una reproducción muy fiel de un icono búlgaro del siglo nueve. Una vez leí un artículo sobre él. Pertenecía a una colección de seis unidades que representaban diversas escenas en la vida de Jesucristo. Por eso conocía su valor. No me explicaba cómo había llegado allí, pero su dueña debía estar bastante preocupada por su olvido. Alargué mi mano para descolgarlo pero, ante mi sorpresa, el cuadro no se movió.

Estaba *atornillado* a la pared.

Examiné con detenimiento el marco y descubrí ocho agujeros por los que pasaban otros tantos tornillos cuyas cabezas se perdían en el interior. ¿Quién habría hecho algo así?

—¡Eh oiga, este cuadro está atornillado a la pared! —indiqué a Iván.

No obtuve respuesta.

Al salir al exterior descubrí que no había nadie. Sin duda, el anciano se había cansado de esperar. Como no contestaba a mis llamadas, decidí cerrar la puerta y marcharme. Entonces tuve la sensación de que alguien me observaba. Miré a mi alrededor y sólo descubrí los portales vecinos de mi zaguán. Me giré sin darle mayor importancia y tiré del pomo descolorido. El resbalón produjo un ruido al chocar con el metal y no se cerró. Tuve que intentarlo varias veces aumentando la fuerza de manera progresiva hasta dar un portazo. Al darme la vuelta, una mujer madura con largo pelo gris, que vestía un batín acolchado, me observaba de pie.

—¿Crees en Dios? —preguntó de repente.

—¿Como ha dicho? —dije sorprendido.

La mujer me observó con ojos tristes, erguida frente a mí en actitud de espera y sin pronunciar palabra. Entonces sonó mi teléfono móvil. Introduje la mano en el bolsillo de la chaqueta y al sacarlo vi grabado el nombre de Elena. Me hice a un lado y contesté a la llamada.

—Perdona cariño, ahora te llamo —le dije antes de colgar—. Disculpe, pero me lla... —no pude acabar la frase.

La mujer ya no estaba.

Me quedé pensativo sin saber qué hacer. Algunos vecinos tienen sus rarezas pero lo de aquella mujer parecía de manicomio. Sin duda se trataba de una vecina «pasada de rosca» y decidí no prestarle mayor atención. Mis inquietudes se centraban en contactar de nuevo con Iván para alquilarle el piso, por lo que decidí llamarle al día siguiente.

Cuando hablé con él para perfilar los detalles del alquiler, me pidió disculpas por su marcha pues, según él, le había requerido un asunto urgente. Enseguida nos pusimos de acuerdo para firmar un contrato bastante sencillo, renovable cada año y le ingresé tres mensualidades por adelantado además de una fianza. Para mi sorpresa, no me hizo firmar un inventario de los enseres incluidos en el arriendo, sólo me insistió en que debía retirar el icono de la pared.

Mis primeros días en la nueva casa resultaron agotadores pues me tuve que emplear a fondo en la limpieza. Jamás había visto tanto polvo dentro de un piso. Realicé la mudanza sin incidentes ayudado por el horario de mi trabajo, en turno de mañanas, por lo cual disponía de todas las tardes libres.

Un día, a la vuelta del trabajo, encontré a una mujer, con dos niñas de la mano, que salía de un portal en el primer piso, justo al lado de aquella puerta que se abrió cuando entré la primera vez. Las niñas parecían gemelas de unos siete años. Vestían unos trajes color rosa y su pelo se recogía en pequeñas coletas.

—Buenos días —saludé con una sonrisa.

—Hola —contestó la señora intentando que las niñas se colocasen una rebeca para salir a la calle.

—Soy Ángel Bordent, su nuevo vecino del quinto.

Mis palabras hicieron que el rostro de la mujer se contrajese en una mueca de preocupación.

—¿En... qué puerta vive? —preguntó.

—En la letra G —respondí.

—¡Oh Dios mío! No debería estar ahí ¡márchese por su bien! —me imploró con la voz quebrada.

—Perdone, pero no la entiendo...

La mujer se percató de que sus hijas nos miraban con sus ojos

inocentes y tiró de ellas hacia la calle. Antes de salir se giró hacia mi, negando con la cabeza al tiempo que sus ojos proyectaban destellos de inquietud.

—Si es usted un buen cristiano ¡No se aleje de Dios!

Las palabras de aquella mujer, me recordaron a la anciana. ¿Por qué esa insistencia en aludir a Dios? ¿Acaso pertenecían a alguna secta integrista? ¿Estaban locas? Mientras la duda por las palabras de la mujer rondaba mi cabeza, me planté frente a mi puerta y saqué las llaves del bolsillo. En ese momento volví a experimentar la sensación de que alguien me observaba, a pesar de hallarme solo en el zaguán.

Entonces tuve una idea. Pensé que era un buen momento para presentarme a mis vecinos y, sin demora, llamé al timbre en la puerta de enfrente. Aunque nadie contestó a mis llamadas, estaba convencido de que había alguien tras la puerta, observándome por la mirilla.

—Buenas tardes, soy Ángel Bordent, su nuevo vecino —dije sin demasiada confianza en que me abrieran.

Repetí la misma acción en las otras puertas del zaguán. Avancé por el pasillo y llamé a las restantes, hasta un total de once. En todas percibí que me observaban en silencio desde el interior sin atreverse a abrir. En aquel momento, no acerté a encontrar una explicación. Empujado por la curiosidad, bajé al cuarto piso y llamé a todos los portales pero, aunque nadie abrió, tuve el convencimiento de que estaban deshabitados. Igual que en el tercero y el segundo piso. Desde mi llegada al edificio sólo había encontrado vecinos en el primero y los del quinto me tenían como objetivo de sus miradas silenciosas. Cuando Iván me confió que los vecinos eran tranquilos, no imaginaba a lo que se refería.

Aquella misma noche, recibí la llamada de Elena. Me comentó que debía asistir a un congreso y no podría venir el fin de semana.

—Es una pena, la casa está quedando muy bien —dije para picar su curiosidad—. El próximo sábado te espero.

En las jornadas siguientes tuve tiempo para dar los últimos retoques al piso, que en pocos días había quedado limpio y habitable. Con gran orgullo mis ojos repasaron la librería del salón, repleta de libros y recuerdos. En uno de sus estantes conservé la foto de la monja. No me

considero una persona religiosa, pero aquella foto me transmitía buenas sensaciones y decidí quedarme con ella. Tampoco me deshice de la televisión, pensando en arreglar algún día su enchufe y ver los partidos de fútbol.

Al día siguiente me encontraba de servicio en la puerta de un banco vigilando los alrededores mientras esperaba a que mis compañeros saliesen con las sacas del dinero. Enfrente había una pequeña plaza sembrada de grandes eucaliptos donde varios ancianos paseaban o tomaban el sol en sus cómodos bancos de madera. Por mi trabajo, debía fijarme en todas las personas y automóviles que circularan cerca. Apoyaba mi mano derecha en la culata de mi pistola.

Entonces la vi.

La mujer de los cabellos largos y plateados enfundada en su batín, cruzaba el paso de peatones y alcanzaba mi lado de la acera. Su caminar era pausado, seguro y sus faldones se ondulaban con el movimiento de las piernas. Enseguida percibí que me estaba mirando.

Fijamente.

Cuando mi oído pareció agudizarse, escuché sus pasos al ritmo de mis latidos de corazón. Primero, pausados. Después, con mayor frecuencia, hasta convertirse en una escena a cámara rápida que parecía extraída de una película antigua. Tenía la sensación de que con cada uno de mis parpadeos, avanzaba diez metros.

Mi corazón se desbocó.

Un sudor frío invadió mi frente.

Comencé a respirar bocanadas de aire de manera convulsa. En aquel momento me sentí amenazado y casi por reflejo desenfundé la pistola. Fui consciente de que alrededor, el resto de la gente continuaba con su vida, ajenos al extraño fenómeno que sólo parecía afectar a mi persona.

Se aproximó con la velocidad de un tren sin parada y al pasar a mi altura sus movimientos se ralentizaron. Por primera vez observé de cerca sus profundos ojos azules que me miraban con extrema tristeza, entonces abrió su batín y sus labios, cortados y secos, se movieron para susurrarme:

—Mira lo que me han hecho.

Mostraba su cuerpo, desnudo y macilento, donde sobresalía, bajo uno de sus pechos arrugados, el mango de una daga. Desde la herida, a la altura de su corazón, brotaba una telaraña de hilos negros que pudría la carne a su paso. La mujer asió la daga con una mano y exhaló un gemido de muerte con sus ojos en blanco.

Se produjo un fogonazo y yo quedé cegado. Creo que perdí el equilibrio y caí al suelo. Cuando abrí los ojos, un hombre que decía ser médico, aplicaba una bolsa de plástico sobre mi boca y nariz.

—No se preocupe, ha sufrido un ataque de ansiedad. Intente respirar profundo. Con la ansiedad, inspiró más oxígeno del necesario y se produjo una hiperventilación que ha ocasionado una tetania en sus músculos. Es por eso que nota sus brazos y piernas agarrotados— explicó.

Yo intenté quitarme la bolsa de la boca, pero el médico se opuso.

—Debe inspirar el anhídrido carbónico de su propia respiración para compensar el exceso de oxígeno. Pronto estará bien.

Efectivamente, me fui recuperando ante la mirada expectante de unos curiosos que se arremolinaban a mi alrededor. Cuando pude levantarme, algo mareado, traté de buscar a la anciana vestida de blanco, pero se había esfumado como la primera vez. En aquel momento, tuve que admitir que el misterio de mi nueva casa y sus habitantes había superado los límites de la misma y me alcanzaba, dondequiera que fuese. Debía hacer algo pero me encontraba tan cansado que decidí pensar en el asunto más tarde.

De vuelta a casa, exhausto y afectado en mi ánimo, caminaba por el largo pasillo del primero, haciendo cábalas sobre la naturaleza de aquella mujer. Las dudas transitaban mi cabeza como coches por una autopista ¿Sería un fantasma? ¿Qué intentaba comunicarme? ¿Qué esperaba de mi?...

Entonces escuché la puerta.

Me detuve en seco aguzando mi oído. Un chirrido casi imperceptible activó los mecanismos de mi memoria. Lo había escuchado antes y conocía su procedencia. Volví sobre mis pasos para acercarme al vestíbulo de las primeras cuatro puertas. En una de ellas, señalada con la

letra D, percibí un leve rumor que denunciaba una presencia tras la puerta entornada. Alguien observaba al otro lado de la estrecha rendija y parecía vigilar los movimientos de los vecinos aprovechando su estratégica situación en el pasillo. La puerta volvió a cerrarse con delicadeza.

Tras lo sucedido con la mujer de blanco, pensé que eran demasiados interrogantes sin respuesta para un mismo día, que me agobiaban como una soga al cuello que tarde o temprano acabaría por asfixiarme. Así que, me negué a seguir nadando a favor de aquella corriente caprichosa que parecía empujarme contra rocas afiladas. Decidí descubrir al misterioso vigilante y me escondí en el recodo de la pared de manera que fuese imposible detectar mi presencia. Sólo tenía que aguardar con paciencia el momento en que aquella puerta se abriese de nuevo, y yo sabía que aquello no tardaría en ocurrir.

La puerta principal dio paso a un señor gordo con mostacho de cepillo y cejas espesas como gachas resacas. Tiraba de un carrito de la compra que, por su gesto esforzado, parecía bastante lleno. A medida que avanzaba por el pasillo resonaba el eco de sus pisadas y el chirriar metálico de ruedecitas oxidadas.

La puerta se abrió con un crujido leve y casi imperceptible.

Yo me abalancé como un gato ante el asombro del señor gordo. Empujé la puerta y busqué al espía con la mirada.

—Oiga ¿qué es lo que hace? —preguntó el hombre gordo, visiblemente excitado.

No le contesté pues descubrí, frotándose la cabeza algo dolorido, a un niño de unos ocho o nueve años que lloraba en silencio, refugiándose tras el quicio de la puerta.

—¡No te he dicho que te alejes de la puerta cuando yo no estoy! —recriminó con desmesura el hombre. ¿Te ha hecho algo este? —preguntó al niño dirigiéndome una mirada agresiva.

El chaval negó con la cabeza, pero el hombre gordo ni siquiera le miraba. Se acercó a mí con aire amenazador. Sus manos enormes se cerraron en puños crispados.

Yo retrocedí unos pasos.

—Escuche, soy Ángel, el nuevo vecino del quinto... disculpe mi acción, pero... bueno, aunque le parezca extraño... me sentía observado siempre que pasaba por su puerta y...

—Conozco a los de arriba demasiado bien —dijo enseñando sus dientes amarillentos—. Quieren acabar con nosotros igual que hicieron con el resto... pero se equivocan. Aquí no llegarán... el Señor Jesucristo nos guarda con mano firme. La monja les frenó entregando su vida y ahora no pueden moverse. Nosotros resistimos pero usted, seguro que ya es uno de ellos... —sacó un puñal de su cinturón y levantó el brazo amenazador. —Yo le liberaré.

Cuando el hombre se abalanzó sobre mí para lanzarme una cuchillada, realicé una maniobra de evasión y le propiné una patada en el estómago. Tuve la sensación de golpear un saco terrero, pues la enorme mole de su cuerpo absorbió el impacto sin apenas inmutarse. Se volvió hacia mí, enfurecido, con el propósito de repetir su ataque; el problema era que me encontraba acorralado en una esquina y sin posibilidad de escapatoria.

—¡No lo hagas tío! —gritó el niño.

El hombre se frenó y volvió la mirada al niño que había atravesado el umbral de la puerta y se exhibía por completo en el exterior. Era muy delgado, de piel pálida y delicada. Su pelo, cortado al ras, me recordó por un momento a un prisionero judío de la Segunda Guerra Mundial.

—No es como los otros... —sentenció el chaval con una serenidad impropia de su edad.

El hombre volvió a mirarme, apretó los dientes y encogió la nariz en un gesto de rabia. Durante segundos sólo se escuchó su respiración agitada y ronca. Después habló:

—¡Lárguese de aquí y no vuelva a molestarnos! Le aconsejo que se busque otra casa lo antes posible, si no quiere perder su alma...

Entonces, vi algo dentro de la casa que relucía en la oscuridad. Había un icono colgado en la pared y sobre un velador descansaba la foto de la monja. Intenté preguntarle al hombre, pero este hizo ademán de levantar de nuevo el cuchillo.

—¡Lárguese he dicho! —gritó.

Escapé corriendo hacia el ascensor y, mientras subía, consideré la posibilidad de mudarme a otro lado. Aquel edificio comenzaba a inquietarme y no deseaba complicar mi vida más de lo que ya estaba en aquel momento. Caminando por el pasillo en dirección a mi piso, recordé las palabras del hombre gordo: ¿Qué había ocurrido con los vecinos de las otras plantas? ¿Por qué sólo había visto personas en el bajo durante mis quince días de estancia? ¿Por qué, sin embargo, me sentía observado por todos ellos desde el otro lado de sus puertas cerradas?

Mis dudas derivaron en un monumental enfado por el circo que me rodeaba. Había recalado en la guarida de un montón de beatos trasnochados que, según parecía, conspiraban en secreto para volverme loco. Mi decisión de marcharme era por entonces firme y decidida. ¡Cuanta ilusión había depositado en mi nueva casa y qué poco tiempo la iba a disfrutar!

Cuando entré en el piso, me encaré con el icono y permití que mi rabia se fuese incrementando a medida que revoloteaban por mi cabeza los extraños incidentes ocurridos. Aunque como dije, no soy religioso, siempre he respetado las imágenes y tradiciones de la Iglesia; sin embargo, por mi naturaleza rebelde, estaba realmente harto del acoso de mis vecinos, así que alargué los brazos y tiré con furia del icono sin conseguir arrancarlo.

Busqué mi caja de herramientas y me afané en él durante un buen rato, desatornillando con gran esfuerzo aquellos tornillos largos y oxidados. Inmerso en la tarea, un interrogante me generó cierta inquietud: Aquella monja de la que habló el hombre gordo ¿Tendría alguna relación con la foto que guardaba en mi librería? ¿Se correspondería con la mujer de blanco? Estaba seguro que todos los locos del edificio tenían su propio icono búlgaro y la foto con reliquia de la monja. De todas formas, quienquiera que fuese, ya no me importaba, pues en poco tiempo me mudaría de casa y toda aquella locura apenas persistiría en mi memoria como una mala experiencia.

Me observé en el espejo de la entrada y vi la imagen de un hombre con el gesto contraído y empapado en sudor. Decidí que necesitaba un baño. Después llamaría a Elena y le contaría lo sucedido. Su punto de vista

aportaría mayor objetividad al asunto, aunque mi resolución de abandonar la casa era firme. De cualquier forma, una vez comenzado el trabajo, me dispuse a acabar la tarea de descolgar el icono para desprenderme del símbolo de la discordia. Saqué los últimos tornillos y lo coloqué, junto con la foto de la monja, en una bolsa negra de basura que abandoné en un rincón de la cocina. Cuando volví a mirarme, mi imagen en el espejo gozaba de una expresión más serena que antes.

Eso estaba mejor.

Introduje una pizza precocinada en el horno y conecté el calentador del agua. Tomé de mi armario una muda limpia, el pijama y después me encerré en el cuarto de baño. Nunca he podido explicar por qué lo hago, pero siempre, pese a hallarme solo, cierro con seguro la puerta cuando me voy a duchar. Una vez escuché que las personas, al igual que los animales, protegemos nuestra intimidad en los momentos más vulnerables, quizás por efecto del viejo sentido de autoprotección o por simple manía.

Abrí el grifo de la ducha y esperé un momento a que el agua se calentase lo suficiente. Cuando entré en la bañera, corrí tras de mi la cortina de plástico transparente y sentí el calor húmedo y reconfortante que me bañaba desde arriba. Cerré los ojos y respiré hondo mesando mis cabellos mojados. Por unos instantes quedé inmóvil con el resto de mis sentidos a flor de piel, percibiendo el agradable recorrido del agua por todos los ángulos de mi cuerpo. El vapor brotaba, cálido y relajante, haciéndome sentir a gusto, cómodo y tranquilo. Imaginé escenas paradisíacas que colmaban mis ansias de descanso y me sentí, por unos deliciosos instantes, sumido en el corazón de paisajes ideales y acogedores.

Hasta recibir, de sopetón, la sacudida del agua fría.

Abrí los ojos reprimiendo un grito.

A través de la cortina, vi la puerta *totalmente abierta*.

No sé cual de las dos experiencias provocó el súbito escalofrío que me estremeció robándome el aliento. Apenas me atreví a realizar movimiento alguno mientras el agua helada continuaba resbalando por mi cabeza. Mantenía mis ojos desorbitados, fijos en la puerta, esperando

que, en cualquier momento alguien apareciera y descorriese con violencia la cortina.

El agua gélida quemaba mi piel y mis sentidos estaban bloqueados. Me aparté del agua fría, temblando y agarrotado. Descorrí la cortina, consciente de haber eliminado el único y fútil obstáculo que se interponía entre mí y lo que fuese que había allí afuera. Cerré la puerta de una patada y salté de la bañera, empapado. Pasé el pestillo por segunda vez aguzando el oído al tiempo que me vestía con las manos temblorosas.

Pisé algo de tacto grasiento y descubrí que mis pies descalzos estaban embadurnados en una especie de polvo ceniciento que cubría el suelo del cuarto de baño.

Eso no estaba allí antes.

Fue al cerrar el grifo de la ducha cuando escuché un rumor extraño tras la puerta. Parecía un sonido familiar aunque mi mente trataba de descartarlo por ilógico. Venía del salón.

—¿Quién hay ahí? —pregunté, con precaución.

Lo que se oía al otro lado, parecía el sonido de una televisión encendida.

—¿Quién está ahí? —volví a preguntar sin obtener respuesta.

Tras unos minutos en silencio escuchando aquel ruido blanco, decidí pasar a la acción. Me armé de valor y abrí la puerta. Un resplandor azulado brillaba en la oscuridad del salón. Era, en efecto, la pantalla del televisor que continuaba con el cable cortado. Apenas tuve tiempo para preguntarme por qué funcionaba sin alimentación eléctrica. Un estremecimiento, similar al percibido en los pasillos, sacudió todo mi cuerpo.

Alguien me observaba.

Evité realizar más preguntas y encendí la luz. Entonces, una visión impresionó mi ánimo hasta hacerme perder el aliento. El hecho de que el televisor ya no estuviese encendido perdió importancia frente a la increíble imagen que presentaba mi salón. Era completamente distinto al que había dejado segundos antes de entrar al baño. La estancia acogedora, limpia, con los muebles repletos de libros y demás objetos

decorativos, los sillones, la mesa, las sillas... todo había cambiado de manera monstruosa. Una gruesa capa de polvo gris lo cubría todo de nuevo, incluso el suelo. No había libros, ni cuadros, ni figuritas de porcelana, los sillones volvían a estar cubiertos por mantas y la mesa por sábanas sucias. Se respiraba un hedor extraño que me obligó a taparme la nariz para reprimir una arcada. El escenario me sobrecogió de tal forma que, de nuevo, me sentí completamente paralizado pues a mi alrededor todo estaba mucho más sucio y cochambroso que el primer día.

Trataba de respirar el aire malsano a través de las rendijas de mis dedos cuando algo llamó mi atención. Un olor a quemado provenía de la cocina envuelto en una discreta nube de humo. Pensé que se trataría del horno encendido, pero cuando llegué a lo que antes era mi cocina, encontré una estancia destartada, de oscuras paredes en cuyo centro, se consumían en cenizas los restos del icono y la foto de la monja. Mi corazón sufrió una fuerte sacudida cuando distinguí unas pintadas en las paredes mugrientas.

Había multitud de cruces invertidas.

Retrocedí trastabillado e incrédulo ante el cariz que tomaban los acontecimientos. Fui consciente de mi error al descolgar el icono, pero ahora ya no había solución. Mi intimidad había sido invadida por una indeterminada presencia amenazante. Comencé a gritar descontrolado y a lanzar preguntas al aire.

—¡Ya está bien! ¿Quién hay aquí? ¿Qué es lo que está pasando? — pregunté con la voz quebrada.

Pero esta vez, sí obtuve contestación.

—Polvo eres y en polvo te convertirás —dijo una voz de hombre, modulada y suave, que procedía de los dormitorios.

Enseguida reconocí la voz de Iván.

Mi cabeza sugería que había llegado el momento de escapar ¡Con la máxima rapidez!

Escuché de nuevo la voz en forma de grito.

—¡Polvo eres, y en polvo te convertirás! —se escuchó con claridad aterradora.

En ese momento se apagó la luz.

Volví a escuchar la voz, pero esta vez con inquietante cercanía.

—¡Polvo eres, y en polvo te convertirás!

Me pareció que Iván caminaba por el pasillo y en pocos segundos aparecería por la puerta del salón. Mi respiración se agitó y la ansiedad se incrementó de tal forma que mis músculos parecieron agarrotarse mientras mi cuerpo dejaba de obedecer las órdenes de huída que enviaba el cerebro. Comencé a temblar descontrolado y creí enloquecer al comprobar que apenas era capaz de coordinar mis movimientos.

Ante mi vista comenzaron a elevarse, en el salón, sombras oscuras y alargadas que se recortaban contra la luz de la luna que entraba por la terraza. Parecían brotar del suelo de manera sobrenatural, adoptando desiguales figuras humanas.

¡Emergían del polvo del suelo!

Pronto comencé a distinguir varias voces que se unieron a la primera en un coro de locura ante mis ojos atónitos. Cuando Iván apareció en el salón, no pude distinguir su rostro, oculto por la oscuridad, pero sí su silueta. El resto de las sombras se le unieron formando una masa de figuras negras que avanzaba hacia mí con paso lento.

—¡Polvo eres, y en polvo te convertirás! —murmuraba el coro del terror.

En un momento de lucidez, recuperé el autocontrol y lancé mi cuerpo hacia la salida. Caí al suelo ante la imposibilidad de caminar. Me arrastré por la mugre maloliente, aspirando con desenfreno bocanadas de aire que hiperventilaban mis pulmones.

El esfuerzo me pareció titánico mientras las manos comenzaban a agarrotarse y retorcerse. Sentí que tenía los músculos de las piernas contraídos y los brazos iban por el mismo camino pero en mi cabeza no existía otra idea que escapar de aquel lugar maldito. Las voces se acercaban por mi espalda con lentitud, concedoras de mi inferioridad, con el firme propósito de volverme loco, o quizás de algo peor.

—¡Polvo eres, y en polvo te convertirás! —rezaban con insistencia.

Me puse de pie en un último esfuerzo, apoyándome en la pared. Golpeé la manivela con uno de los muñones en que se habían transformado mis

manos, pero la llave estaba echada. Recordé que solía ponerla en el primer cajón de la cómoda. Al dirigirme hacia ella, vi a través del espejo a las sombras expectantes en la puerta del salón.

—¡Polvo eres... polvo eres... polvo eres...! —gritaban sin parar, presos de una demencial histeria colectiva.

Sentí flaquear mis fuerzas, pero conseguí abrir los dedos de mi mano derecha lo suficiente como para coger la llave y dirigirme hacia la puerta. Se me cayó al suelo y me lancé a recuperarla sabiendo que me iba la vida en ello.

¡Polvo... polvo... polvo... polvo... polvo...! —chillaban con delirio.

Al segundo intento, la puerta se abrió, justo en el momento en que las sombras se me echaban encima...

Cerré la puerta como pude y quedé tirado en el suelo del pasillo, respirando con agitación. Mi corazón se desbocaba, golpeándome casi en la campanilla de la garganta.

—¡Socorroooo! —intenté gritar sin que apenas un débil sonido escapase de mi boca.

—¡Ayúdenme! —vociferé desesperado.

Intenté que alguno de mis vecinos me oyese. Grité con las escasas fuerzas que me quedaban. Los vecinos tenían que salir. ¡Tenían que salir!

—¡Salid, cabrones, ayudadme! ¡No quiero morir!

En ese momento, y pareciendo estar de acuerdo, escuché el ruido de las cerraduras de... ¡todas las puertas que se abrían al unísono!

Comencé a arrastrarme a toda prisa hacia los ascensores, apoyándome en los codos y las rodillas, clavándolos en el suelo ¡Me ardían!

Percibí el chirriar de las puertas que se abrían a la vez con una siniestra coordinación. Me arrastré jadeando, insensible al dolor, con el convencimiento de que era lo único que podía hacer para salvarme, reptando por un largo pasillo que no parecía tener fin, bajo la débil luz de la luna, filtrada por los ventanales sucios.

Unos metros antes de llegar al rellano de los ascensores, las fuerzas me abandonaron y desfallecí. Sentí el frío del suelo contra mi rostro, resoplando en los albores de la inconsciencia. Escuché pasos de gente... mucha gente... que se acercaba.

—¡Polvo eres, y en polvo te convertirás! —Coreaban al unísono.

Sentí una mano sobre mi hombro.

Grité.

—Señor, vamos... ¡Venga conmigo! —me susurró una voz de niño.

Cuando levanté la cabeza, vi que era el chaval espía del primero que tiraba de mí hacia el hueco de la escalera. Por detrás de él, se acercaba a pocos metros una muchedumbre indefinida de sombras alargadas y siniestras. También lo hacían por mi espalda bloqueándonos el paso. La única escapatoria eran los ascensores o las escaleras.

Consiguió arrastrarme apenas un metro con gran dificultad mientras yo contemplaba, impotente y extenuado, los esfuerzos del niño que arriesgaba su vida por mí.

—¡Polvo eres... polvo eres... polvo eres...! —gritaban las voces cuyos ecos retumbaban en el pasillo provocando una atmósfera agobiante y estremecedora.

—¡Vamos señor, inténtelo, inténtelo! —insistía el niño desesperado.

—¡Polvo... polvo... polvo... polvo...!

El chaval no podía conmigo. Las sombras se acercaban. Se acercaban...

Supe que íbamos a morir. Cruzamos las miradas. Distinguí un brillo fugaz en sus ojos en medio de aquel caos de locura. Me di cuenta de que estaba sonriendo.

Las sombras se aceleraron hacia nosotros.

En medio de aquella turbamulta, se abrió la puerta del ascensor y apareció la mujer de blanco envuelta en un aura de luz blanquecina. Las sombras retrocedieron ante su presencia como rechazadas por una polaridad opuesta. Al verme se deslizó hacia mí sin que apenas sus pies tocasen el suelo.

—¿Crees en Dios? —me preguntó con voz profunda.

Extendió su mano nudosa y yo la tomé con dificultad. Apenas podía abrir mis dedos, pero al sentir su tacto frío, mi mano pareció recuperar la movilidad.

—¡Sí, creo! —dije con firmeza.

Entonces, lo último que recuerdo fue que ella levantó su mano y todas las sombras chillaron enloquecidas, revolcándose por el suelo. Después

sucedió la terrible explosión de los cristales, el dolor inmenso... la oscuridad...

Y eso es todo lo que recuerdo, agente...

El hombre se puso en pie y rodeó la cama con gesto pensativo. Se detuvo y miró fijamente a Ángel. Su mirada, dotada de una intensidad acusadora, le taladró mientras hablaba:

—¿Eso es todo? —preguntó entre sorprendido e incrédulo.

Ángel, todavía impresionado por la intensidad de los recuerdos y visiblemente dolorido, mudó su gesto hacia una expresión de desconcierto. Sus ojos también adquirieron un brillo trémulo y acuoso.

—¿Qué insinúa, señor Tapias? —acertó a preguntar con voz débil.

Tapias se rascó la cabeza sin quitarle la vista de encima, como si temiera darle la espalda. Resopló y finalmente habló tras un instante de duda:

—¿Ha hablado usted con alguien más sobre esto? Es decir... ¿le ha interrogado alguien más?

—Sólo a usted le he confiado cuanto recuerdo. Es mi esperanza de que este caso se solucione. Necesito su ayuda... —acabó suplicando Ángel.

—Tiene usted razón —dijo finalmente Tapias—. Hay que solucionar su caso... cuanto antes —afirmó sonriendo.

Ángel reconoció la naturaleza de aquella sonrisa que le resultó peligrosamente familiar. Fue entonces cuando sus ojos alcanzaron a mirar la pequeña libreta de notas que Tapias había dejado sobre el sillón. Alargó su brazo izquierdo y, antes de que el policía pudiese impedirlo, miró la libreta. Sus ojos se abrieron como platos al observar las páginas vacías.

—Señor Bordent, le conozco bastante mejor de lo que usted piensa, puesto que, hasta hace poco, ha vivido usted en mi casa —dijo Tapias mientras su voz cambiaba hasta adquirir una modulación conocida.

—¿Iván? —Preguntó Ángel con un hilo de voz.

—Es sólo uno de mis nombres, pero eso ya no importa. Ahora todos los cabos están bien atados y no se repetirán errores del pasado. Usted nos ha resultado de bastante utilidad.

Es hora de... darle las gracias.

Ángel gritó conmovido mientras observaba el cambio en el rostro de Tapias. Su piel se había tornado de color oscuro con una textura granulosa. Los ojos se licuaron para resbalar por un rostro que apenas conservaba ningún rastro humano. Incluso la ropa que vestía comenzó a perder volumen y se fundió con su propio cuerpo para acabar derretida en el suelo. Tapias se había convertido en un montón de polvo denso y brillante, con una sorprendente apariencia viscosa; pero, para desgracia de Ángel, aquel polvo conservaba vida propia hasta el punto de arrastrarse por el suelo y subir por las patas de la cama con tal rapidez que cuando quiso darse cuenta, ya cubría gran parte de su cuerpo y se introducía por sus orificios.

El dolor fue breve pero intenso y apenas pudo gritar. Al llegar los primeros sanitarios, encontraron en el lugar de Ángel una gran mancha de polvo negro pegada a las sábanas.

El precio del dolor

Roland, atado de pies y manos, fue obligado a tumbarse boca arriba sobre una superficie lisa y fría. El vello de su piel desnuda se erizó de inmediato al rozar aquella solidez extraña, una especie de plataforma con tacto de acero elevada del suelo poco más de un metro.

No pudo identificar el lugar donde le habían llevado pues la venda, que le ataron con fuerza, oprimía sus ojos impidiéndole ver la luz. Tampoco era capaz de hablar con aquello que le habían introducido en la boca, una especie de bola plástica que le oprimía la lengua y el paladar hasta provocarle arcadas. Tan sólo la idea de tragar su propio vómito le encorajinaba a resistir el tormento. Una mordaza también oprimía su boca y apenas le permitía respirar por la nariz.

Pero Roland presagiaba que aquello no había hecho más que empezar.

Tendido sobre la mesa metálica, sintió cómo le liberaban de sus ataduras para aferrarle nuevamente de pies y manos con unos extraños correaes que le provocaron sensaciones punzantes en muñecas y tobillos. Eran como pequeños pinchos que se clavaban en su carne según se apretaba una especie de hebilla.

Por primera vez, Roland emitió un quejido ahogado.

Inmovilizado sobre la mesa, escuchó la voz de una mujer:

—Las ataduras, cariño, si no eres bueno y te mueves, simplemente... dolerán ¿Entendido? —advirtió con voz suave.

Roland recibió el mensaje y lo repasó mentalmente pero no pudo impedir que su respiración se acelerase. Trató de calmarse para evitar que la incertidumbre sobre su destino incrementase su inquietud.

Llegó a sus oídos el taconeo de la mujer, que rodeaba la mesa, con un

eco próximo y reverberante. Cuando se detuvo, Roland escuchó un tintineo de objetos metálicos cerca de sus pies descalzos.

—Veamos si tienes cosquillas, mi amor —anunció la voz.

Roland sintió una punción leve en la planta de su pie derecho y cómo algo cortante y frío se deslizaba con precisión quirúrgica de arriba abajo. Entonces una sensación lacerante acompañada de un picor extremo le sacudió como una descarga eléctrica. Parecía como si aquella despiadada mujer estuviese aplicando un bisturí en la planta de su pie. Intentó gritar, pero apenas dejó escapar un jadeo mínimo. De nuevo le invadió la náusea, favorecida por la opresión asfixiante de la pelota.

Se estremeció.

Tensó brazos y piernas, provocando que los pinchos de las ataduras se clavasen un poco más en sus carnes. Después, algo húmedo y caliente goteó en pequeños regueros por sus muñecas mientras se debatía con fuertes tirones que de nuevo incrementaban el dolor. Enseguida, otro corte, esta vez en el pie izquierdo, proyectó en su cabeza la imagen de la carne, abriéndose limpia al corte del escalpelo.

El daño agudo en las plantas de sus pies llegó casi a marearle pero se mantuvo consciente para percibir, incluso, los nuevos regueros de sangre que encharcaban la mesa donde sus talones estaban comenzando a resbalar.

Sin mediar palabra, la mujer se entregó, entre jadeos, a un frenesí de cortes descontrolados mientras aplicaba el acero una y otra vez, con especial saña sobre lo que antes fueron las plantas de sus pies.

Roland curvó su espalda e intentó aullar mientras contraía con frenesí los dedos de los pies, intentando salvarlos de aquella furia lacerante, pero la mayoría de ellos apenas respondían. Era muy probable que los tajos hubiesen amputado varios.

En aquel momento experimentó una erección mientras intentaba gemir tras el vendaje de su boca.

—Muy bien... veo que no tienes cosquillas en los pies. Vamos a probar con tus manos —apuntó la mujer con acento malévolo.

Roland se sacudió con violencia. Agitó los brazos con frenesí limitado por sus terribles ligaduras. Ya no percibía dolor en las muñecas, de

hecho, ni tan siquiera las sentía.

La mujer se hizo con el dedo índice de su mano derecha.

Roland resoplaba tras la mordaza mientras su lengua intentaba expulsar la bola que le asfixiaba. El sabor agrio de sus jugos gástricos invadió su paladar antes de que volviese a tragar aquel líquido caliente y corrosivo.

Al primer corte, sacudió la cabeza reprimiendo un grito. Con los siguientes desgarros notó que perdía carne del dedo. Se lo estaba rebanando. Arqueó el cuerpo y botó sobre la mesa, golpeando una y otra vez con su trasero sobre la superficie mientras lanzaba alaridos sofocados por la mordaza.

Los cortes se extendieron a los demás dedos. Muchos de ellos quedaron agarrotados y sin control. Alguno perdió varias falanges y la mayoría vieron expuesto parte del hueso blanquecino en medio de una sangría sin límites.

—Creo que no te encuentro las cosquillas, mi vida. Pero no me doy por vencida. Has sido un chico malo y mereces que continúe...

Roland escuchó un sonido de combustión. Había una llama cerca. Tal vez un soplete. El dolor intenso de la quemadura en su costado precedió al olor a carne quemada. Contrajo su cuerpo con desenfreno. Había perdido el autocontrol de sus esfínteres minutos antes y ahora se debatía con sacudidas y gritos ahogados en un vendaval de daño angustioso.

La mujer siguió aplicando el soplete en varias partes de su cuerpo, incluso después de sonar la alarma. Se abrieron las puertas de la sala y penetraron en ella dos hombres fornidos, vestidos de blanco, que la desarmaron con dificultad antes de llevársela a rastras.

—¡Aún no se ha reído! ¡Aún no se ha reído! —gritaba mientras su voz se apagaba con la distancia.

Un equipo médico trasladó a Roland hasta una ambulancia y le realizó curas de urgencia. A pie del vehículo, entre la vorágine de médicos y enfermeros, apareció un hombre alto y corpulento con un impecable traje azul con rayas, dedos ensortijados y cabeza afeitada al cero.

—Nuestro equipo médico está formado por los mejores profesionales, *messieur* Roland —informó con acento francés—. En poco tiempo se

encontrará como nuevo. Espero que haya disfrutado de nuestros servicios. Como ya le expliqué, *Madame Bisturí* es insuperable en su especialidad.

Roland intentaba respirar oxígeno por una mascarilla cuando levantó la mirada hacia el hombre y asintió con la cabeza. Mostró una tímida sonrisa entre gestos de angustia cuando le intentaban desinfectar uno de los muñones.

Un enfermero subió a la ambulancia con una nevera color azul ante la sorprendida mirada de Roland.

—Creo que los he cogido todos... —dijo a un médico.

Roland se fijó en el bulto que elevaba la sábana a la altura de su entrepierna y pensó que aquello había que repetirlo.

El hombre de las manos heladas

Clara contuvo la respiración. Escondida en un portal oscuro, apenas reunía valor para asomar la cabeza. Nadie quiso abrir la puerta cuando pidió ayuda en voz baja. Su perseguidor andaba cerca y sólo habían pasado cinco minutos.

—¿Policía? Por favor, necesito ayuda...

—Perdone, hable más alto, no la oigo bien...

—¡Un hombre me persigue! ¡Vengan enseguida!

—Dígame dónde se encuentra.

—¡No sé cómo se llama la calle! ¡Me va a matar! ¡Por favor...!

—Cálmese... Dígame en que zona está y enviaremos un coche patrulla.

Un río de gente, con la mirada perdida, discurría por las aceras bajo la luz de los adornos navideños. Clara trataba de mantenerse a flote entre la multitud, avanzando a empujones camino del aparcamiento mientras un altavoz emitía un villancico. «Canta, ríe, bebe que hoy es Nochebuena... » rezaba el estribillo cantado por voces tiernas.

De pronto un escalofrío recorrió su cuerpo. Era como si le hubiesen besado en el cuello. Un beso helado bajo su melena oscura. Se giró con rapidez y sus pupilas profundas observaron un desfile de rostros anónimos en los que no encontró nada extraño.

Pensó que su imaginación y el frío del invierno habían provocado aquella incómoda sensación y decidió continuar su camino en medio de la incertidumbre, con el regusto de aquella percepción extraña. Apenas recorrió unos metros cuando una frialdad indescriptible ascendió por su cintura para abarcar sus senos con una presa fría.

Gritó.

Se sacudió el cuerpo con nerviosismo, como si miles de hormigas se moviesen bajo su ropa. A su alrededor, los transeúntes la creyeron loca mientras giraba sobre sí misma con mirada histérica.

Desconocía el nombre de la calle a la que había llegado en su desesperada huída. Esperaba, sin embargo, que la policía llegase pronto a rescatarla. Les contó su situación cuando escapó del ataque y, a partir de ahí, era cuestión de tiempo que la encontraran, sólo habían transcurrido diez minutos.

El frío atenazaba sus pies descalzos cuando perdieron el calor de la carrera y en sus manos esgrimía sus zapatos de tacón como única defensa. Fue buena idea descalzarse para correr más rápido y en silencio, huyendo de aquel hombre que parecía volar con sus zancadas.

—¿Qué te pasa? —Dijo un joven con perilla y pelo largo que portaba una mochila a la espalda. Clara apenas podía hablar. No acababa de entender lo ocurrido. Sumida en la extrañeza, se sintió violada por aquella frialdad, inquietante y aterradora.

—Algo me ha tocado —consiguió decir.

—¿A qué te refieres? —preguntó el joven.

Clara negó con la cabeza mientras cruzaba los brazos sobre su torso. Había más personas alrededor, la mayoría curiosos.

—Vamos a llamar a una ambulancia —propuso una mujer cargada con bolsas de regalos.

—No, hay que llamar a la policía —sugirió un anciano con un niño en brazos.

—Por favor, déjenme tranquila. Ya estoy mejor. Quiero irme a casa.

—¿Quieres que te llame un taxi? —Preguntó el joven.

Ella negó con la cabeza y emprendió la marcha enjugando sus lágrimas.

Si permanecía quieta, el hombre la encontraría en cualquier momento pero si gritaba serviría de reclamo. Decidió correr hasta el comienzo de la calle. Tal vez allí, conseguiría orientarse para alcanzar el aparcamiento. Respiró profundo y asomó la cabeza cuando un taxi cruzó

la calle con velocidad. Aquel momento fugaz le recordó que no estaba sola en la ciudad. Albergó la esperanza de cruzarse con algún vecino, incapaz de pedir ayuda en su huída silenciosa. Era una noche propicia para cenar con la familia. Recordó a Diego y Carlos. Sufrió pensando en su espera preocupada. Les había llamado desde el portal.

Comunicaba.

Saltó a la calle y corrió hacia la próxima intersección entre jadeos y con el flato pinchando su costado. A lo lejos el cruce parecía demasiado lejano mientras, a su espalda, la calle oscura aguardaba quieta y solitaria. La ansiedad hizo mella en su garganta seca y deseó beber un gran vaso de agua. Entonces sonó la melodía de su teléfono móvil y a Clara le pareció que su volumen se había multiplicado por cien y reverberaba por todas partes. Su mano nerviosa buscó el teléfono para silenciar la música mientras corría esquivando bancos y papeleras. Ahora el desconocido la perseguía en la distancia.

—Espera —dijo el joven de la perilla—. ¿Quieres que te acompañe?

Clara seguía llorando mientras caminaba como una autómatas. No tuvo energías para rechazar la propuesta.

—No me encuentro bien —dijo.

—De acuerdo, vamos a entrar en ese bar, te tomas un vaso de agua y esperamos a que te calmes. A propósito, me llamo Javier.

El vaso temblaba en la mano de Clara mientras ella, para evitar los ojos de Javier, observaba una marioneta veneciana que colgaba de la pared, inerte y deshilachada.

—¿A que esperas? Bebe —dijo al presentir que Clara se había transformado en una especie de estatua temblorosa.

Ella comenzó a empujar el vaso. Observaba el rostro del muchacho, sonriente, que se fue cubriendo con el cristal. Cuando acabó de beber, el vaso descendió de nuevo y el semblante de Javier había cambiado. Su piel había adquirido un tono morado mientras realizaba aspavientos para respirar. Se llevaba las manos al cuello donde se veían con nitidez las marcas blanquecinas de unos dedos invisibles que se hundían en la piel.

Clara gritó pidiendo ayuda y varios clientes del bar intentaron auxiliar

a Javier, que ya había perdido la consciencia. Entre el tumulto, escapó a la calle presa de la histeria, sin parar de correr hacia ninguna parte.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! —Gritó al ver que el desconocido se acercaba por momentos.

Ya pensaba que no escaparía con vida, cuando reconoció el lugar. La calle Sagasta, paralela a General Ordóñez ¡Apenas había recorrido trescientos metros desde su huida! El aparcamiento quedaba muy cerca.

Avivó la carrera, cerca de la esquina de General Ordóñez. Sus ojos se negaban a mirar atrás mientras suplicaba al viento sin respuesta. Por los balcones iluminados se filtraba música navideña y risas de felicidad.

Sintió que algo la agarraba del tobillo y salió lanzada por los aires. Su cabeza golpeó contra el adoquinado y por un instante no supo reaccionar. De nuevo unos dedos helados tiraron con fuerza de su tobillo mientras su cuerpo se dejaba llevar como una marioneta deshilachada. Cuando pudo volver la mirada, él la observaba, erguido e inmóvil, desde unos treinta metros. Era tan sólo una sombra.

Muy alargada.

Clara se aferraba al adoquinado destrozándose las uñas. Aprovechando cualquier asidero, por mínimo que fuese, para evitar ser arrastrada. Encontró un banco y se agarró a él como si fuese el último objeto útil en el mundo. Allí plantó mayor resistencia a la fuerza gélida que le destrozaba el tobillo. Tensó los músculos de sus brazos y consiguió remontar hasta resguardarse tras el banco. Entonces, inesperadamente, se sintió libre de la tracción. Comprendió que aquel hombre no podía ejercer su poder sin contacto visual y saboreó su victoria momentánea, entre jadeos, mientras asomaba la cabeza para vigilarle.

Dio un respingo.

Corría veloz hacia ella.

Algo la agarró por el pelo y tiró con fuerza pero sus manos, firmemente agarradas al banco, opusieron resistencia. Clara gritó cuando el mechón de pelo se desprendió con un sonido rasgado. Abandonó el banco y tuvo tiempo de doblar la esquina para descubrir la imagen cercana del aparcamiento.

—¡Espere, por favor! —Gritó un hombre a su espalda—. Se ha dejado el bolso.

Clara retrocedió sobre sus pasos, confundida y alargó la mano hacia su benefactor.

—Gracias —dijo con media voz.

—No me dé las gracias, todavía —apuntó el hombre mientras retiraba el brazo con que le tendía el bolso.

Los ojos del extraño refulgieron con un brillo nacarado que ocupaba la abertura de sus párpados. Era un brillo hermoso y extraño que bloqueaba sus sentidos y paralizaba su cuerpo. El hombre se acercaba con las luces a su espalda ofreciéndole, por apariencia, una silueta oscura con dos puntos luminosos a modo de ojos. Unas manos heladas recorrieron su anatomía por debajo de la ropa. El sentido de repulsión le inyectó fuerzas para proferir gritos que sorprendieron a su agresor. Aprovechó el cese momentáneo de los tocamientos para escapar a la carrera, con el pelo revuelto en su rostro.

Recorridos unos metros, supo que el hombre la seguía y decidió esconderse.

—¡Socorro, llamen a la policía! —chilló con la voz quebrada.

«Puede que haya un vigilante dentro del aparcamiento», pensó. Se lanzó hacia la puerta de acceso en el momento que un coche gris asomaba por ella. Su conductor, un hombre de mediana edad y pelo ralo, introdujo un ticket en la máquina de salida y de inmediato se levantó la barrera, blanca y roja, permitiéndole el paso.

Los dos cruzaron su mirada unos instantes.

Clara, con el cabello alborotado y ojos que proyectaban desesperación, no se percató de su aspecto. Hizo un intento de acercarse al coche pero el hombre subió la ventanilla y apretó el acelerador, dejando una nube de papeles que revolotearon frente a ella. No tardó en perderlo de vista.

De nuevo estaba sola.

Entró al aparcamiento y comprobó que no había vigilante pues todo estaba automatizado. Dejó a un lado la máquina expendedora de tickets y corrió hasta su coche bajo una iluminación escasa. Comprobó si aún la perseguía y tuvo que tragar saliva.

A la entrada del garaje él la observaba.

El corazón de Clara se aceleró con el nuevo sobresalto. Ni siquiera sus pies destrozados fueron un obstáculo para alcanzar el coche. No sentía el dolor. Lo ocupaba todo la sensación de pánico y repulsión que le provocaba su perseguidor. Pero ¿por qué a ella? ¿Quién era aquel hombre? ¿Cómo ejercía aquel terrible poder a distancia? Se preguntó sin fijarse en que la luz del garaje comenzaba a menguar.

—¿Policía? Por favor quiero denunciar la desaparición de mi mujer.

—¿Cómo se llama su mujer?

—Clara Palacios.

—¿Descripción?

—Uno setenta, morena con pelo largo, vestía una gabardina beige sobre un traje burdeos...

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Salió esta tarde a comprar algunas cosas para la cena, pero son las doce y aún no ha vuelto. Estamos muy preocupados.

—¿Iba en coche?

Sacó la llave del control remoto y la pulsó... pero no funcionaba. Tras varios intentos a la desesperada, miró atrás y encontró al desconocido a su espalda.

Entonces vio su cara.

Era un hombre joven, de mediana estatura y pelo engominado. Vestía un traje de ejecutivo por debajo de su largo abrigo negro.

Sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos.

—¿No te das cuenta de que es inútil? —Dijo con voz cálida mientras la luz del aparcamiento se apagaba por completo.

Sólo dos puntos brillantes flotaban en la oscuridad. Esta vez dejó de luchar. No tenía fuerzas. Percibió cómo unas manos la despojaban de su gabardina y después le quitaban con sumo cuidado el vestido. Cerró los ojos y se abandonó a su suerte. Sintió una punzada en el interior de su muslo. No pudo hablar. Todo lo dijo él.

—Tengo sed— aseguró mientras guardaba un puñal ensangrentado.

—*Por favor, les ruego que nos llamen cuando sepan algo.*

—*No se preocupe, mandaremos un coche patrulla.*

—*Gracias.*

Carlos colgó el teléfono y observó, complacido, cómo Diego dormía en su cama rendido por la espera. En el salón quedaba la mesa preparada para cenar con tres platos y cubertería sobre un mantel blanco de lino. Había preparado algo de comida en previsión de que Clara no encontrase la carne para cocinar un nuevo asado en sustitución del que se había quemado en el horno unas horas antes.

Volvió a llamar por el móvil, pero escuchó el mismo mensaje: «El teléfono se encuentra desconectado o fuera de cobertura». Dio un nuevo rodeo al salón mesándose los cabellos mientras pensaba en lo que le habría sucedido. Por momentos había tenido la idea de salir a buscarla pero decidió quedarse con Diego.

Sonó el timbre de la puerta y salió disparado para abrir, con el corazón latiendo fuerte.

Clara se apoyaba en el umbral para mantenerse en pie, observándole con gesto descompuesto.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —Preguntó Carlos con voz quebrada.

No respondió mientras sus ojos, anegados en lágrimas, reflejaban un sufrimiento por encima de sus límites.

—¿Puedo pasar? —Acertó a decir con voz titubeante.

Cuando la abrazó se dio cuenta de que apenas conservaba fuerzas para caminar. Con cuidado la condujo hasta el salón y en el breve camino que recorrieron sus pies descalzos, un reguero de sangre se derramó sobre el suelo de la vivienda.

—¿Qué te han hecho? ¡Por Dios! ¡Estás herida! —Exclamó Carlos.

—Estoy bien— dijo Clara antes de caer desmayada sobre el sillón.

Carlos apenas encontraba el pulso en su muñeca fría y, agobiado por la impotencia, fue con rapidez hasta el teléfono para llamar a una ambulancia. No había terminado de marcar cuando algo le hizo darse la vuelta.

A su espalda estaba Clara, de pie.

—Estoy mejor, no llames —dijo con voz calmada.

—Pero cariño, yo...

—Tranquilo, no te preocupes...

—De acuerdo, pero... siéntate y te traeré algo de comer mientras me cuentas lo que ocurrió.

—No tengo hambre —dijo Clara.

La luz se apagó y ante Carlos quedaron, suspendidos en la oscuridad, dos puntos nacarados y brillantes.

—Tengo sed.

La energía ni se crea ni se destruye

¿Quizás no leyó el cartel de la puerta y pensó que entraba en una propiedad municipal? No, no, no... no diga nada, conozco su respuesta por anticipado. He visto por aquí a muchos como usted: vendedores de seguros, predicadores, pedigüños... ¡Cientos!

¿Qué fue lo que dijo usted... ? ¡Ah, sí... revisor del gas! Perdone que me ría, pero... hace años que me cortaron el suministro ¡Serán cínicos! ¡Ni motivos de seguridad ni gaitas! ¡No tenía usted derecho! ¡No lo tenía!... Entró en mi casa, sin mi permiso y a mis espaldas. No, no, no... no tiene usted razón; la puerta del jardín es la puerta de mi casa. A ver si lo entiende: del jardín hacia fuera... calle. Del jardín hacia dentro... mi casa. Y usted se coló dentro... ¿Cómo dice... ? ¿Que le abrí la puerta y le invité a pasar... ? A ver si estaba pensando que podíamos discutir este asunto a la vista de la gente... después de todo, aquí dentro se está mejor.

Cree que huele mal ¿verdad?... Pues sí, tiene razón, huele a perro muerto, pero tranquilo, guardo mis desechos en fuertes y resistentes bolsas, ya sabe, por seguridad. A mis años, me considero un hombre precavido. Odio que hurguen en mis cosas, ni siquiera en mi basura ¡Es algo íntimo!... Y, sabe... hay gente que se dedica a eso, a hurgar, por ello la guardo en mi casa, que como ve, es muy grande y con muchas habitaciones libres todavía. Así que... como dijo alguien: «La energía ni se crea ni se destruye, sólo se transforma» y yo sigo este lema cabal y científico al pie de la letra.

No, no, no, eso no... no grite o me verá obligado a golpearle de nuevo... y le advierto que soy muy bueno con la maza. He perfeccionado mi técnica con el paso de los años. Así está mejor, no se toque la mordaza y

quédese calladito, sea un buen chico y todo irá bien. ¡Por supuesto que no le dejaré salir! ¿Qué pensaba? Usted atravesó el umbral, entró en mi hogar y le hago saber que esa puerta sólo se traspasa hacia dentro. Nadie ha salido de la casa desde hace tiempo, ni siquiera yo mismo. ¡Vamos, vamos, vamos, deje de llorar! Resulta patético a su edad, ya es usted muy mayorcito ¿no cree? Intente calmarse; si se excita sólo se llevará un gran disgusto y no solucionará nada con ello. Hágame caso. Cualquier esfuerzo es inútil. Nadie vendrá a buscarle a este lugar olvidado por la sociedad. ¿Y ahora me dice que quiere revisar mi instalación del gas? No se preocupe, su empresa encontrará otro operario tan competente como usted... Ya ve, esta mañana era usted trabajador del gas y ahora es... mi invitado. Otra persona puede sustituirle a usted en su puesto, quizá alguien que busque un trabajo digno... o que abandone su empleo para cambiarlo por el suyo... ya sabe: «La energía se transforma... ».

A propósito, ya tengo hambre... No grite, no, no, no. Sólo le dolerá un poco... al principio, pero le prometo acabar rápido...

Medianoche en la biblioteca

«El sol quemaba en la calle cuando sonó el teléfono. Quien me habló, con voz temblorosa, dijo llamarse Martín Expósito, alcalde de San Carlos del Real. Enseguida advertí ese tono de desesperación propio de las personas angustiadas que, por desgracia, me resultaba tan familiar. Yo me presenté como Alexis Bastón, profesor de filosofía de la Universidad de Alicante y director del Grupo Alfaomega, especializado en investigaciones paranormales.

Me contó que don Onofre, el cura del pueblo, le había facilitado nuestro teléfono. Solicitó una entrevista para hablar de unos extraños sucesos que acontecían en la biblioteca municipal. Estaba esperanzado en que pudiésemos ayudar al ayuntamiento con nuestra experiencia y nos pidió que guardásemos la más absoluta reserva para evitar que los medios de comunicación interfiriesen en el asunto.

A los dos días nos vimos en nuestro despacho. Allí conoció al resto de mi equipo: Clarence Southall, viejo hispanista inglés afincado en España, estudioso de apariciones y fenómenos paranormales. Gabriel Campos, experto en fotografía y electrónica, encargado del instrumental de trabajo, es decir, detectores infrarrojos, cámaras Kirlian, analizadores de sonido y aparatos similares. Alicia Blanco, Alice para los amigos, encargada de recopilar información y entrevistar a testigos. También era mi compañera sentimental.

Formábamos un grupo cohesionado por nuestra afición a lo paranormal y la férrea disciplina de trabajo. Habíamos documentado más de sesenta casos de fenómenos extraños, para muchos de los cuales encontramos respuesta.

El relato de Martín Expósito sobre apariciones en la biblioteca del pueblo fue uno de los más alucinantes que jamás escuché sobre sucesos paranormales en lugar público. Al finalizar su charla me puse a su disposición para investigar el caso, pues el asunto era interesante y planteaba un desafío fuera de lo común.

Con la ayuda del valioso testimonio de Martín encaramos decididamente la investigación. En primer lugar, y como de costumbre, realizamos una completa labor de documentación acerca de la biblioteca y su historia. Los datos hallados supondrían el punto de partida para abordar el caso.

El edificio que albergaba la biblioteca era bastante antiguo y fue rehabilitado para esos fines cinco años atrás. Durante la década anterior permaneció abandonado cuando el hospital que ocupaba sus instalaciones se trasladó a unas dependencias más modernas y amplias.

Aquel hospital se asentaba, desde tiempos de la Guerra Civil, en el antiguo palacete de la familia Pérez Rivera, arrebatado de forma violenta por los milicianos de la república. Según pudimos documentar en legados de la época, en este edificio fueron fusilados el padre, Augusto Pérez Andrade, coronel retirado del bando nacional y dos de sus hijos, Alberto y Luis. La madre, Juana Rivera y su hija Marieta, de sólo quince años, fueron violadas por varios soldados antes de su asesinato.

Por lo que hemos sabido, una extraña leyenda negra rodeó a la familia Pérez Rivera. Se hablaba de extraños ceremoniales de magia negra celebrados en el palacete. En más de una ocasión, se les relacionó con desapariciones de niños, pero nunca pudo probarse nada. Algunos vecinos todavía recuerdan cómo sus madres les prohibían pasar cerca del gran caserón, argumentando que allí vivía «el hombre del saco», que se llevaba a los niños para comérselos. No es de extrañar que con estos antecedentes tuviesen lugar los horribles sucesos que acontecerían con el paso del tiempo.

En el año mil novecientos treinta y nueve, varios enfermos ingresados en el hospital relataron horrorizados cómo un fantasma, que identificaron con el coronel Pérez Andrade, se arrastraba por los pasillos cuando el reloj marcaba las doce de la noche. Parece ser, según

aseguraban los contemporáneos, que esa fue la hora de su asesinato a manos de los soldados.

Un año más tarde se inició una cadena de muertes sin explicación entre los enfermos. Los fallecimientos se atribuyeron, en un principio, a la negligencia del doctor Berruezo, director médico del centro, que exhibía una conducta muy alterada e irascible en los últimos meses. Se decía que algunas veces, en las exploraciones a los enfermos, hablaba con alguien imaginario e incluso despertaba por la noche a los pacientes sobresaltándoles sin justificación alguna. Tras recibir varias denuncias, cuando el gerente del hospital acudió a su despacho para comunicarle su cese, lo encontró ahorcado.

El caso se cerró y durante años todo pareció funcionar sin novedad en el hospital, que curiosamente se llamaba «Hospital del Buen Descanso». Sin embargo, encontramos evidencias en la hemeroteca del pueblo sobre nuevos acontecimientos extraños, esta vez en forma de ruidos y lamentos escuchados por los oscuros pasillos siempre después de la media noche.

Algunos enfermos, espantados, abandonaron el lugar sin recibir el alta médica. En el año mil novecientos cuarenta y uno tuvo que cerrarse el hospital porque nadie quería ingresar en aquel lugar maldito. Los pacientes de la comarca se remitían al Hospital General de Albacete, sin importar la distancia, pues así lo preferían los vecinos y aquella costumbre se mantuvo durante años.

El antiguo Hospital del Buen Descanso quedó abandonado a su suerte y el paso de los años hizo mella en sus instalaciones. No fue hasta comienzos de la década de los setenta cuando, por iniciativa del gobernador civil de la región Don Francisco Vera Márquez, fue rehabilitado para funcionar como hospital. Por aquel tiempo, se había difuminado la oscura leyenda sobre el palacete de los Pérez Rivera.

Así funcionó sin novedad durante veinte años. Pero aquella larvada maldición amenazaba con despertarse tarde o temprano. Un día, los informativos de todo el país se hicieron eco de testimonios sobre espeluznantes apariciones en los pasillos y habitaciones del hospital. Un interno aseguró haberse encontrado, al abrir la puerta de su habitación,

con la figura amenazadora del coronel mirándole con ojos vidriosos. Otros juraban haber escuchado suspiros y lamentos junto a sus camas mientras dormían. También hubo quién denunció que una mano gélida le había tocado bajo las sábanas. De nuevo, el terror se apoderó de los habitantes de la comarca y no pasó mucho tiempo hasta que el hospital se cerrase de forma definitiva.

Cuando el actual dueño del palacete, el empresario Camilo Verdel, murió en extrañas circunstancias, su viuda permutó el destartado edificio al ayuntamiento a cambio de unos terrenos en la periferia del pueblo. Entonces se volvió a rehabilitar y esta vez fue destinado a albergar la biblioteca pública.

Disponía de una amplia antesala de entrada, profusamente decorada con reliquias del antiguo hospital: frisos, capiteles, estatuas, cuadros... todo restaurado con esmero. Se respetó el antiguo diseño del suelo con placas de terrazo, grises y blancas, salpicadas de dibujos con motivos medievales. También se conservaron los grandes ventanales exteriores, incluso con los postigos originales. Se sustituyó por completo la gran escalinata central que ascendía hasta el primer piso por una nueva con escalones de mármol grisáceo y una barandilla a juego en el mismo material.

La primera planta se dedicó a una zona para niños que incluía cuentos, cómics y gran variedad de diccionarios y enciclopedias infantiles. También existía un pequeño recinto habilitado para los más pequeños con juegos apropiados a su edad que funcionaba como guardería, asistido por una cuidadora.

En la segunda planta se ubicaba la sección de adultos, con libros de gran valor y antigüedad en sus estanterías. Desde las mesas de consulta se divisaban los tejados de las casas del pueblo a través de las amplias ventanas que aportaban gran luminosidad. Como novedad, se había incluido una sección de hemeroteca y otra de fonoteca, donde se podía escuchar música por auriculares.

Los habitantes del pueblo recibieron con alegría la biblioteca aunque, a juicio del alcalde don Martín Expósito, la cultura aún no gozaba del mismo nivel de convocatoria que los cines y centros de ocio de la ciudad

más cercana.

Pero esta vez, fue el testimonio del guarda de seguridad el que levantó una bruma de preocupación al relatar cómo unos ruidos inexplicables le perseguían cuando realizaba su ronda nocturna: sonidos de pasos, cuadros que caían e incluso voces de ultratumba. El aterrizado guarda no tardó mucho tiempo en pedir la baja por depresión.

Según nuestras investigaciones, que corroboran punto por punto la versión del alcalde, la policía local acudió ante la insistencia de la empresa de vigilancia, pues su director confiaba plenamente en el testimonio del veterano guarda. No encontraron nada, pues inspeccionaron el lugar entre las diez y las once de la noche.

Los días transcurrieron y ninguno de los vigilantes de seguridad quiso volver a trabajar en la biblioteca. Varias entrevistas a algunos de ellos nos confirmaron el testimonio de su compañero: ruidos por los pasillos, gritos, lamentos e incluso aullidos acompañados por movimiento de objetos.

Una nueva patrulla de la policía local se presentó, esta vez a las doce y diez de la noche, para realizar una última comprobación ante la insistencia de la empresa de vigilancia. El relato de uno de ellos fue aterrador. Refirió cómo él y su compañero observaron en la primera planta que los juguetes de los niños adoptaban formas caprichosas, como guiados por una mano invisible que los cambiase de posición.

Después, fueron lanzados contra ellos.

Se asustaron de tal manera que al intentar escapar, atolondrados, acabaron rodando por la gran escalinata. Uno de ellos se rompió un brazo y sufrió un fuerte esguince de tobillo. El otro resultó más grave, con fractura de dos vértebras cervicales.

El alcalde, ante la rotundidad de las pruebas, se entrevistó con el cura del pueblo, don Onofre, para pedirle que realizara un exorcismo en el edificio, pues aquello, según afirmaba «era obra del diablo». El sacerdote, de aspecto estirado y hosco en el trato, le explicó que no estaba autorizado por la Iglesia a realizar un exorcismo y que no había nadie habilitado para ello en toda la diócesis; no obstante, le apuntó un teléfono donde podría contactar con «personas que estudian esas cosas».

Nuestra intención, después de todo el material recopilado, era realizar una inspección minuciosa sobre el terreno para constatar la certeza de los hechos. Tras los oportunos permisos oficiales, nos presentamos allí una noche con todo el instrumental. Instalamos ordenadores para recoger muestras de sonidos psicofónicos, cámaras de vídeo en posiciones estratégicas e incluso llevamos con nosotros un novedoso aparato que detectaba el movimiento por infrarrojos. En el exterior, dentro de una gran furgoneta, montamos el control, donde Karin, una joven becaria de la universidad, coordinaría las acciones del equipo y sería la responsable de dar la alarma si algo iba mal.

La verdad es que el lugar nos impresionó por su majestuosidad y el halo de misterio que irradiaba. Tras una inspección ocular sin novedad, nos dispusimos a desplegar nuestros instrumentos y cada uno se encargó de sus cometidos. Pretendíamos tener todo listo para mucho antes de las doce de la noche, hora señalada para el comienzo del experimento, pero los problemas técnicos se multiplicaron para impedir una perfecta puesta a punto. La media noche nos sorprendió, traicionera, ultimando los preparativos. No estábamos preparados para lo que habría de suceder pese a la cantidad de documentación reunida para el caso, las entrevistas y testimonios. Todas nuestras sospechas resultaron ampliamente rebasadas por aquellos fenómenos que se mostraron ante nosotros con una contundencia aterradora.

El pesado portón de la entrada se cerró de improviso a nuestras espaldas. Alice gritó sobresaltada y se aferró con fuerza a mi brazo. Reconozco que yo también me asusté.

Todos volvimos nuestra mirada atrás de forma refleja, buscando una explicación lógica para aquello. De manera inesperada, las luces se apagaron y una demoledora sensación de inseguridad se adueñó de nosotros. Durante segundos, un silencio, tan sólo interrumpido por nuestras respiraciones aceleradas, nos hizo temer que la peor de las pesadillas había dado comienzo y aquello exigía una rápida reacción. Gabriel encendió una potente linterna y apuntó el haz cónico hacia la majestuosa puerta de madera que acababa de cerrarse sola, pese a que colocamos varias cuñas para fijarla.

Frente a nosotros, apenas oculta por una neblina de polvo, la imagen de la gran puerta se erguía desafiante. Comprendimos el mensaje: si habíamos entrado allí dentro, ahora *lo tendríamos difícil para salir*.

Los magnetoscopios, ordenadores e incluso cámaras de vídeo que habíamos apostado en la planta baja, habían dejado de funcionar. Intenté comunicar con el control externo pero tanto el *walkie* como mi teléfono móvil se hallaban incomprensiblemente mudos. Ante aquella inexplicable situación, comprendí la verdad que encerraban los testimonios sobre aquel lugar y que nos advertían de algo maligno que se escondía entre las paredes de la biblioteca pública.

Clarence mostraba un semblante desencajado mientras los haces de nuestras linternas bailaban por la estancia creando espectrales efectos de luces y sombras. Unos golpes nos sobresaltaron. Parecía como si algún mueble hubiese caído al suelo. Oímos un estallido de cristales mientras, en el carillón del pasillo central, batían unas campanadas que retumbaron en la sala con eco solemne.

Eran las doce.

Fuimos puntuales a nuestra cita con el horror oscuro y éste nos aguardaba con la paciencia del cazador que acecha a su presa. Nos contagiábamos de una creciente inquietud mientras se sucedían golpes y sonidos extraños con las campanadas de medianoche como fondo.

Decidimos mantenernos unidos, espalda contra espalda, sin dejar de iluminar a nuestro alrededor, mientras las campanadas continuaban batiendo de manera inexorable.

Clarence gritó al enfocar uno de los cuadros de la pared izquierda que se balanceaba por sí solo con una cadencia desigual. Contemplamos horrorizados cómo la pesada mesa del conserje, situada a pocos metros de la entrada, se arrastró sola, atravesando el corredor de lado a lado y destrozando varios maceteros antes de chocar contra la pared.

Por primera vez asistíamos a un fenómeno de tal magnitud y quisimos pensar que sufríamos las consecuencias de un mal sueño, una horrible pesadilla de la que pudiésemos despertar, pero por desgracia, la realidad era bien distinta: en la biblioteca pública de San Carlos del Real se manifestaban hechos paranormales de origen desconocido.

La última campanada resonó hueca y atronadora.

Después vino el silencio.

Durante breves segundos en expectativa, nuestras manos aferraban con fuerza las linternas esperando nuevas manifestaciones que rompiesen el silencio. Mis ojos desorbitados buscaban nuevas amenazas entre los rincones mientras mi boca tragaba amplias bocanadas de aire. Percibí la expresión de miedo en el rostro de Alice. Clarence parecía petrificado, con la mirada perdida en la profundidad de las sombras. Sus manos temblaban, agitando el haz inquieto de su linterna.

Gabriel reaccionó primero. Activó la cámara de infrarrojos y el detector electromagnético, que parecían funcionar de nuevo. Yo realicé otro intento de conectar con Karin por el móvil, pero seguía sin cobertura.

Gabriel realizó disparos selectivos con la cámara infrarroja, procurando barrer todo el perímetro. Los destellos del flash iluminaban una zona mucho más amplia que el estrecho haz de la linterna. Al principio nadie reparó en ello, pero no tardé mucho en percatarme de un detalle.

Los cuadros colgados en la pared de la derecha *no estaban allí antes*.

Tragué saliva y avisé a mis compañeros. Desde la pared del amplio hall de entrada, en cuyo centro nos hallábamos, la familia Pérez Rivera nos observaba desde sus propios retratos: el coronel, sentado en un sillón orejero tras un escritorio de madera oscura, sonreía de forma inquietante con una mirada torva. La madre y la hija en el cuadro de al lado lucían un insidioso aspecto risueño, apoyadas sobre una barandilla blanca. Los hijos, de mediana edad, ambos con fino bigote, mostraban en otro cuadro dos ciervos muertos con un extraño gesto de satisfacción en sus pálidos rostros.

Un escalofrío me atravesó de manera fulminante y por un momento sentí como si la mismísima muerte me acechase. Todos coincidimos, con sólo mirarnos, en que había que escapar de allí rápido. Gabriel intentó en vano abrir la puerta de entrada. Ni siquiera lo consiguió con nuestra ayuda pues parecía completamente sellada.

Inyectados de adrenalina, nos dirigimos hacia las ventanas.

Estaban tapiadas con ladrillos desde el interior.

El desconcertante hallazgo dañó nuestra serenidad, pues ninguno de nosotros las había visto así cuando entramos. Clarence señaló la escalinata de acceso al primer piso y enseguida comprendimos que era nuestra única escapatoria. Allá nos dirigimos con rapidez, cuando nuevos golpes y roturas de cristales resonaron muy cerca de nosotros. Entonces se inició un murmullo de voces que aumentaba su intensidad por momentos sin que nos atreviésemos a adivinar de dónde provenía.

Con la precipitación, Alice perdió su linterna, que rodó escaleras abajo. Trató de bajar a recuperarla, pero yo se lo impedí agarrándola de un brazo. Sabía que algo maligno se ocultaba en aquel recibidor y que por nada del mundo debíamos volver sobre nuestros pasos.

Cuando llegamos al primer piso cesaron de nuevo los ruidos. Contemplamos el pulcro orden de la sala de los niños, con los libros en sus estanterías, mesas y sillas alineadas y los juguetes en sus cajas. Gabriel lo inspeccionó todo con la cámara infrarroja y realizó algunas fotos. También conectó un pequeño escáner de movimiento que mostraba cuatro puntos verdes en el centro de una especie de diana escalada en grados. Éramos nosotros, y de momento estábamos solos.

Habíamos decidido subir al piso superior cuando, al enfilear la escalera de caracol que conducía al segundo piso, escuché a mis espaldas un grito. Al volverme Alice y Clarence, despavoridos, enfocaban sus linternas a la pared de enfrente.

Estaban colgados los mismos cuadros que habíamos dejado en el piso inferior.

Tiré de ellos hacia arriba y, cuando subían presa del pánico, volví a por Gabriel que disparaba fotos mientras vigilaba de reojo el detector de movimiento.

Tratamos de encontrar, sin éxito, una explicación lógica al fenómeno y decidimos acabar con las fotos para escapar al segundo piso con la mayor rapidez. Tuve el presentimiento de hallarme en las vías de un tren segundos antes de ser arrollado. Corrimos hacia la escalera, escapando entre las sombras, sorteando mesas y sillas, con la única guía de nuestras linternas y la luz tenue que provenía del segundo piso por el hueco de la

escalera.

En ese instante, el detector de movimiento se volvió loco.

Comenzaron a aparecer muchos puntos parpadeantes a nuestra espalda y un pitido agudo y repetitivo nos informaba de que algo se nos acercaba por detrás. Todo comenzó a vibrar. Percibí en la oscuridad difuminada de la estancia cómo algunos objetos volaban sobre mi cabeza y se estrellaban en la pared. Entonces empujé a Gabriel escaleras arriba, gritándole que subiese lo más rápido que pudiera sin mirar atrás.

Algo impactó en mi cabeza y caí al suelo. Mi linterna rodó hacia un rincón y por un momento quedé sumido en la oscuridad. Ligeramente conmocionado, escuchaba los atropellados y cada vez más lejanos pasos de mis compañeros, que ascendían por la escalera. Era obvio que no repararon en mi falta durante su frenética huída. Estaba solo y debía reaccionar. Me incorporé y tomé la linterna, que por suerte no se rompió con el golpe, e intenté dirigirme escaleras arriba.

No había pisado el primer peldaño cuando me invadió una necesidad irrefrenable de mirar atrás. El vello de mi cuerpo se erizó. Volví la cabeza y enfoqué con la linterna.

Por un instante, me quedé sin respiración.

En la pared de enfrente seguían colgados los tres cuadros, pero *no había nadie* en ellos: en el primero se vislumbraba un sillón vacío tras una mesa, en el siguiente una barandilla blanca con un paisaje de fondo y en el otro dos ciervos muertos rodeados de matorrales.

Mantuve la suficiente lucidez para volverme rápido hacia las escaleras. Algo me agarró la chaqueta y tiró de mí hacia abajo.

Grité.

Mi cuerpo respondió dando un respingo que me libró de aquella presa que me retenía. Nunca en mi vida he subido unas escaleras tan rápido. Mientras ascendía, escuché las voces de mis compañeros que me llamaban desde arriba. La luz de mi linterna vaciló, y de nuevo me sumí en una repentina e inquietante negrura. Escuché a mis espaldas un rumor de voces indescriptibles antes de que un aliento gélido resbalase sobre mi nuca. Faltaba poco para llegar y subí las escaleras con mayor rapidez.

Cuando alcancé el piso superior, cesaron de nuevo las voces. Intenté recuperarme respirando amplias bocanadas de aire. Apoyaba las manos sobre mis rodillas con la cabeza gacha cuando percibí un fuerte hedor. Levanté la mirada y observé las inmóviles siluetas de mis compañeros recortadas contra la luz de luna que bañaba la habitación desde unos grandes ventanales ¡Ahora podíamos escapar!

Pero algo no iba bien. Los compañeros me observaban demasiado quietos e impassibles desde las sombras. No podía verles, ni sabía qué pasaba.

Se estaban acercando...

Cuando mi linterna se encendió con nefasta oportunidad, aparecieron los Pérez Rivera, observándome desde su palidez con una sonrisa demencial mientras extendían sus nudosas y descarnadas manos hacia mí. Las sentí frías como tenazas. Agité brazos y piernas intentando desprenderme de ellas mientras su aliento podrido multiplicaba mi repugnancia. Mis piernas temblaron y temí desfallecer, así que, reuniendo las pocas energías que atesoraba, conseguí zafarme de sus garras y me lancé desesperado contra la ventana. El crujido de los cristales al estallar atronó con fuerza en mis oídos.

Caí al vacío.

En mi caída, las ramas de un nogal próximo a la casa amortiguaron el golpe antes de estrellarme contra el suelo.

Al despertar, maltrecho y dolorido en el hospital, Karin me dijo que había estado en coma durante una semana. También me informó de que todos habían muerto y, para mi sorpresa, supe que la policía me relacionaba con su asesinato. Habían encontrado restos de piel y sangre entre las uñas de mis dedos. Nadie creyó mi testimonio y las pruebas me señalaban como presunto culpable de homicidio. El juez decretó mi ingreso provisional en el Hospital Psiquiátrico de Alicante a la espera del juicio y fui confinado en una celda de aislamiento ante mi repentino cambio de humor por sentirme injustamente encarcelado. Me drogaron con diversos medicamentos para tranquilizarme y, aún así, las noches resultaron especialmente aterradoras.

Sumido en sueños, sufría terribles pesadillas en las que era perseguido

por demenciales formas grotescas. Al despertar, agobiado por la falta de aire, descubría en mi torso y extremidades arañosos de injustificable procedencia. Pero aún no había llegado lo peor...

Una noche, tras sufrir de nuevo las pesadillas, desperté alterado y encendí la luz. Ante mí, silencioso, se erguía el coronel Pérez Andrade a los pies de mi cama.

¡Dios, como me miraba! ¡Aquellos ojos inmensos y crueles clavados en mí...!

Cerré los ojos e intenté convencerme de que aquella horrible visión no era real sino una ensoñación de la que podría abstraerme. Cuando volví a abrirlos el coronel seguía allí, incluso más cerca. Observé con impotencia la terrible expresión de su cara. Esbozó una cruel sonrisa mostrando sus dientes, afilados y amarillentos. Su faz se arrugó adoptando un gesto de fiereza a medida que se acercaba. Entonces, contemplé la transfiguración de su rostro, en la cual, reconocí las caras del resto de la familia, articulando muecas terribles.

Intenté protegerme en vano interponiendo los brazos; grité, pataleé, cerré los ojos... Creí enloquecer por momentos. Percibí un repulsivo olor a podrido como preludio de su cercanía. Se agachó lo suficiente como para mirarme a un palmo de distancia y entonces me habló. En realidad, de su boca no escapó sonido alguno, pero debió utilizar algún tipo de telepatía pues recibí su mensaje con claridad. Me dijo que estaba allí para matarme, lo mismo que había hecho tantas veces a lo largo de los años. Afirmó que nadie escaparía de su cruel venganza. Todo aquel que osase perturbar su descanso perecería con horrible sufrimiento. Su alma condenada y la de su familia estaban confinadas en el viejo palacete, en virtud de un terrible pacto con alguna entidad demoníaca. Me expresó su odio hacia los descendientes de aquellos que le mataron, gran parte de los habitantes actuales del pueblo, y tuve la sensación de que mi muerte no sería la última.

Volvió a sonreír y me contó, extendiendo hacia a mi rostro su mano nudosa, que él disfrutaba recolectando almas para el Príncipe y que muy pronto sucederían gloriosos acontecimientos para su causa. Incapaz de evitarlo, percibí con repugnancia el tacto de su mano fría en mi cara. Sus

uñas arañaron mi piel sin que mi boca, retorcida por el espanto, dejase escapar el más mínimo grito. Un latigazo de frío recorrió mis huesos cuando levantó su mirada para fijarse en un gancho, asido en el techo, y del que posiblemente colgó en su momento algún tipo de lámpara. Después volvió a mirarme y sonrió de forma sibilina.

Entonces recuerdo que se abrió la puerta y aparecieron dos enfermeros que se abalanzaron sobre mi con gesto de preocupación. El coronel se había esfumado y, según supe más tarde, me salvaron cuando intentaba ahorcarme en el gancho, usando una de mis camisas.

Unos días más tarde, al despertar de la sedación, me contaron con detalle una historia que me dejó perplejo y aterrorizado. Por lo visto, el asunto de la biblioteca había salido a la luz en varios medios informativos y se produjo tanta alarma en el pueblo que, por iniciativa del ayuntamiento de San Carlos del Real, se procedería, a la demolición de la biblioteca. Existía un informe de un aparejador sobre el mal estado del inmueble, que había sido catalogado como «en ruinas». De esta manera se pretendía frenar las especulaciones de los medios sobre el motivo real de su demolición.

Según pude saber, algunos curiosos esperaban con impaciencia la destrucción de la biblioteca. Se habían colocado cargas explosivas en los principales pilares del edificio para hacerlo caer de forma controlada mientras dos palas excavadoras estaban preparadas para recoger los restos y trasvasarlos a un gran camión que esperaba cerca. La policía había dispuesto un operativo especial para acordonar los alrededores del edificio.

Cuando todo estaba a punto don Onofre, el sacerdote, ataviado con sotana, alba y un casco de albañil amarillo, se encaminó a la fachada escoltado por dos obreros y un policía, que le ayudaban a transportar unos recipientes.

Comenzó a pronunciar una serie de plegarias de liberación encaminadas, al parecer, a exorcizar al diabólico inmueble. Después y ante la mirada atenta de la concurrencia, pidió uno de los botes que contenía agua bendita y la esparció a lo largo de la fachada. Entonces, como si hubiese arrojado ácido, la fachada de la biblioteca comenzó a

desprender humo blanquecino en los lugares alcanzados por el agua. El sacerdote prosiguió impasible con los rezos en medio de una densa humareda de olor acre. Don Onofre gritó con fuerza sus plegarias intentando disimular un creciente sentimiento de miedo y aprensión.

Recordó cuando Martín Expósito, el alcalde, le rogó que exorcizase aquel lugar. Ahora su negativa se había trocado en sumiso cumplimiento del deber tras recibir la orden del obispo, conminándole a realizar el exorcismo para suavizar el malestar de los feligreses por la pasividad de la Iglesia en estos asuntos.

Durante todo el ritual, el cura no cesó de lanzar agua bendita sin acercarse demasiado por consejo de la policía. Eran las cinco y media de la tarde y el sol abrasaba en San Carlos del Real. Antes que el presbítero acabase sus oraciones, ocurrió algo inesperado: una de las cargas explosivas adosadas a la fachada, reventó sin que nadie la hubiese activado. Un trozo de cornisa voló hacia el lugar donde se encontraba el cura con sus ayudantes, que apenas pudieron esquivar el golpe. Parte del frontal de la fachada se hundió como consecuencia del estallido.

Los obreros y el policía se batieron en retirada envueltos en polvo blanco y arrastrando al sacerdote, que sangraba en abundancia por nariz y boca. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, el jefe de policía y el alcalde, ordenaron detonar el resto de explosivos.

Cuando estallaron las cargas con un gran estruendo, toneladas de piedra y acero se hundieron en una enorme nube de polvo que parecía engullirlo todo. Durante unos instantes, los presentes creyeron escuchar gritos de personas entre las ruinas. Los chillidos aumentaron en intensidad y después fueron remitiendo hasta que, finalmente, callaron.

Cuentan que muchos de los asistentes al terrible espectáculo, quedaron vivamente impresionados al observar, atónitos, cómo se disipaba la nube de polvo para revelar las ruinas de la biblioteca envueltas en un halo de borrosidad inquietante. Arraigó un silencio tenso entre la multitud, hasta que a alguien se le ocurrió aplaudir. Algunos le imitaron lanzando vítores, intentando olvidar la pesadilla. Al momento, los asistentes aplaudían al unísono, incluidos policías, bomberos y alcalde.

Por fin los habitantes de San Carlos del Real se sentían liberados de su particular maldición. Ahora podrían dormir tranquilos.

Aquella noche, la gente del pueblo respiró confiada. Recogidos en sus casas, no podían creer que estaban libres de cuanto habían sufrido en el pasado. Los que permanecían levantados, algo incrédulos por la resolución del misterio, prefirieron esperar a la medianoche para festejar la gesta con alborozo. Las campanas de la iglesia tañeron doce veces ante la impaciencia de los vecinos. Los más próximos, miraban de reojo al solar donde, hasta esa tarde, se erguía el edificio maldito, y ahora un descampado de tierra iluminado por grandes focos era lo único que recordaba su existencia.

Hubo choque de copas, corrió el cava y la alegría se desbordó, justo antes de que, a los pocos segundos de la última campanada, el pueblo se sumiera, de repente, en una completa y terrorífica oscuridad. Un aluvión de llamadas telefónicas colapsó la centralita de la policía. Solicitaban ayuda, aterrorizados, porque todas las puertas de las casas, se habían cerrado solas, provocando un caos general.

Cuando las llamadas se interrumpieron de repente, cuentan que a varios kilómetros de San Carlos del Real, el viento transportó un rumor de gritos humanos resonando en la lejanía.

Después, el silencio...

Vuelo mortal

—Washington, aquí American Transatlantic B-4006 ¿me reciben?

—American Transatlantic B-4006, aquí torre de control, adelante.

—Solicito pista para aterrizaje de emergencia ¿me han oído?
Aterrizaje de emergencia, cambio.

—¿Cual es el problema AT B-4006?

—Washington, ha ocurrido algo... terrible. Los pasajeros... —la comunicación se interrumpió en medio de un chisporroteo de interferencias.

—AT B-4006, aquí torre de control, descienda cinco mil pies, tome rumbo 504, cambio.

—Washington, aquí AT B-4006. Creo que todo el pasaje y miembros de la tripulación... están muertos. ¿Me reciben? Están todos muertos, menos yo —chisporroteo— ... único superviviente, cambio.

—AT B-4006, proceda a la maniobra de aproximación según las instrucciones, el cielo está despejado y la velocidad del viento es de 3 nudos. Repito, descienda cinco mil pies y tome rumbo 504, cambio.

—Recibido Washington. Hay algo dentro de la nave que ha matado a los pasajeros. ¡Ha sido horrible, horrible!... —se escucharon unos sollozos apagados. Entonces, sonó por la radio una voz distinta desde control:

—AT B-4006, al habla Doug Richardson, jefe de seguridad del aeropuerto internacional de Dulles, le hago saber que según el protocolo establecido en estos casos, va a ser escoltado por dos cazas F-16 hasta su llegada al aeropuerto. Todos los tránsitos de esta zona han sido desviados hacia aeropuertos cercanos. Estamos adoptando las medidas

oportunas para dotarles de asistencia médica en destino. Por favor, le ruego que clarifique la situación en la que se encuentra su pasaje, cambio.

—¿Es que no me ha oído? Están muertos. Yo les vi morir. Ahora estoy encerrado en la cabina. Tuve que hacerlo... ¡tuve que hacerlo!... —más interferencias.

—Le ruego que se calme. ¿Cuál es su nombre?, cambio.

—Soy el comandante Ray Dobregga —sollozos— cambio.

—Está bien, Ray, tranquilícese. Su llegada al aeropuerto será sobre las veintitrés cuarenta y cuatro, hora local. Disponemos de unos minutos para charlar. ¿Está casado? ¿Tiene hijos?, cambio.

—Sí, estoy casado y tengo cuatro hijos... ¡Oh Dios, he oído un ruido!... pero es imposible, están muertos...

—Tranquilo Ray. Intente relatar lo que ocurrió. Es de vital importancia para ayudarles, cambio.

—Estoy... bastante nervioso, Doug —silencio—. ¡He creído escuchar otro ruido, detrás de la puerta! —dijo sobresaltado—, pero sea quien sea, no podrá entrar —risas— la tengo bien apalancada, tendrían que volarla con dinamita —afirmó con extraño sarcasmo.

Todo empezó a las dos horas de vuelo. Un pasajero, el señor Chairman, de unos cincuenta años, comenzó a sentirse mal. Al principio pensamos que era un corte de digestión o algo similar. En el pasaje viajaba un médico que le atendió.

Chairman sudaba mucho y sufría de vez en cuando pequeñas convulsiones. Mary, una de nuestras azafatas ayudó al médico a aflojarle la ropa ante la mirada estupefacta de los pasajeros.

Chairman comenzó a gritar algo así como «¡Me han pinchado! ¡Alguien me ha pinchado en el aeropuerto!». Cuando Mary le preguntó sobre ello, contó que mientras esperaba para embarcar, sintió un pinchazo en su muslo derecho. Al girarse, vio cómo un anciano que portaba un bastón se alejaba confundido entre la masa de gente que pululaba con prisas por el vestíbulo del aeropuerto de Heathrow. Al principio no le atribuyó demasiada importancia, pero según el tiempo transcurría, esa ligera molestia en el muslo fue creciendo. Explicaba, entre grandes dolores,

cómo ascendía desde la pierna al tronco. Luego al pecho. Hacia los brazos... Hubo un momento en que tres personas eran incapaces de sujetar a Chairman por las violentas convulsiones que presentaba. El médico, para evitar que se mordiese la lengua, le colocó un lápiz entre los dientes. Mary me dijo, que el doctor había notado un olor extraño que ascendía por su garganta.

La situación fue empeorando por momentos. Chairman gritaba con voz gutural ahogada en un gorgoteo de algo que parecía fluir desde su interior. Necesitamos cuatro hombres fornidos para sujetarle. Entonces ya era tarde.

Chairman... explotó.

Yo lo vi desde la distancia pero los demás, en mayor o menor medida, resultaron... salpicados.

Se hizo una pausa en la que el comandante murmuraba palabras incomprensibles en voz baja —lo siento— dijo, —es imposible apartar de mi cabeza... aquella imagen de los restos de Chairman esparcidos por la cabina del pasaje.

La gente gritó asustada. Las paredes, el techo, el suelo, las ventanillas, los pasajeros... todo estaba salpicado. Era como si aquel tipo llevase una bomba adosada a su estómago. Restos grumosos y sanguinolentos, extrañamente ennegrecidos se dispersaban por todas partes. Los pasajeros intentaban limpiarse todo aquello de sus rostros, pero entonces, muchos empezaban a mostrar los síntomas.

Fui testigo de todo desde el umbral de la cabina, asombrado y boquiabierto. Al principio el horror me paralizó, pero enseguida me repuse e intenté ayudar. Sin embargo, algo me detuvo: los salpicados mostraban unos extraños síntomas. El médico, las azafatas, el copiloto, los pasajeros más próximos, se revolcaban por el suelo llevándose las manos a la garganta, como si algo extraño les ardiese en su interior. Entonces me percaté de otra cosa: entre los restos atomizados de Chairman, destacaban unos extraños grumos negros de aspecto viscoso que parecían gozar de vida propia. Se juntaban para formar unidades más grandes, como las gotas de mercurio, para luego explotar con virulencia y salir despedidos hacia todas las direcciones. Los que no se

mancharon al principio, lo hicieron después.

Uno de estos grumos, fue a parar cerca de mis pies. Pronto, comenzaron a juntarse más. La gente gritaba y gritaba presa un pánico terrible, devorados por un dolor atroz que parecía consumirles por dentro. Muchos yacían en el suelo, debatiéndose entre violentas sacudidas. Sus miembros se convulsionaban como si algo los rellenase por dentro. Los demás, conscientes de lo que el destino les deparaba, enfebrecían víctimas de una locura obsesiva, lanzándose unos contra otros en sus últimos e inútiles esfuerzos por calmar el terrible dolor que parecían sufrir. No hicieron otra cosa que extender los grumos por el resto de la nave hasta que todos quedaron impregnados por aquello.

Cuando volví la mirada al suelo, comprobé con horror que una especie de gusano negro, babeante y viscoso, reptaba hacia mi, hinchándose cada vez más y mostrando unas extrañas pulsaciones de una vena en lo que parecía ser su cabeza.

Intuí que estaba apunto de explotarme en las narices, retrocedí con rapidez y cerré la puerta de la cabina antes de escuchar al otro lado un sonido similar al pinchazo de un globo lleno de agua.

No podía creerlo, pero era real, y estaba sucediendo... Detrás de mi puerta, escuché los gritos ahogados por el extraño ente viscoso. Aquel concierto de voces guturales y desesperadas me mantuvo temblando al otro lado, presa del miedo. Se escucharon golpes frenéticos en la puerta. Creí distinguir la voz distorsionada de la azafata Mary Dwyer suplicando ayuda... pero yo no podía abrir. *No debía* abrir. Permanecí unos minutos acurrucado en el suelo, observando la puerta con las manos tapando mis oídos. No quería escuchar aquel horror. Lloré con amargura la suerte de aquellos desdichados. En cierto modo me sentí culpable por haberme ocultado y negar mi ayuda, a todas luces inútil, pero según transcurría el tiempo, la idea de que hice lo apropiado fue ganando fuerza. Vinieron a mi cabeza las imágenes de mi mujer y mis hijos. Ellos me insuflaron la energía necesaria para continuar luchando por mi vida.

Transcurrido un tiempo, retiré las manos de mis oídos y levanté la cabeza. El silencio resultaba más estremecedor que los gritos de unos

minutos antes. Aquel silencio... era horriblemente significativo. Todos los sonidos propios de la nave parecían haberse mitigado extrañamente para ceder protagonismo a lo que pudiese llegar desde el otro lado.

La sólida imagen de la compuerta me confería un extraño sentimiento de seguridad, pero presentía que tarde o temprano habría de cruzar aquel umbral... y enfrentarme a la realidad. ¿Había terminado aquel horror con la vida de todos los pasajeros? ¿Quedaría algún superviviente? ¿Qué era aquella masa informe y negruzca que se compactaba y explotaba infectando a los pasajeros?

Cuando pude calmarme, mis pensamientos comenzaron a ordenarse. Examiné la cabina para cerciorarme de que aquello no había conseguido entrar. El resultado fue negativo. Después tomé asiento en mi puesto y comprobé el buen funcionamiento del piloto automático. Revisé los valores de altitud, velocidad y rumbo: todo era normal. La certeza de que el avión hubiera podido volar varias horas con todos sus pasajeros y tripulantes muertos, incluidos los pilotos, me provocó un nudo en la garganta.

Espoleado por una repentina idea, tomé la decisión de comunicarme con el pasaje. Si quedaba alguien vivo, le llegaría un mensaje de esperanza: el comandante estaba en su puesto y conseguiría aterrizar la nave en el aeropuerto de destino, donde recibirían ayuda.

Pulsé el botón del transmisor y hablé.

Tras unos segundos en los cuales mi voz temblorosa intentó expresar con torpeza lo que el cerebro le dictaba, decidí suspender la comunicación: aquello parecía completamente inútil. Tenía la sensación de estar hablando solo, como quien se enfrenta a un contestador automático. ¡Qué demonios! Siempre he odiado hablar para esos cacharros, no lo puedo remediar.

Callé un instante y sólo el sonido del viento resbalando por el fuselaje, el rugido de los motores y los latidos acelerados de mi propio corazón parecían contestarme. En realidad, después de lo ocurrido, deseaba que no se produjera respuesta alguna. No me malinterpreten, pero no hubiese sabido qué hacer al escuchar alguna voz suplicante. Prefería no plantearme esa posibilidad por el bien de mi cordura.

Una vez retomado el control del avión, me percaté de lo cerca que estaba del destino e intenté la comunicación por radio. Y eso es todo hasta que conseguí el contacto. Pero ahora... mis presentimientos se confirman. Hace un momento, creí escuchar un golpe desde el otro lado...

Pensaba que era producto de mi imaginación, pero... ¡Se ha vuelto a repetir! ¿Me oyen? ¡Alguien del otro lado está golpeando la puerta! ¡Hay supervivientes! Pero no les dejaré pasar... No voy a permitir que me infecten ¿me están escuchando? Dejen de golpear la pu... —las interferencias interrumpieron la comunicación.

—Atención AT B-4006, aquí control, hemos perdido su señal. Le aconsejo que permanezca tranquilo. Evite el contacto con los supervivientes del pasaje mientras pueda. Si deja abierto el canal, aunque usted no pueda comunicarse, nosotros le enviaremos las instrucciones para el aterrizaje...

La pista seis del aeropuerto de Dulles era un hervidero de coches y efectivos desplegándose a velocidad de vértigo. Los bomberos habían tomado posiciones a ambos lados de la pista con tres camiones color rojo y una gran bomba de agua. También la policía había realizado un espectacular despliegue de doce coches patrulla con sus luces de emergencia rojo y ámbar destellando en la oscuridad de la noche.

Para asegurar una buena iluminación se habían dispuesto cuatro grandes focos a ambos lados de la pista de aterrizaje. Muy cerca de allí, se había desplegado una unidad NBQ del ejército de los Estados Unidos, expectante, con sus trajes de aislamiento biológico.

De repente, las luces del Boeing 757 se vislumbraron en la negrura del cielo. Tres pequeños puntos amarillos brillaban todavía a gran altura mientras el aparato se acercaba con aparente normalidad, encarando la pista de aterrizaje. La nave estaba flanqueada por dos aviones de combate que en un determinado momento, realizaron una maniobra coordinada de alejamiento para facilitar la aproximación del Boeing.

A medida que el avión descendía, haciéndose más visible, la tensión entre los cuerpos de seguridad desplegados aumentaba. Un ensordecedor rugido de motores anunció su llegada antes que la nave tomase tierra. El tren de aterrizaje emitió un agudo chirrido al contacto

con el asfalto. El avión anduvo frenando por la pista con los alerones levantados hasta alcanzar la zona de operaciones. Se detuvo justo en el lugar donde debía hacerlo. Algunos hombres allí presentes aplaudieron.

Los instantes siguientes resultaron frenéticos. La policía tomó posiciones rodeando el aparato y las unidades NBQ desplegaron una especie de burbuja de plástico transparente en torno a las compuertas del avión. Intentaban aislar cualquier posible salida de la nave para controlar la epidemia relatada por el piloto. Con gran rapidez, todo estuvo bajo control. Ahora llegaba el momento de contactar con el interior...

Dos grupos de soldados, equipados con uniformes y cascos NBQ, subieron a la par por sendas escaleras blandiendo sus poderosas armas de asalto en actitud agresiva. Quedaron situados junto a las dos puertas de entrada. Apuntaban hacia ellas como si estuviesen vivas.

La tensión del momento era patente en el nerviosismo de los soldados, que no paraban de hacerse señas, indicando las acciones a realizar sin pronunciar una sola palabra. De pronto, uno de ellos esgrimió un gran altavoz y trató de comunicarse con el interior. Sonó un desagradable pitido metálico cuando empezó a hablar.

—Atención, les habla el teniente Gálvez, del ejército americano —dijo el militar con voz severa y firme—. La aeronave se encuentra bajo control militar. Permanezcan en sus asientos y no intenten salir. Les advertimos que haremos fuego contra cualquiera que pretenda abandonar la nave. Repito, haremos fuego sin contemplaciones. En breve un equipo médico subirá al avión para a realizar las exploraciones oportunas...

Antes que el militar acabase sus instrucciones, la compuerta de cola emitió un crujido.

Alguien trataba de abrir.

—¡No abran la puerta! —ordenó enérgico el militar, antes que los soldados cargasen sus armas, inquietos.

Los crujidos continuaron.

La puerta se movió.

El teniente ordenó a sus soldados que disparasen si aparecía alguien.

La puerta se abrió una rendija.

El corazón de los soldados palpitó con fuerza.

La puerta se abrió un poco más.

Apenas fue visible por la rendija un brazo vestido de blanco que se apartó con rapidez escondiéndose en la oscuridad del interior.

Se hizo un silencio tenso.

La puerta quedaba entreabierta, pero ¿quién había osado contradecir las órdenes de los militares?

El teniente ordenó el abordaje de la nave y los soldados saltaron como lobos a su interior empujando la portezuela. Cuando entraron, quedaron impresionados.

Dentro del avión, aguardaban todos los pasajeros, sentados en sus respectivos asientos con aparente normalidad. Su aspecto era saludable, aunque parecían algo asustados. La azafata Mary Dwayer se interpuso ante los soldados junto a otro hombre que vestía uniforme de piloto.

—¡No disparen, por el amor de Dios! —gritaron.

Una hora después, el equipo médico desplazado al avión comprobó el buen estado de los pasajeros y certificó la muerte del comandante Dobregga. Según los testimonios del pasaje, enloqueció sin causa aparente y se encerró en la cabina sin atender las llamadas del resto de la tripulación. Cuando consiguieron echar abajo la puerta de la cabina, comprobaron que estaba muerto, sentado en su puesto, con una horrible mueca de dolor.

—Me alegro de que todo haya salido bien —dijo el capitán Richards, responsable de la investigación —pero ¿puede alguien explicarme dónde está el señor Chairman?

—Ese señor no llegó a tomar el avión —indicó la azafata— le esperamos durante algunos minutos, pero tuvimos que despegar sin él. Desconozco qué fue lo que le pasó.

—OK, intentaremos localizarle en el aeropuerto de origen. Ahora les conduciremos a un hospital para continuar las exploraciones y más tarde podrán ver a sus familiares. Creo que han tenido mucha suerte señores. Es increíble que un hombre con esa responsabilidad pueda enloquecer

de esta forma. Ha sido un milagro. Ya me contarán cómo consiguieron acceder a la cabina del piloto, esa puerta, parece muy consistente...

En el recibidor del hospital, familiares y amigos de los pasajeros esperaban preocupados para comprobar, con sus propios ojos, que sus seres queridos no habían sufrido daño alguno. Se abrió una gran puerta, y aparecieron con rostros de cansancio caminando por un pasillo de suelo blanco y pulido. Todos se fundieron en un abrazo. Hubo gritos de júbilo y aplausos. Muchos dejaron escapar lágrimas de alegría.

—Hija, ha debido ser horrible —dijo un anciano a la muchacha, rubia y delgada, que abrazaba con fuerza.

—Es cierto papá. Lo hemos pasado muy mal, pero ¿sabes? La experiencia nos ha unido de tal manera, que nos hemos hecho íntimos amigos...

—Eso está bien —dijo el hombre— pero ahora tienes que descansar. En casa esperan tu madre y hermanos...

—Lo sé papá, y os lo agradezco, pero antes debo ir con mis compañeros a visitar... la Casa Blanca. Queremos saludar al Presidente— afirmó sonriendo mientras una vena sinuosa pulsaba en su sien.

En la boca del tiburón

La mano fuerte y velluda se introdujo en el agua del mar con delicadeza, moviéndose con armonía, rizando la superficie del agua y produciendo espuma. Los dedos se agitaron friccionando unos con otros; el tacto era demasiado grasiento. Después, Nolan movió el brazo de un lado a otro como si de una serpiente se tratase, con un suave y medido movimiento, sintiendo la frescura del agua mientras la sangre manchaba de rojo el azul intenso del océano. Fue un efímero y leve teñido que no tardó en diluirse entre la espuma. Tras unos minutos, Nolan sacó el brazo e hizo un guiño de complicidad a los turistas que le contemplaban a una distancia prudente, con los ojos bien abiertos y semblante sorprendido.

El único sonido apreciable era el batir del mar contra el casco de la barcaza y el retronar intermitente de su motor. Los espectadores contenían la respiración ante la inminente llegada del desenlace. Nolan volvió a introducir su brazo en el cubo azul y lo sacó pringado hasta el codo de sangre y vísceras de león marino. Antes de volver a introducirlo en el agua, se dibujó en su rostro una sonrisa imperceptible, cobijada por el poblado bigote y la espesa barba pelirroja. Era consciente de que los tenía en el bote. Ellos le admiraban por lo que hacía e incluso pensaban que Nolan era un tipo duro con muchas agallas.

No se equivocaban.

No era la primera vez que lo hacía...

Una mujer con camisa hawaiana y sombrero de rejilla calado hasta las cejas, escondía el rostro contra el pecho de un hombre orondo evitando mirar a la escena, pero en ciertos momentos, el sentido del morbo podía más que su remilgada sensibilidad y lanzaba una mirada de reojo como

quien no quiere la cosa.

El grupo era muy heterogéneo. Había turistas japoneses, alemanes, americanos y algún ruso. Pero en todos había un factor en común: su colorida vestimenta veraniega y modernas cámaras de fotos enfocadas ante ojos sobredimensionados por la expectación. No cabía duda que el espectáculo merecía el alto precio pagado y, por lo tanto, había que inmortalizar el momento. Nolan les había advertido que mantuvieran silencio cuando lo ordenase y evitaran los flashes de sus cámaras, para no desconcentrarle.

La figura imponente de Nolan, agachado en la plataforma del barco, casi a ras de agua, con su brazo derecho introducido en el mar hasta el codo, evocaba a un oso pescando en el río. Era grande y fuerte, un marinero experimentado que se ganaba la vida con su espectáculo en las exuberantes costas de Natal en Sudáfrica. Constituía la atracción local y sus gestas se transmitían de boca en boca entre los vecinos del lugar. Así fue como las agencias de viajes y *tour* operadores comenzaron a incluir su espectáculo entre las visitas a la zona, de tal forma que Nolan tenía su agenda completa hasta el verano del año siguiente y aún manejaba una lista de espera de casi doscientas personas. Había pensado en cómo ampliar la asistencia a sus espectáculos, pues en su barcaza apenas tenían cabida treinta personas y, aunque apretándose podían entrar diez o quince más, ya había sufrido una fuerte multa de las autoridades portuarias por este asunto. No quería arriesgarse.

Al principio intentó alquilar varios barcos, pero hubo quejas del público porque la visión no era adecuada al tener que guardar una distancia prudencial entre embarcaciones para no asustar a los tiburones y permitir su paso libre. Después pensó en adquirir un nuevo barco, grande y moderno, con más cabida y un motor más potente y silencioso, pero el gran valor de este tipo de embarcaciones y el hecho de que Nolan no fuera precisamente una persona ahorradora, dieron al traste con todos los intentos de mejora.

Inesperadamente, Nolan hizo una señal con la mano al piloto de la barcaza, un joven negro albino embutido en ropa de camuflaje y protegido con unas gafas de sol oscuras.

La señal significaba parar.

Los turistas miraban al mar por encima de la borda con gesto ansioso sin apenas percatarse de que Nolan les advertía que guardasen silencio. El barco se detuvo y los motores dejaron de funcionar. Se hizo un silencio profundo. Sólo el rumor del mar acunaba el barco que oscilaba con suavidad de un lado a otro de forma casi imperceptible. Tímidas olas chocaban con el casco para desintegrarse en pequeñas gotitas que tintineaban al caer.

—Ya están aquí —anunció Nolan sin apartar la mirada de la superficie.

Se levantó de repente un viento extraño que transportaba un rancio sabor a salitre y un creciente eco que parecía vibrar desde la más ignota de las profundidades. Nubes grises cubrieron el sol a modo de cortina mientras el mar viraba de azul intenso a gris verdoso. Nolan se volvió para buscar con la mirada a Tobi, que desde el puente de mando controlaba la escena detrás de sus gafas negras, con las manos aferradas al timón. El negro albino hizo un gesto de negación con la cabeza.

Nolan tragó saliva.

Los asistentes percibieron que algo no marchaba bien. El barbudo pelirrojo parecía dudar, e incluso había sacado la mano del agua. Hubo murmullos apagados y dudas...

—Señoras y señores, siento comunicarles que debemos interrumpir el espectáculo —dijo Nolan visiblemente contrariado—. Las condiciones atmosféricas impiden nuestra seguridad. Esperaremos a que aclare el día. Si esto no sucede, nos veremos obligados a volver a puerto...

—¡Eh, qué es lo que pasa! —interrumpió un hombre alto con gorro playero —No hay prevista ninguna tormenta en un área de treinta millas.

—Lo siento mucho, pero no tiene nada que ver con eso. Es demasiado... peligroso.

—¡Ah sí, qué problema hay! —inquirió de nuevo el hombre alto.

—No puedo ver el fondo, el mar ha perdido su transparencia con las nubes y es demasiado arriesgado, hay por lo menos cinco tiburones azules merodeando el barco —contestó Nolan mientras hacía un gesto a Tobi.

Los motores de la barcaza se encendieron con un rugido atronador.

Los murmullos de la gente subieron de volumen. Un grupo de jóvenes que parecían venir juntos, intercambiaron unas palabras lanzando esporádicas miradas punzantes a Nolan, que recogía las cosas y se disponía para subir a cubierta.

—Vamos a navegar en círculos. Si se fijan a babor, quizá puedan distinguir algún ejemplar. Es fácil verlos cuando nadan cerca de la superficie. Aunque el lomo suele ser de un gris bastante intenso, su aleta dorsal sobresale del agua varios centímetros. Hay preparados algunos cebos que lanzaremos desde cubierta. En ese momento podrán realizar las fotografías que deseen, seguro que...

—Oiga Nolan —interrumpió uno de los jóvenes con varios *piercings* en las orejas y el pelo de punta, engominado al estilo *punkie*— ¿No va a terminar el número de la mano? —dijo poniendo un énfasis especial a sus palabras.

Nolan le miró fijamente desde su puesto y avanzó hacia el grupo de jóvenes con paso decidido. El resto del pasaje se hizo a un lado intentando mantenerse al margen de aquella incómoda situación. Los muchachos eran cuatro y apenas superaban los veinte años, pero exhibían comportamientos propios de una banda callejera. A pesar de su atuendo playero, había algo en ellos... amenazador.

Nolan también lo presentía.

—Escuchad, mocosos —advirtió con voz cavernosa— este es mi barco y mando yo. Sé que el número de la mano es importante en el espectáculo, pero no lo es todo, habéis disfrutado de un bonito viaje con un paisaje inigualable, os he contado curiosidades sobre el hábitat marino local, pero no me voy a jugar la vida para alimentar vuestro morbo.

—¿Ahora le dan miedo los tiburones, Nolan? —preguntó en tono burlón un joven con gorra de béisbol y perilla— ¿Sólo *trabaja* en días soleados? Me parece que es usted un fraude, Nolan. Estoy seguro de que esos tiburones que saca del agua son de plástico... —el muchacho soltó una risotada.

—Ya está bien. Se suspende el espectáculo. Cuando lleguemos a puerto les devolveremos el importe de su billete, a todos. Si alguien pone la más

mínima pega, le aseguro que lo sacaré del barco y podrá ver a los tiburones tan cerca que sentirá su aliento en el cogote —afirmó Nolan mirando desafiante a los cuatro jóvenes que posaban en actitud provocativa.

Uno de los muchachos, con largo pelo negro recogido en coleta, sacó de su bolsillo una botella de ginebra y la empujó hasta terminarla. Se limpió la boca con el antebrazo y la lanzó al agua.

—A ver si he entendido bien, Nolan. ¿Estás diciendo que nos volvemos sin ver un maldito tiburón? ¿Sabes desde donde venimos, tío? Somos americanos y no hemos viajado miles de millas para dar un paseíto en barca y volvernos a puerto ¿Me has entendido? —amenazó con la voz distorsionada por el alcohol.

Nolan buscó a Tobi con la mirada, pero este ya había salido del puente de mando y blandía una larga barra de madera a escasos metros de los alborotadores. El joven de la perilla, en un gesto instintivo, sacó un revolver y apuntó a un sorprendido Tobi. No tardaron en reaccionar sus compañeros que esgrimieron varias armas automáticas apuntando a Nolan y al resto de pasajeros. El hombre alto también retrocedió junto al resto de los asistentes entre un coro de llantos y gemidos de súplica.

El extraño grupo de muchachos se mostraba demasiado inquieto, apuntando a todo lo que se movía. Parecían estar drogados, borrachos o quizás ambas cosas. Dividieron al pasaje en dos grupos. Por un lado, obligaron a los turistas a ir a proa. Nolan y Tobi fueron llevados a popa, casi al borde de la escalera que conducía a la plataforma.

—Ahora sí que nos vamos a divertir, Sonnie —dijo el joven de la coleta.

—Eh, Richie ¿Por qué no empezamos con este negro hijo de puta? —apuntó divertido Sonnie, el muchacho de la perilla.

Richie, que parecía liderar el grupo de rebeldes, sonrió volviéndose hacia el albino. Tobi temblaba. Le habían arrebatado el palo y ahora el cañón de un revólver automático apretaba contra su sien.

—¡Eh, negro! Te pareces a Michael Jackson —soltó una carcajada que fue seguida por el resto de sus secuaces—. Quítate la ropa, vamos a ver cómo eres por dentro.

Tobi negaba con la cabeza evitando hacer movimientos bruscos para no despertar el cañón que tenía aletargado junto a su cabeza.

—¿Es que no me has oído, gilipollas? ¡Quítate la ropa! —ordenó Richie acercando el cañón a la cara de Tobi.

—¡Es sordomudo! —interrumpió Nolan.

—¡Tú cállate, imbecil! —respondió Richie.

Nolan hizo un gesto a Tobi y este comenzó a despojarse de su ropa, tembloroso, revelando un cuerpo de color casi lechoso, surcado por varias cicatrices. Las más grandes discurrían verticales desde las axilas a lo largo de sus costados, y otra más larga a la altura de las vértebras dorsales.

—¡Vaya, parece que te han azotado con un látigo, negro! —ironizó Sonnie. La carcajada de sus otros dos compañeros que apuntaban a los turistas al otro lado del barco sonaba burlona y sarcástica.

—¡Dejadle! ¡El sol le quema la piel, es albino! —exclamó Nolan antes que Sonnie le propinase una patada en el estómago. Se retorció de dolor en suelo mientras algunos gritos de mujeres resonaron al otro lado del barco. En aquel instante, uno de los muchachos advirtió la presencia de dos aletas cortando el agua muy cerca de la barcaza.

—¡Ya están aquí! —gritó alborozado.

—Muy bien Nolan —dijo Richie con tono amenazante— ha llegado el momento del numerito. Si no metes la mano, le pego un tiro al negro de mierda.

Nolan recorrió la escena con sus ojos. A un lado se encontraba el chico de la coleta al que llamaban Richie, apuntando con un revolver a Tobi, que a su vez era sujetado por Sonnie. Al otro extremo del barco estaban los otros jóvenes, robando a los turistas a punta de pistola cualquier objeto de valor que llevasen encima; en poco tiempo llenaron un saco de dinero, joyas y todo tipo de cámaras. Los asustados turistas no opusieron resistencia alguna.

Nolan recordaba la última vez que lo hizo. Salió bien por poco. A veces, por efecto de la rutina, pecaba de exceso de confianza, pero lo que más le agradaba, al margen de los beneficios económicos, era contemplar los rostros desencajados de los asistentes al espectáculo. Adoraba el

reconocimiento de sus acciones, aunque más de uno le había tachado de loco y temerario.

Siempre actuaba en días claros y despejados, en los que la mar resultaba casi transparente hasta tres o cuatro metros de profundidad. Era la distancia adecuada para verlos venir y retirarse a tiempo. Pero hoy, el cambio meteorológico había sido drástico e impredecible, y la mar protegía con su opacidad turbia y verdosa los secretos ocultos en su interior.

Nolan conocía bien a los tiburones. Le fastidiaba el tópico, aceptado por los turistas, del tiburón asesino pues la mayoría de ellos no suelen atacar al hombre salvo confusión. Aunque también sabía que determinadas especies de escualos no se detendrían ante nada que se hallase bajo el mar. Tal era el caso del temido tiburón blanco y del tiburón tigre, a los que Nolan respetaba, pues algunos de ellos superaban con creces los seis metros de longitud y sus dientes, dispuestos en tres o cuatro hileras a lo largo de la mandíbula, podían cortar a un hombre por la mitad de un solo mordisco.

Era una relación de amor y respeto que reportó a Nolan gran satisfacción personal desde que, cuando joven, observó cómo un viejo pescador de la zona, a consecuencia de una apuesta, introducía su mano en el mar, impregnada por vísceras de león marino. A los pocos minutos la retiraba de repente antes de que un enorme tiburón blanco saltase fuera del agua cerrando su temible mandíbula con un chasquido. Le impresionó la aparente seguridad del pescador y decidió repetir la experiencia por sí mismo. Con el paso de los años, sus exhibiciones se hicieron famosas y todo el mundo quería verle hacer aquello. De todas formas, no habría conseguido ni la mitad de sus logros sin la inestimable ayuda de Tobi, el negro albino.

Apareció un día nublado de Abril. Nolan faenaba en su barco intentando conseguir algo de pescado para vender en el puerto cuando escuchó un golpe en uno de los laterales del casco. Al acudir al lugar del que provenía el ruido, se encontró a Tobi desnudo, tumbado sobre la cubierta y temblando en posición fetal. Aquel chico, casi raquítrico, destilaba vulnerabilidad y desamparo. Se percató de las grandes heridas

en carne viva que surcaban su cuerpo.

Conjeturó sobre un posible naufragio, pero la falta de vestigios de cualquier barco, ni siquiera de restos aislados ni signos como manchas de combustible, le intrigaron. Pensó que las heridas se las habría hecho en su lucha contra el mar y los tiburones. Le dio cobijo y en pocos días experimentó una mejoría espectacular. Sin embargo, había ciertos detalles sobre su origen que le continuaban inquietando, como el color blanco de su piel, casi lechoso, su enigmática mudez y sobre todo, el hecho de que en ningún momento consintiera en abandonar el barco. Nunca pisó tierra firme, y cuando Nolan, por medio de gestos, le preguntaba su procedencia, encontraba por toda respuesta un brillo de miedo en los ojos del joven. A pesar de ello, se hicieron buenos amigos, aprendieron a comunicarse por señas y Tobi, bautizado así por Nolan, se reveló como un gran conocedor del mar y sobre todo de los tiburones.

Mediante una gran intuición, le avisaba por gestos, de la inminente llegada de los escualos para realizar el espectáculo. Rara vez se equivocaba. Sin embargo, era la primera ocasión en que tenía que meter la mano sin una adecuada visión del fondo y eso era un peligro, pues, como Nolan conocía, los tiburones sorprendían a sus presas atacando desde el fondo. En ocasiones les había visto salir casi por completo del mar para lanzarse sobre leones marinos. La visión de un gran tiburón saltando fuera del agua como un delfín, resultaba sobrecogedora incluso para marineros experimentados. No era de extrañar que las playas de la costa de Sudáfrica estuviesen protegidas, en un amplio perímetro, por una tupida malla metálica a raíz de algunos ataques a personas, que, por otro lado, se aventuraban temerariamente a nadar dentro del territorio de los tiburones.

—¿Me has oído Nolan? —preguntó Richie apuntando la sien de Tobi.

—Está bien —respondió el marinero.

Nolan se levantó del suelo y bajó a la plataforma ante la mirada morbosa de los jóvenes ebrios. Pronto acudieron al lugar los otros dos muchachos, impacientes por divisar el espectáculo.

—¡Tira al negro Richie! —dijo uno de ellos entre risas.

—¡Eso es, lo usaremos como cebo! —respondió el otro.

Richie miró a Nolan, que se apremiaba en untar su brazo con vísceras sanguinolentas. Sin dejar tiempo a la pausa, lo introdujo en el agua hasta el codo.

—Por favor, suelta al chico —suplicó— no le hagas daño.

Richie mostró una sonrisa malévola y guiñó un ojo al joven de la perilla que tenía sujeto a Tobi.

—Está bien Nolan, así será.

Entre los dos, empujaron a Tobi al mar.

El muchacho emitía unos pavorosos alaridos roncros debatiéndose en el agua con una mueca de terror en el rostro. Chapoteaba sin control, temiendo lo que podía ocurrirle.

De nuevo, despuntaron dos aletas a unos veinte metros de la embarcación. Los jóvenes borrachos aullaron celebrando la aparición de aquellos depredadores.

—¡¡Tobi!! —gritó Nolan echando mano a un salvavidas.

Richie disparó su arma y la bala silbó muy cerca de la cabeza de Nolan.

—Como no metas el brazo en el agua, la próxima vez tiraré a dar —amenazó Richie entre la algarabía de sus acólitos—. Quiero ver como te lo arrancan, ¿no es así como acaba el espectáculo? ¡Venga Nolan, sabemos que tienes el brazo ortopédico! —bromeó con sarcasmo entre carcajadas.

El viejo lobo de mar volvió a introducir el brazo a regañadientes sin perder de vista a Tobi que, exhausto, había cedido en sus esfuerzos por permanecer a flote en aquel mar oscuro que lo engullía por momentos.

Los tiburones se acercaban con rapidez cuando Tobi ya había desaparecido bajo el agua. Todos los pandilleros contemplaban la escena con interés desmedido. En un descuido, Nolan se lanzó al mar para socorrer al albino. Los jóvenes se percataron de ello demasiado tarde, aunque Sonnie le apuntó con su revolver. Richie le propinó un empujón y desvió su brazo justo cuando apretaba el gatillo. El disparo erró el objetivo.

Los jóvenes se dirigieron una mirada de complicidad, en la que Richie, con una expresividad nítida, dejó entrever que el espectáculo sería ahora el doble de bueno. Había que disfrutarlo. Volvieron a reírse a coro

mientras que Nolan buscaba sin éxito a Tobi con las aletas aproximándose peligrosamente. Recordó que el olfato de los tiburones percibiría los restos de vísceras en su brazo.

Desenfundó un pequeño cuchillo que llevaba escondido en una de sus botas y esperó la embestida de los tiburones azules. Tenía las mismas posibilidades de éxito que un grano de arroz lanzado para matar a un león, y Nolan lo sabía. Los jóvenes gritaban enloquecidos jaleando a los tiburones. Uno de ellos disparó al aire. A tres metros de Nolan, los tiburones, se dieron la vuelta y retrocedieron, para desaparecer en las profundidades.

—¡Eres un gilipollas! —reprendió Richie al que había disparado—. Los has asustado.

Pero nada más lejos de la realidad.

Nolan percibió un inmenso movimiento de agua debajo de sus piernas, como una fría y súbita corriente submarina. Cerró los ojos ante la señal inequívoca de que algo muy grande se le acercaba por abajo. Lo que fuese, desplazaba mucha agua.

En un segundo, Nolan desapareció de la vista de todos en medio de un remolino de agua y espuma. Los jóvenes volvieron a aullar con desenfreno, danzando por la cubierta presa de una euforia etílica.

—¿Qué te ha parecido? Estos tiburones son buenos ¿eh? —dijo Sonnie con gesto divertido...

Richie le miraba contrariado.

—No he visto sangre —sentenció.

—Se los han tragado enteros —apuntó uno de sus compañeros.

Los cuatro bajaron a la plataforma buscando una mejor perspectiva del espectáculo mortal. En ese momento, el barco sufrió una terrible sacudida en la popa. Algo lo había golpeado desde abajo.

Los jóvenes fueron catapultados al mar.

Se mantenían a flote con dificultad, mientras observaban cómo Nolan era ayudado a subir al barco por el hombre alto. Richie se aproximó a nado con la pistola aún en su mano. Nolan y su improvisado ayudante, intentaron alejarse hacia proa, pero Richie, sujeto con una mano a la plataforma, efectuó dos disparos sobre Nolan. Uno de ellos perforó su

pierna izquierda.

Nolan cayó al suelo dolorido mientras que Richie a duras penas se podía encaramar al barco. A sus espaldas, los demás chapoteaban gritando despavoridos.

Cuando casi había conseguido ganar la superficie de la barcaza, Richie escuchó unos alaridos frenéticos a su espalda. Al volverse, sus amigos ya no estaban.

Presas del pánico, apuntó a Nolan.

—Ayúdame a subir o te mato ahora mismo —amenazó Richie apretando los dientes.

Entonces, la superficie del mar se onduló a espaldas de Richie. Emergía una especie de montaña de agua que fue ganando en volumen y altitud. Algo comenzaba a romper la superficie marina emergiendo de las profundidades.

Un ser de proporciones enormes. Un coloso descomunal.

Un hocico puntiagudo del tamaño de la proa precedió a unas horripilantes mandíbulas abiertas, repletas de dientes afilados. El bramido del agua, rompiéndose por el ímpetu de la enorme criatura, hizo que Richie se diese la vuelta.

Apenas pudo gritar.

El tiburón saltó con voracidad sobre él y, durante décimas de segundo, le ocultó la luz solar. La madera del barco emitió un fatídico chasquido cuando la bestia blanca cerró sus impresionantes mandíbulas en torno a Richie. Los turistas, al otro extremo, gritaron cuando el barco se venció con brusquedad.

El monstruo se sumergió entre una nube de espuma y de Richie sólo quedó, sobre la plataforma, el brazo que aún se aferraba a la pistola, acabado en un amasijo sanguinolento de músculos seccionados y huesos rotos. En el barco quedaron unas enormes marcas de dientes en el lugar donde faltaba un gran trozo de madera.

Ni siquiera el paso del tiempo le hizo olvidar a Nolan los fatales acontecimientos de aquel día. Se recuperó pronto de la herida de bala, pero jamás olvidó a Tobi. La visión del océano en calma le evocaba su recuerdo y, algunas veces, creía verle en el puesto de mando, sonriente

tras sus gafas negras. Se había acostumbrado a su presencia y tenía la esperanza de que, algún día, un nuevo golpe de mar lo trajera de regreso. Ese mar, cobijo de misterios insondables, sugería interrogantes que Nolan prefería no aventurarse a formular.

De todos modos, no olvidaba que debía su vida a aquel gigantesco tiburón blanco que, después de interminables búsquedas, no había vuelto a encontrar.

Un tiburón blanco, blanco, como la leche...

Una mano me señala

Entiendo su extrañeza por mi presencia aquí, a estas horas, pero pronto comprenderá las causas por las que vengo a entregarme. En justicia, debo pagar por lo que hice pero permítame una explicación. La historia que le contaré le extrañará por inhabitual y puede que incluso le sobrecoja por su dureza pero le aseguro que mis labios le hablarán de hechos absolutamente reales.

Todo comenzó la primera vez en que fui consciente de que soñaba. En otras ocasiones, la frontera entre vigilia y sueño se antojaba confusa y difuminada, pero no en ese momento. Observaba las tiendas, la farmacia, el estanco... Era la calle General Prim, el lugar donde yo vivía y sin embargo...

No eran mis ojos los que observaban la escena.

El viento soplaba con fuerza en la calle solitaria, iluminada tan solo por tristes farolas amarillentas. El observador no ofrecía pistas sobre su identidad y así permanecí un buen rato, intrigado por la extraña percepción de sentirme conectado de forma tan directa con otra persona.

Divisaba los agujeros del pavimento, la textura del asfalto gris y la sonrisa que una modelo rubia me lanzaba desde un anuncio. Cuando la imagen se movió, distinguí con claridad la tienda del pan que había junto a un portal marcado con el número trece.

El portal de mi edificio.

La imagen avanzaba hacia allí con paso lento pero decidido. Aquel parecía el final del trayecto.

La curiosidad me evitaba ejercer una reflexión calmada pero, como ocurre en los sueños, mi capacidad de análisis consciente se encontraba

alterada por una extraña sensación de dependencia.

De pronto, la persona se acercó al portero electrónico y aproximó la mano para pulsar un timbre. Era una mano de mujer, delgada y pálida bajo la escasa luz de una farola. Se acercaba temblorosa, con el dedo índice extendido hacia el piso cuarto derecha.

Mi casa.

El timbre sonó.

Yo desperté.

Me incorporé asustado y permanecí sentado en la cama con el oído en guardia, pero sólo el batido del viento contra los cristales y los latidos de mi propio corazón profanaban el silencio de mi dormitorio.

Me preocupó que aquel sueño pareciese tan real pues, cuando despierto, algunas pesadillas me acompañan por un tiempo limitado hasta difuminarse como el humo de un cigarrillo, pero ahora, tras varios minutos, aún permanecía en mi cabeza un poso de intranquilidad que parecía incrementarse con el transcurso del tiempo.

El reloj despertador marcaba las cuatro de la mañana cuando un presentimiento me levantó de la cama para hacerme mirar por la ventana. Al comprobar que la calle y el portal permanecían solitarios respiré aliviado y volví a acostarme. Tenía que dormir pues, a la mañana siguiente, debía realizar una auditoría de calidad en una empresa y necesitaba encontrarme en plenitud de facultades.

Tras una noche de duermevela el día transcurrió con normalidad entre albaranes, partes de incidencias, comités de evaluación trimestrales y protocolos. A media tarde mis energías se agotaron e intenté vencer al sueño bebiendo café, pero el cansancio, que mermaba mis reacciones conscientes, me convertía en un pobre muerto viviente que arrastraba su cuerpo exhausto hacia un lugar donde descansar.

Al llegar a casa cené sobras de pollo y un poco de fruta. A la media hora me encontraba en la cama y en mi mente la situación vivida la noche anterior casi se había borrado. Sus restos eran recuerdos difusos y anecdóticos. Antes de las once y media quedé completamente dormido.

Recuerdo una agradable sensación etérea mientras flotaba sobre nubes blancas antes de aterrizar, de nuevo, en un lugar conocido.

Observé preocupado el portal número trece de la calle General Prim. Percibí cómo se aceleraba el corazón con la proximidad a mi casa antes que la mano de mujer volviese a extender con lentitud el dedo índice y el timbre sonase con su tono agudo e insistente. Creo que conté cinco llamadas, pero esta vez mi sueño no cedió, pese a que realicé denodados esfuerzos para ello.

El timbre dejó de sonar y la mano se retiró con la misma lentitud con que había aparecido. Entonces, la imagen se dirigió a la cerradura de la puerta. Era bastante sencilla y bastaba para abrirla una llave simple de la cual yo mismo había realizado múltiples copias por la facilidad con que solía extraviarla.

Por mi frente resbalaba el sudor mientras movía la cabeza en sacudidas inútiles intentando despertar de aquella pesadilla. Tenía la boca seca y era consciente de todo, pero algo mantenía mi cuerpo dormido mientras la mente se hallaba en un estado superior de lucidez.

Entendí que aquella mujer, o lo que fuese, me buscaba. Desconocía sus propósitos, pero invadido por la preocupación, era incapaz de pensar y concentrarme para hallar una respuesta al misterio que mezclaba realidad y sueño.

La mano de mujer volvió a extenderse sobre el panel del portero electrónico, esta vez totalmente abierta. Pude ver con claridad sus uñas, ennegrecidas y rotas. La piel de la mano parecía tan permeable a la luz que se vislumbraban algunos huesos.

Como la mano de un cadáver.

Intenté gritar, pero mi boca fue incapaz de emitir sonido alguno. Pretendí mover los brazos pero apenas realizaron una leve sacudida. Quería despertar, abrir los ojos. Parecía como si una mano, semejante a la del sueño, me impidiese levantar los párpados. El corazón latía sin freno y mi boca intentaba, en vano, articular palabras coherentes. El aire me faltaba y la sensación de ahogo crecía por momentos.

La mano pulsó *todos* los timbres y yo supliqué porque nadie abriese la puerta en unos instantes eternos, angustiosos y delirantes. Se oyeron voces en el piso de abajo.

Entonces desperté.

Durante unos segundos intenté recuperar el resuello. Apenas me atreví a mirar por la ventana hasta que escuché la voz de Tomás, el vecino de abajo, que maldecía asomado a la calle. Sin pensarlo más, me lancé a descorrer las cortinas. Allí estaba el vecino, obeso y cincuentón, encaramado al alfeizar de su ventana en camiseta interior, escrutando las sombras de la calle mientras advertía, a voces, que la próxima vez llamaría a la policía. Por fortuna, nadie abrió la puerta y la mujer ya no estaba en el portal.

Encendí la luz de la lamparilla con mi mano temblorosa y me senté en un sillón pequeño junto a la cama. Acodado en mis rodillas cubrí mi rostro con las manos y ordené mis ideas. Yo conocía a aquella mujer. Aunque no había visto su rostro, un oscuro presentimiento sobrevolaba mi cabeza como un buitre la carroña. Al mirar el calendario sufrí un escalofrío.

Había pasado un año. Justo ese día, catorce de octubre.

Intenté olvidarlo, pero me resultó imposible. Cambié de trabajo y ciudad. Todo parecía ir mejor con nuevos ambientes y amistades... otra vida. Pero el sentimiento, larvado en mi mente, se desataba el día del aniversario. Era obvio que el pasado afectaba mi subconsciente y yo debía enfrentar el problema.

Al día siguiente falté al trabajo argumentando una gripe. En realidad necesitaba tiempo para fabricar un artilugio casero que había diseñado con mis conocimientos de electrónica adquiridos en el servicio militar. Se trataba de un circuito conectado a un temporizador que se alimentaba de la red eléctrica y que, con periodicidad convenida, produciría una descarga de pequeña intensidad sobre uno de mis dedos para despertarme del sueño cada cierto tiempo.

Esperé la llegada de la noche como un gran acontecimiento. Ahora podía demostrarme que era capaz de vencer a mis temores y superar los traumas. Estaba dispuesto a enfrentar el problema y superarlo para evitar un daño a mi salud física y mental.

Palpé el cable conectado a uno de mis dedos. La longitud era suficiente como para no desenchufarlo de un tirón involuntario. Cerré los ojos y, sin darme cuenta, experimenté una sensación de caída libre hacia una

profundidad sin límites.

Escuché un sonido atronador.

En la oscuridad brillaron unas ráfagas de luz intensa y, de pronto, la escena se materializó. En la imagen reconocí de nuevo el portal de mi casa. Allí estaba mirando la mujer, inmóvil y vigilante, pero esta vez reinaba una oscuridad casi total mientras una fuerte tormenta descargaba agua y relámpagos. La fachada del edificio se iluminaba con el destellar de los rayos y esa era la única oportunidad para percibir las imágenes.

La mujer se acercó al portal y enseguida recordé que mi invento no debía tardar en despertarme. Ahora sería yo quien controlase a la pesadilla y no a la inversa. Lo estaba deseando.

Distinguí la sombra de la mano que portaba algo fino y alargado entre los dedos. Parecía mostrármelo en la oscuridad cuando un relámpago lo iluminó todo. Sostenía una aguja de punto, oxidada y retorcida.

El edificio retumbó bajo el sonido del trueno y mi cuerpo dormido se estremeció. La visión se dirigió a la cerradura y pude distinguir, entre los claroscuros de la tormenta cómo introducía la aguja en ella y hurgaba con movimiento preciso. Cuando la inquietud comenzó a invadirme pensé en la seguridad que me brindaba el despertador eléctrico. El invento funcionaba pues lo había probado varias veces. En pocos segundos se activaría y la pesadilla habría acabado.

La visión de la puerta de entrada abriéndose me provocó una fuerte sensación de ahogo. La mujer entró envuelta en una oscuridad casi completa que me impedía seguir sus movimientos. Mi corazón volvió a latir con desenfreno y comencé a preguntarme por qué no se había activado ya el despertador. Intenté moverme, gritar, pedir ayuda, pero fue inútil. Al igual que otras noches, sólo conseguí realizar unos pocos gestos convulsos mientras mi boca se ahogaba en su propia sequedad.

Durante unos momentos sólo divisé oscuridad, pero todo cambió cuando un relámpago, mayor que los anteriores, iluminó la entrada y pude ver su imagen reflejada en un espejo sobre el zócalo de mármol.

Una mujer de unos veinte años. Delgada, baja estatura y enfundada en una cazadora de cuero hecha jirones. Su cabeza colgaba a un lado, como

si su cuello fuese incapaz de sostenerla y en su rostro me pareció distinguir una terrible sonrisa sibilina que dejaba entrever sus dientes ennegrecidos.

La visión me sobrecogió hasta el paroxismo.

Era ella.

Mis sospechas anteriores se confirmaron: venía por mí. ¿Por qué no funcionó mi invento? ¿Qué podía hacer para escapar?

Me debatía en vano para despertarme, empapado en sudor frío. Observaba horrorizado su ascensión por las escaleras. La luz de los rayos iluminaba el rótulo en cada una de las plantas... primero... segundo... tercero y por fin... el cuarto.

Boqueaba sin éxito en un desesperado intento de gritar. Empujé el aire de mis pulmones, sin apenas fuerzas, para emitir un sonido audible pero sólo expulsé un susurro atenuado, ronco y estéril. Intenté saltar de la cama y escapar de aquel lugar de mi sentencia, pero lo único que conseguí fue dar dos patadas convulsas contra las sábanas, arrugadas y húmedas de mi propio sudor.

Vi cómo la aguja hurgaba en mi cerradura mientras escuchaba el sonido metálico desde mi habitación. Percibí el chasquido del cierre y el chirriar de la puerta al abrirse. La madera del suelo crujió ante el avance de sus pasos. Durante ese tiempo, apenas vislumbré alguna imagen nítida, aunque supe que ella estaba *dentro* de mi casa y bloqueaba cualquier escapatoria.

A la luz de un nuevo relámpago observé, desde fuera, la puerta de mi dormitorio ¡Ella estaba en el umbral! De un momento a otro se abriría dándole paso. En esa cruda espera mi cuerpo se estremecía mientras el corazón golpeaba contra mi tórax y el aire apenas alcanzaba los pulmones.

Una nueva ráfaga de luz me mostró su dedo índice señalando mi puerta. Entonces habló por vez primera para sentenciar con voz cavernosa:

—¡Culpable!

Después aplicó su mano sobre la puerta y, con sus uñas rotas, arañó la superficie lisa provocando un chirrido que congeló las raíces de mis

dientes.

Entonces desperté.

La mujer policía dejó de escribir y miró al hombre por encima de sus gafas de media luna. Le observó como si fuese una criatura extraña, con una mirada que rebosaba incredulidad y sorpresa a partes iguales.

—Permítame un momento— dijo antes de levantarse y desaparecer tras la puerta de un despacho anexo.

El hombre permaneció sin moverse de su silla, demacrado, con una sombra de abatimiento que le impedía levantar sus ojos del suelo. Mientras tanto, la sala de denuncias se mantenía en un silencio latente.

La puerta del despacho se abrió para dar paso a un hombre corpulento y escaso de pelo con una camisa remangada hasta los codos. Le siguió la mujer policía enfundada en su uniforme azul oscuro.

—¿Señor Artigas? —preguntó el policía mientras tomaba asiento frente a él— Soy el subinspector Planelles. Mi compañera me acaba de informar de su declaración...

—¿Me va a detener, agente? Necesito que se haga justicia. Ella me persigue mientras duermo. No me deja descansar ¿No lo entiende? Yo la atropellé con el coche y le negué el auxilio. Ahora me busca para vengarse y...

—¿Cuándo ha dicho que atropelló a esa mujer? —Preguntó Planelles.

—Hace un año —Contestó Artigas mirando al suelo.

—¿Está usted seguro? —Insistió el subinspector.

Artigas le miró fijamente al descubrir que Planelles le ocultaba algo.

—¿Qué quiere decir?

—Escuche, señor Artigas, en la fecha que usted refiere no consta ninguna denuncia sobre desaparición ni atropello de ninguna motorista joven. Pero...

—Pero ¿qué? —insistió Artigas intentando acortar la distancia que le separaba de Planelles.

—Hace veinte años, atropellaron a una mujer. Coincide con su descripción, y con la de otros sesenta conductores que aseguraron verla en distintas ocasiones a lo largo del tiempo. Créame señor Artigas, esa mujer sólo existe en su imaginación —hizo énfasis en «su»— Lo que

usted atropelló... no era una persona.

—¿Entonces qué demonios atropellé aquella noche? ¿Qué fue lo que abandoné en el arcén de la carretera con el cuello destrozado? ¡Dios mío! ¿Qué es lo que me tortura en sueños todas estas noches?

—No sabría explicarle. Unos lo llaman histeria colectiva, otros sugestión. Algunos simplemente no encuentran respuesta. Puede estar tranquilo: usted no ha matado a nadie. Tal vez fuera un animal que atravesó la carretera y...

—¡Una moto! Choqué con la moto que ella conducía. ¡Lo vi con mis ojos! Me escondí desde entonces por miedo, pero me ha encontrado. Si no pago por mi delito, ella me matará...

—Le aconsejo que vuelva a casa y se tranquilice. En la comisaría tenemos ya bastante trabajo, señor Artigas.

Quedó petrificado observando cómo Planelles apenas mudaba su gesto poco hospitalario. A su lado, la mujer policía le miraba con desdén. Una pareja de policías le acompañaron a la puerta con modales exquisitos mientras Artigas insistía en que le detuvieran. Todos le miraban como un ser extraño. No podía comprender, le resultaba inexplicable la actitud de la policía.

A no ser...

Que Planelles tuviese razón. Según él, había sido víctima de sus propios sueños. Aquella terrible historia había conseguido influenciarle inconscientemente como a tantos otros. Una maldita leyenda urbana ¿Una invención? Tenía que asegurarse.

Al llegar a casa, decidió tomar una taza de chocolate caliente y una pastilla para dormir. En la falsa seguridad de su hogar, había decidido abandonarse a los sueños. Esa noche no lucharía contra ellos. Era el momento de averiguar la verdad.

Destrozó la cerradura de su portería e insertó una cuña de madera para impedir que se cerrara. Tanto la puerta de entrada a su casa como la de su habitación quedaron también abiertas de par en par. No existía motivo alguno para ocultarse de nada. Después de todo, si ella no era real, aquel sería el final de los terribles sueños, pero, si de verdad volvía a por él, había decidido facilitarle la tarea.

«Los fantasmas no existen» pensó. «Los fantasmas no existen» repitió. Intentó convencerse de ello a sabiendas de que había una posibilidad abierta a lo desconocido. Se metió en la cama y antes de dormirse miró a la puerta abierta de su dormitorio.

Tan abierta.

Percibió una suave corriente de aire que provenía de la calle. Era como si estuviese durmiendo en la misma acera de General Prim. Saboreó por momentos el leve regusto de la provocación.

«Ven a por mi».

Cerró los ojos y se destapó. Prescindió de la última barrera que protegía su cuerpo. Empujó las sábanas a un lado de la cama y adoptó una posición con las piernas y los brazos extendidos.

En actitud de recepción.

Comenzó a quedarse dormido de forma placentera mientras descendía por un torbellino de nubes blancas y grises que le envolvían. Su mente se desconectó al entrar en un sueño profundo. Se había abandonado a su suerte...

Al cabo de unas horas, un ligero escalofrío le despertó.

Abrió los ojos con dificultad. El reloj marcaba las seis de la mañana. Pronto amanecería. Estaba vivo y no había ni rastro de la mujer. ¡Había desaparecido de sus sueños!

Se levantó para cerrar las puertas de su casa. Encendió las luces del salón y comprobó que todo estaba en orden. Se escuchó un leve chasquido metálico cuando se accionó el resbalón de la puerta principal. Después cerró la puerta de su dormitorio. Aún quedaba una hora para levantarse y podría descansar un poco más.

Cuando se giró hacia la cama...

Las sábanas cubrían un bulto con la forma de una persona.

Dio un salto hacia atrás cuando creyó ver cómo ese bulto se movía bajo las sábanas.

—¡No puede ser! ¡No es posible! —gritó.

Lo que había oculto se incorporó de repente y Artigas reconoció la forma insinuada bajo la tela blanca... Cuando las sábanas volaron por los aires, él ya había atravesado los cristales de la ventana. El impacto contra

el suelo fue mortal. Antes de expirar, pronunció una palabra en tono de súplica:

—¡Perdón!

Un rostro en la ventanilla

El tren partió con mi ex novia hacia Husma, su nuevo destino como registradora de la propiedad. Pensando en que no la volvería a ver, me asaltó la duda de si me había querido en realidad. Antes de subir al tren me dijo intentando justificarse: «Es una gran oportunidad».

Así quedaban claras sus prioridades. Un beso frío y un adiós.

Era su elección. Ni siquiera dejó la puerta entornada y yo decidí echar la llave y atrancarla. Era el momento de activar la máquina del olvido.

Como recién despertado de un sueño, descubrí que había otras personas en el andén. Mis ojos, como cámaras fotográficas, captaron sus expresiones de desencuentro y miradas melancólicas persiguiendo a los vagones mientras se perdían en la distancia. La mayoría soñaban como yo lo había hecho. Muchos de ellos también dormían al abrigo de su propia historia.

La partida del tren pareció despertarnos a todos y nos hizo conscientes del mundo, de nuestro prójimo, de futuros quehaceres. Era tiempo de dar la vuelta y volver a casa. Era tiempo de enjugar las lágrimas.

Una racha de viento sopló con fuerza y levantó arena en caprichosos remolinos. Me protegí como pude con las solapas de mi gabardina y cerré los ojos por breves instantes. Cuando los abrí, el tren ya no se veía.

El reloj del andén marcaba las nueve y cinco de la noche y por los altavoces de la estación, una voz femenina anunció la llegada de un tren procedente de Silmacia que haría entrada por la vía ocho, en el andén que había frente a mí. Observé cómo dos ancianos tiraban, con dificultad, de un maletón gris al que le faltaba una de sus ruedas; varios jóvenes se

apresuraban para no perder el tren, tocados con gorros de nieve y cazadoras de colores. Recordé entonces mis momentos felices en la estación, esperando la llegada de mi querida Berta. Mi corazón se aceleraba con su cercanía mientras intentaba ocultar un pequeño ramo de claveles.

Eran otros tiempos.

El silbido de la locomotora y el traqueteo de los vagones en la lejanía, disiparon mis melancólicos pensamientos. El tren se componía de seis vagones más la locomotora, todos en color metalizado y surcados por una descolorida banda que antaño fue azul. Las ventanas lucían bastante sucias por la lluvia con tierra, muy típica de estas latitudes.

Yo mismo viajé en trenes de este tipo cuando estudiaba y conocí sus incomodidades hacinado con el resto de pasajeros como ganado, soportando los rigores del frío en invierno y el calor en verano, pues la calefacción y el aire acondicionado casi siempre funcionaban mal. El olor a sudor rancio acababa impregnando mis ropas al final del largo viaje.

En los altavoces, la voz femenina anunció que el tren haría una parada breve. Los viajeros que se incorporaban disponían de cinco minutos antes de reemprender el viaje. Cuando el tren se detuvo con un sonido de fricción metálica, quedó frente a mí el vagón número cinco.

Empujado por mi curiosidad dirigí la mirada al interior. Al otro lado de los cristales sucios no había nada más interesante que viajeros dormitando en sus asientos, otros charlando y el resto colocando sus equipajes.

—¡Ayúdame! —susurró una voz de mujer.

Me di la vuelta con rapidez, pero no había nadie a mi espalda. Sin embargo, esa voz sonó tan cercana que hubiese jurado que me hablaban al oído, pero la evidencia era que me encontraba solo en el andén.

—¡Ayúdame, te lo ruego! —imploró la voz.

Miré de nuevo hacia las ventanillas del vagón y entonces la vi.

Una joven de piel pálida y grandes ojos negros me observaba con languidez, apoyando su cabeza en el respaldo del asiento mientras su largo cabello moreno se derramaba por sus hombros delicados. Su boca pequeña, con labios finos y rosados, apenas mudó el gesto, pero sin saber

porqué, tuve el convencimiento de que intentaba comunicarse conmigo. Hipnotizado por su belleza extraña, era incapaz de apartar la mirada de aquellos ojos.

Arrastró una mano por el cristal dejando una huella en el ligero vaho de la ventanilla. En aquel momento tomó asiento a su lado un hombre que vestía un abrigo gris, de cejas muy pobladas y bigote negro. Pareció molestarle que la chica me observara y le llamó la atención con una mirada punitiva. La muchacha se asustó y la cortinilla de su ventana se cerró de repente.

No puedo describir con palabras lo que sentí en aquel instante pero el imaginario cordón umbilical que nos unía se rompió de forma brusca. Intenté descubrir algún atisbo de vida a través de la cortinilla pero sólo percibía sombras confusas sugeridas por la iluminación del vagón. Quizás me hallaba demasiado lejos. Me preguntaba si habría algo que pudiese hacer ante aquello ¿Debía complicarme la vida con un problema ajeno? ¿Evitar la intervención? ¿Huir alentado por la indiferencia hasta volver a casa?

Ya estaba decidido a darme la vuelta y recoger mi coche del aparcamiento cuando un silbido agudo anunció que el tren reemprendía la marcha. Algo se revolvió en mi interior y decidí cruzar la vía. Si bajaba por las escaleras del paso subterráneo no llegaría a tiempo, así que salté a la vía y al caer me torcí el tobillo derecho. Quedé tumbado sobre las traviesas y bastante dolorido.

El tren se alejaba y en unos instantes escaparía de mi alcance junto a la chica misteriosa de la ventanilla. Pero ese era un problema menor: venía otro tren a mi espalda y nadie había anunciado que pararía. Si no me levantaba pronto, acabaría convertido en una piltrafa. El tren emitió un largo silbido y el maquinista accionó el freno de emergencia. Saltaron las chispas entre los rodamientos.

La gente gritó.

Parecía condenado a que la locomotora me atropellase cuando salté sobre el último vagón del tren que salía. Conseguí aferrarme a un saliente y desde allí me incorporé de nuevo al andén. Un hombre intentó sujetarme con gesto preocupado. Después comprendí que muchos de los

que presenciaron la escena creyeron que había intentado suicidarme.

El tren que venía en sentido contrario pasó como un rayo, haciendo temblar las traviesas y levantando una gran nube de polvo. Me zafé como pude del buen samaritano e inicié una carrera tras el último vagón. Pese al dolor de mi pie, pude darle alcance y penetré por una compuerta de la que salía luz.

Tardé un poco en recuperar el resuello, apoyado en una pared, mientras mi corazón martilleaba con fuerza entre un mar de jadeos. Me asaltó la duda sobre mi decisión. Recordé entonces los consejos de mi abuelo: «... algunas veces, es bueno ser parte del grupo. No sobresalir demasiado ni para lo bueno ni para lo malo. Si obras así, no tendrás ningún problema en tu vida... » Agradecí aquellas palabras porque significaban una preocupación por mi bienestar personal pero ahora reconozco que emanaban conformismo y falta de compromiso humano en grado alarmante. Mi abuelo murió en la cama con noventa y dos años, pero si una infección pulmonar no se lo hubiese llevado, estoy seguro que habría sobrepasado los cien. Eso sí, nadie ajeno a la familia le recordará por nada en particular. Era un personaje gris que no se arriesgó. Nunca perdió, pero tampoco supo lo que podía haber ganado.

Tras recuperarme, atravesé los vagones buscando a la chica. Temía por su integridad e intenté disimular mis nervios, imaginándola secuestrada por aquel hombre. Me coloqué bien la gabardina cuando cruzaba uno de los pasillos pues tenía que dar imagen de normalidad y por una vez, hacer caso a mi abuelo, aunque fuese para pasar inadvertido. A ambos lados había hileras de asientos ocupados por viajeros pero nadie reparó en mí.

Parecía como si hubiese penetrado en otro mundo, extraño y distinto al observado desde fuera. Me sorprendió la extraña languidez de los rostros, las miradas perdidas y los movimientos, artificiales y robóticos, que apenas expresaban emociones. Una mujer peinaba a una niña que permanecía impasible y con la mirada perdida. Una pareja de ancianos, los que vi en el andén con la maleta, se acariciaban las manos mientras sus miradas se escapaban hacia la negrura de la noche. Un hombre con apariencia de ejecutivo aplicaba un teléfono a su oído y movía la boca sin

que de ella saliese una sola palabra.

Me acerqué a una mujer de mediana edad que se pintaba los labios mirándose en un espejito.

—Perdone ¿Sabe usted cual es la próxima parada? —pregunté.

La mujer del espejo, que no superaba los cincuenta, me miró con extrañeza.

—¿Se encuentra en este tren y no sabe a dónde va? —preguntó con sorna.

Sentí la necesidad acuciante de volver la cabeza ante una sensación de hormigueo que recorría mi cuello. Al hacerlo, comprobé cómo todos los pasajeros del vagón mantenían sobre mí una mirada extrañamente obsesiva. Sus ojos brillaban ahora con una avidez inquietante cuando, un momento antes, mi presencia no parecía importarles demasiado.

La mujer del espejo soltó una carcajada repentina. Parecía saber algo sobre mí que yo desconocía. Algo terrible y estremecedor que ni siquiera me atrevía a preguntar. Los demás le acompañaron, riendo, presa de una histeria colectiva.

—¡No sabe a dónde va...! —coreaban algunos entre chanzas.

Me invadió una sensación de inseguridad y quise abandonar el vagón, pero al volverme en dirección a la puerta, tuve una visión accidental: a través del espejito de la mujer, pude ver su rostro, pero en lugar de reflejar lo que yo conocía de ella, percibí una imagen descarnada y repugnante, con los ojos sanguinolentos carentes de párpados que observaban a través del espejo. La horrible faz sonrió, mostrando unos dientes desiguales y amarillos.

Intenté huir.

Algo me agarró el brazo. Era la mujer.

—¿De verdad no sabes a dónde va este tren, cariño? —Preguntó con un sepulcral silencio de fondo.

Grité asustado y me lancé hacia la puerta de salida. Noté como soltaban mi brazo y me di de boca contra la puerta de acceso al siguiente vagón. Trastabillado crucé el umbral, con las risas de fondo de los pasajeros. Penetré en un nuevo vagón.

Caí al suelo y me quedé allí por un momento, sin atreverme a levantar

la mirada.

Había silencio. Demasiado silencio.

Levanté la cabeza y me encontré con el hombre del abrigo grueso y los largos bigotes que me observaba con la chica de la ventana junto a él. Detrás de ellos, en pie, estaban el resto de los pasajeros, mirándome con la misma avidez que los del vagón anterior. Retrocedí asustado hasta que mi espalda dio contra la puerta.

—Debe usted perdonar a la señorita— dijo el hombre del abrigo en tono solemne—, subió en la última parada y todavía no se ha acostumbrado...

Miró a la chica y esta le respondió con una mirada de complacencia, esbozando una tímida sonrisa.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué significa esto? —pregunté con voz temblorosa.

Se hizo un silencio asfixiante durante el cual tuve tiempo de observar a las personas que tenía enfrente. Quizá esperaban que yo contestase a mi propia pregunta y eso es lo que hice. Caí en la cuenta demasiado tarde. La mayoría de ellos aparentaba una edad avanzada. Algunos portaban mascarillas de oxígeno colgadas de su cuello, otros aún exhibían cánulas prendidas de las muñecas, empapadas en sangre coagulada. Los más jóvenes presentaban heridas por todo su cuerpo. Las ropas desgarradas, incluso un joven sostenía su cabeza destrozada bajo el brazo.

La muchacha de los ojos grandes sonrió mientras una gota de sangre, de un rojo muy oscuro, resbalaba por su frente y atravesaba su rostro sin que ella se inmutase.

—Lo siento —dijo— ahora ya estoy mejor, pero al principio... ¡Es tan difícil!

El hombre del abrigo la empujó con suavidad hacia atrás, donde estaba el resto de la gente. Todos volvieron a su asiento.

—¿De verdad que no sabe hacia dónde va este tren? —me preguntó—. No se preocupe, el viaje lo hará sentado— dijo señalándome el único asiento vacío.

Yo quise gritar, escapar, luchar pero me fallaron las fuerzas. Mi cuerpo apenas respondía a los impulsos de la mente. Me dirigí con paso lento

hacia el que debía ser mi sitio. Un hombre obeso, con la camisa abierta y una larga cicatriz que le recorría el pecho, me permitió acomodarme junto a la ventanilla.

No fui consciente del tiempo que permanecimos en marcha pero, de pronto, noté que el tren frenaba. A través del cristal divisé las luces de otra estación. En el andén esperaban varias personas con sus equipajes. Había más gente que en mi ciudad y pensé que sólo disponía de una oportunidad aunque apenas podía moverme. Mis brazos pesaban una tonelada y el cansancio me abatía. Recorrí con los ojos a las personas más cercanas, los que intentaban subir al tren, sin que yo adivinase la causa, tenían otro color, más gris y una expresión triste.

Localicé a un joven de unos veinte años que parecía un poco despistado. Su color era distinto al del resto y caminaba hacia la salida. Intenté golpear el cristal, pero mi mano apenas pudo arrastrarse por él. Era mi última oportunidad. Tenía que intentarlo.

—¡Ayúdame, por favor! ¡Mira hacia aquí, te lo suplico!

El chico se dio media vuelta y, tras un momento de duda, se acercó al tren con cara de curiosidad...

La caza del lobo

El patio de butacas del Teatro Principal hervía de público cuando Ángela, envuelta en su abrigo de visón blanco, accedió al pasillo central. Su fino olfato detectó cómo la fragancia de perfumes caros destacaba sobre otros olores balsámicos de gominas y cremas. Percibió el olor a naftalina de algunos vestidos junto al hedor a tela rancia y sudoración humana. Intentó llegar con su olfato más allá del oscuro telón del escenario, pero no percibió otra cosa que polvo en suspensión y frío.

Esa noche actuaba el último genio del flamenco, el hombre que había revolucionado el arte con sus coreografías plenas de dinamismo y crudeza. A pesar de su fama de solitario y extravagante, Ricardo Camañas era calificado por la crítica como un artista de vanguardia.

Observó las dos entradas para «La Caza del Lobo» que había en su mano y ocupó uno de los asientos en la novena fila. No quiso dejar el bolso encima de la butaca vacía pues le imaginaba sentado allí, sonriendo. Apretó contra su pecho las entradas y le llegó el olor suave de la cartulina mientras sus labios finos, pintados de carmín granate, se curvaban en una sonrisa imperceptible. Cerró los ojos y acarició con su mano el suave terciopelo del asiento. Se transportó muy lejos de allí, junto a Héctor, acariciando su espalda desnuda.

Muy cerca, muy suave, muy caliente...

Abrió los ojos e hizo descender su mano hasta el final de la espalda para acariciar su trasero firme. Intentó, sin éxito, abarcar sus glúteos con los dedos extendidos mientras Héctor entraba en ella con delicadeza y seguridad.

Se estremeció.

Apretó sus uñas contra los muslos potentes de aquel hombre, fuente de amor y deseo. Exhaló un gemido de placer antes de cerrar los ojos para aumentar el gozo de los sentidos. Deseó que aquel momento perdurase en el tiempo mientras el bamboleo suave, casi tímido, la sumergía en un océano de éxtasis.

Así, así... muy bien, muy bien...

Abrió los ojos.

Una mujer la miraba sorprendida desde la butaca de enfrente con los ojos como platos.

—¿Se... encuentra usted bien?

Asintió con la cabeza sin prestarle más atención. Con la mirada fija en el asiento vacío, añoró la compañía de Héctor antes que la nostalgia la invadiera. Para distraer sus pensamientos decidió seleccionar alguna charla en el teatro. Al principio, un torrente de voces inaudibles le obligó a girar la cabeza para escoger una orientación menos saturada. Lo consiguió en dirección a las plateas, de donde llegaban conversaciones más nítidas. Fue desechando varias por cuestión de interés hasta que en uno de los palcos, oculto por una discreta oscuridad, dos personas, hombre y mujer, se hacían confidencias entre las sombras. Escuchó sonrisas disimuladas y fricción de ropas antes que sus ojos descubriesen entre la oscuridad cómo el hombre paseaba sus manos por el cuerpo de la chica. Percibió sus jadeos crecientes y el latido de sus corazones. Le llegó el olor a sudor imbricado en el aroma de Chanel número cinco.

Una cálida voz masculina anunció por los altavoces que el espectáculo daría comienzo en cinco minutos. Ángela sonrió al preguntarse si la palabra «espectáculo» sería apropiada para lo que acontecía en el palco oscuro.

Apartó de allí su atención y se concentró en el pesado telón del escenario, con motivos caballerescos grabados en oro, que resguardaba con celo su retaguardia. Más allá, entre bambalinas, el sonido de pasos furtivos y arrastre de objetos le confirmó que los artistas estaban preparados.

El telón comenzó a descorrerse, lento y solemne, mientras se apagaban las luces que sobrevivían a la oscuridad. El teatro quedó

inundado por la negrura mientras la expectación sobrevolaba el patio de butacas, escuchándose, apenas, sonidos de fricción entre ropas y algunos aislados.

Luego, el silencio...

Tres cañones de luz convergieron en el escenario. Iluminaban un bulto solitario en el suelo, cubierto por una densa tela negra que brillaba con intensidad a la luz de los focos.

Una figura, vestida de negro, comenzó a taconear en torno al promontorio. Con ritmo desenfrenado sacudía el largo pelambre que le cubría desde la cabeza, donde sobresalían unas largas orejas de punta. Poseído por un extraño frenesí, se movía por el escenario machacando el suelo con sus fuertes taconazos, impulsado por un ritmo creciente.

Se detuvo de repente y giró su cabeza, temeroso, a un lado del escenario. Después corrió en dirección contraria y desapareció antes que un grupo de bailarines con palos, hachas y otras armas, saliese en su persecución.

Durante toda la función se alternaron las apariciones de la fiera con el hostigamiento del grupo, en clara competencia por ganar el favoritismo del público mientras se entregaban al baile, acompañados por el son de las guitarras flamencas. El bulto del escenario permanecía inmóvil sin que nadie le diese la menor importancia.

Comenzaron a sonar palmas lejanas, flotando en un sonido de viento que parecía disminuir en intensidad a medida que aumentaban la fuerza de su batido.

Más fuerte.

Más fuerte.

Un ejército de palmeros batía con intensidad y ritmo, presagiando un acontecimiento próximo.

Una voz de mujer estalló en el aire, llamando entre requiebros flamencos a su hijo. Su cante, profundo y sentido, pareció insuflar vida en aquel inmóvil promontorio que, como respuesta, inició una serie de movimientos convulsos. Algo pujaba por salir al exterior.

Cuando las palmas y el cantar de la mujer alcanzaron el clímax, las luces aumentaron su intensidad hasta consumir con su blancura el

escenario. Sonaron guitarras flamencas y hubo un cambio de luces repentino cuando un enorme velo negro se levantó del escenario flotando, casi ingrávito. Debajo apareció la figura de un hombre erguido. Miraba a la audiencia recortado contra una intensa luz roja que procedía de un foco a su espalda. La sombra permaneció como tal durante segundos, sin apenas moverse, escuchando los acordes de una guitarra, a la que se unieron después otras para tocar al unísono. Las palmas seguían batiendo con menor intensidad, como temiendo la reacción de aquella figura inmóvil. Temiendo, quizás, molestar. Batían despacio, despacio, despacio...

Un nuevo cambio de luces reveló a Ricardo Camañas, con el torso desnudo y fibroso, pantalones de cuero negro y su cabellera recogida con dos agujas en aspa. En sus manos brillaba una enorme espada que comenzó a mover en el aire mientras emprendía un frenético zapateado al son de la música y su coro gitano.

Los ojos de Ángela brillaron, inundados por la presencia en escena del gran bailar. Sus pupilas se dilataron en vertical, confirmando una cualidad felina a sus grandes ojos negros. La joven parpadeó y todo volvió a la normalidad.

En ese momento, entró en el escenario la figura de negro, seguida de cerca por sus perseguidores. Cuando encaró a Camañas, los dos iniciaron un potente baile de taconeos y movimiento de brazos mientras el resto les rodeaba batiendo palmas en un corro. La figura, lanzaba zarpazos hacia Camañas y este repelía sus ataques por medio de la espada, que no paró de agitarse ni un solo momento.

Cuando la lucha parecía más enconada hubo un rápido cambio de luces y, en el tiempo de un parpadeo, Camañas apareció a la espalda de la fiera antes de atravesarle con su espada entre los gemidos del público.

El divo se cubrió con el manto negro y, con la fiera muerta a sus pies, hizo un gesto de triunfo al que sus acólitos respondieron con vítores y palmas. Un fogonazo estalló en mil colores desde el lugar que ocupaba Ricardo Camañas. Después, el gran manto negro quedó sobre el escenario como único rastro de Camañas y los suyos.

De nuevo, la oscuridad...

El público estalló en aplausos espoleado por la emoción. El coro de palmas continuó batiendo con fuerza hasta que un lejano y creciente silbido de viento las apagó para siempre. Los asistentes, en pie, aplaudieron con ardor.

Ángela no pudo reprimir sus lágrimas y estas rodaron por sus mejillas empujadas por una fuerte conmoción. Sus uñas se hundieron en los reposabrazos antes de levantarse.

Había decidido visitarle, esa noche.

Eran las doce cuando Ángela consultó su reloj a la entrada del hotel Sheraton. En el centro del vestíbulo se levantaba una gran fuente rodeada de plantas exóticas multicolores. No existía techo, pues el espacio estaba abierto hasta la última planta, y en torno al hipotético eje de la fuente se abocaban los distintos niveles, separados del vacío por elegantes barandas de caoba. Una gran escalinata recorría los distintos pisos del hotel hasta desembocar, majestuosa, en el recibidor. Mullidos butacones, forrados en tela granate, salpicaban la estancia. A la izquierda, el mostrador de recepción acogía varias personas que aguardaban su turno para recoger las llaves de su habitación.

Ángela reconoció a varios de ellos como participantes en «La Caza del Lobo». Sus rostros cansados palidecían bajo la luz amarilla de los focos. El periódico anunció que el divo había alquilado la planta tercera para él y sus acompañantes. Se rumoreaba que había exigido abundantes flores rojas para decorar su habitación y que retirasen todos los espejos de la planta. Era obvio que carecía del narcisismo propio de los divos sin renunciar a los caprichos que potenciaban su aureola de personaje controvertido. Sin duda habría vigilancia especial, pero merecía la pena intentar verle, así que, se arrebujo en su abrigo de visón blanco, sacudió con estilo su melena oscura y se dirigió al ascensor.

Las puertas metálicas se abrieron para descubrir dentro a un hombre fornido que vestía pantalón y suéter negros. Cubría sus ojos con gafas oscuras y mantenía los brazos cruzados tras la espalda. Cuando Ángela pulsó el botón de la tercera planta, habló:

—Lo siento señorita, la planta tercera es privada y no se puede acceder— dijo con acento eslavo.

—Voy a ver al señor Camañas— respondió con inocencia mostrando la mejor de sus sonrisas.

—Lo siento, pero esta noche, no espera visitas.

—A mí me recibirá, estoy segura.

El ascensor abrió sus puertas al enorme descansillo del piso tercero. Contaba con una profusa decoración de oleos abstractos y varias esculturas humanas en bronce que, desde ambas paredes, observaban a los huéspedes con sus ojos inertes.

La puerta se mantuvo abierta más tiempo del habitual, hasta que la figura de Ángela atravesó sin vacilación el recibidor y encaró decidida el pasillo que conducía hasta las habitaciones.

Sus pasos quedaron amortiguados por la elegante moqueta gris perla, que se extendía a lo largo del pasillo solitario. Al fondo, guardando una de las puertas, dos tipos musculados sonreían en medio de una conversación intrascendente. Ángela olfateó con desprecio el olor a podrido que desprendían sus cuerpos.

—Buenas noches, vengo a ver al señor Camañas.

Los hombres la miraron sorprendidos de que hubiese alcanzado aquella planta, pero su elegancia y aquella sonrisa inocente que exhibía sin pudor, la hacían merecedora de una consulta con el divo.

—¿Cómo te llamas?

—Ángela —dijo mientras extraía de su bolso una caja estrecha y rectangular, forrada en terciopelo rojo—. Esto es para el señor Camañas, hágaselo llegar, por favor— Abrió la cajita y le extendió una amapola roja al hombre más cercano, que tenía el pelo rapado a lo marine. Este la tomó con excesiva precaución, sujetándola con dos dedos, como si su mano pétrea no estuviese acostumbrada al contacto de algo tan delicado. Miró la flor con sorpresa y después consultó al compañero con la mirada.

Este asintió.

—Espera un momento —dijo antes de perderse al otro lado de la puerta.

Durante unos segundos, Ángela evitó cruzar su mirada con la del otro guardaespaldas. Sentía cómo la repasaba con los ojos sin que pudiese hacer nada para evitarlo, al menos de momento. Por su propia seguridad,

debía concentrarse en Ricardo Camañas. Su mente sólo se enfocaba en aquel hombre que ocupaba todos sus sentidos.

De repente la puerta se abrió y el guardaespaldas con cara de bulldog la invitó a pasar con un gesto. Ella les sonrió a ambos, de la misma forma que al hombre del ascensor. ¡Una sonrisa tan bella e inocente! Los dos hombres se miraron extrañados. Ángela inspiró profundo.

Tardó menos de un minuto en abrir la puerta y cuando lo hizo, se detuvo en el umbral para observar la penumbra azulada que invadía la habitación. Después entró y cerró tras ella. Avanzó entre la oscuridad, sorteando el mobiliario sin vacilar hasta divisar a Ricardo Camañas, sentado en un sillón, frente a la única ventana que permanecía con las persianas subidas. La luz fría de la luna bañaba su torso desnudo y fibroso. Parecía mirar absorto a través de los cristales, sin reparar en la presencia de Ángela. Al final habló sin dirigirle la mirada:

—Buenas noches señorita...

—Ángela —dijo la joven con serenidad.

—Señorita Ángela... bonito nombre ¿De dónde viene?

—De lejos.

—¿A qué se dedica? —preguntó de nuevo sin volverse.

—Digamos que... a sobrevivir.

—Ah, una mujer coraje —dijo entre risas.

Ricardo Camañas giró su sillón. El contraluz ocultó su rostro ante los ojos de Ángela, sin embargo, ella percibió el extraño brillo rojizo de sus pupilas. En sus manos, jugueteaba con la amapola.

—Está bellísima, Ángela, realmente bella... ¿cómo supo de mi gusto por las flores rojas?

—Eso no importa, tómelo como un... detalle.

—Pues gracias por el detalle... señorita Ángela, aunque prefiero los claveles.

—La amapola roja simboliza la pasión —dijo la joven.

—No está mal de todas formas— añadió Camañas mientras olfateaba el aroma silvestre de la amapola— ¿Qué le ha parecido la función?

—La escenificación de un asesinato.

—Se equivoca, fue un momento glorioso que liberó a nuestro pueblo,

la muerte del último lobo...

—Es injusto morir antes de tiempo.

—En algunos casos, ese tiempo lo determina la necesidad, señorita Ángela. ¿Está casada?

—Lo estuve...

—Y bien ¿Ha venido hasta aquí para traerme una amapola, o hay algo que pueda hacer por usted?

La mujer permaneció en silencio.

En su interior, luchaban fuerzas poderosas por dominar sus sentimientos. Visualizaba un volcán a punto de erupción. Eran visibles las fumarolas de un negro intenso que se elevaban al cielo como preludio claro de lo que había de suceder. Percibía el temblor del suelo, el crepitar de las rocas incandescentes ascendiendo por una larga e interminable garganta subterránea. Pero era necesario esperar y mantener a Camañas en su mente el mayor tiempo posible. Él podría leer su pensamiento si se lo propusiera pero la imagen del volcán la protegía. Un volcán disfrazado de pasión y deseo que sería suficiente para confundir al bailar y bloquear sus intentos de intrusión.

Camañas se puso en pie y avanzó hasta ella. Sus ojos refulgían como brasas en la oscuridad. Parecía más agitado e inquieto, como si el indolente divo hubiese perdido de un plumazo su indiferencia.

—Quiere que haga algo por usted ¿verdad? —dijo arrastrando las palabras con un susurro inquietante.

Aquellos ojos incandescentes parecían traspasarla en un inesperado arrebató de lujuria.

—Un momento señor Camañas, yo...

El hombre se detuvo a medio metro de la chica. Su repentino frenesí parecía contenerse como las aguas de un embalse con paredes agrietadas. Continuó mirándola en un silencio inquieto.

Fue entonces cuando Ángela comenzó a despojarse de su ropa. Primero, dejó doblado el abrigo sobre un sofá oculto por la penumbra. Después hizo lo mismo con el vestido de raso verde, los zapatos de tacón, las medias y finalmente con la ropa interior. La joven se exhibió desnuda, resguardada por un velo de tinieblas que no parecía obstáculo para la

vista de Camañas. Ambos se observaron entre las sombras, como trenes acelerando por un túnel en dirección contraria. Camañas retrocedió un poco para ganar perspectiva y Ángela avanzó un paso. La luz de luna comenzó a derramarse por la hermosa piel de alabastro, dibujando curvas perfectas y descubriendo unos senos voluptuosos.

Camañas gimió excitado ante aquella venus prodigiosa.

—Así está muy bien, señorita Ángela. Usted me desea, y yo la deseo a usted. Acérquese, tengo sed... —dijo mostrando unos colmillos de puntas afiladas que casi rozaban su labio inferior. De su boca emanaba un aliento putrefacto. El hedor de la muerte a sólo medio metro.

—No te deseo, Camañas, sólo evito que se destroce mi ropa— dijo la chica, retrocediendo hacia la puerta.

—¡Alto! ¿Dónde va? ¿Acaso desea escapar, señorita Ángela?

—No voy a escapar, Camañas. Sólo me aseguro de que *tú* no podrás salir.

La mujer agarró con fuerza el pomo de la puerta y tiró de él encajándola dentro de su marco. El crujido de la madera al romperse, sorprendió a Camañas, que frenó en seco su ímpetu.

—A propósito— dijo Ángela— cuenta la leyenda que las amapolas crecen en los campos de batalla, regadas por la sangre de los caídos. Simbolizan el último sueño... el de la muerte.

Camañas retrocedió hasta la ventana sin apartar la mirada de la joven. Ella emergió por completo de la penumbra hasta que la luna, desde su ascenso solemne al cielo negro, la alcanzó de lleno con sus rayos pálidos y fríos. Camañas se sintió, por primera vez en mucho tiempo, acosado por una fuerza desconocida que despertaba en él sentimientos contradictorios de intriga y temor. Acorralado contra la pared, sólo podía observar la figura de curvas voluptuosas que se acercaba con lentitud, exhibiendo una desnudez que el manto de la luna llena parecía dotar de un color blanco nacarado.

—Mataste al lobo por la espalda, Camañas. Veremos si ahora eres tan valiente...

Un hormigueo reptó por la piel de la joven hasta convertirse en ardor generalizado. Su sangre parecía bullir de manera solidaria dentro de su

cuerpo.

Se estremeció.

El movimiento sísmico propiciaba los primeros temblores de tierra. Así también temblaron sus músculos, se tensaron y contrajeron sus extremidades y apareció un sudor profuso que comenzó a reunirse en grandes gotas que resbalaban por su piel.

Un pelo negro comenzó a crecer por su cara, por su torso, en las piernas y en los brazos. Brotaba, hirsuto y brillante, cubriendo en oleadas los rincones de su anatomía. El volcán había comenzado a expulsar lava, y esta discurría por su borde formando ríos incandescentes que arrasaban cualquier cosa a su paso.

Camañas contempló, a través de sus ojos de vampiro, cómo Ángela se convulsionaba cada vez que sus huesos plásticos se remodelaban y cambiaban de lugar, modificando la forma de su cuerpo, mientras sus músculos temblorosos se estiraban, abultándose, para componer un cuerpo distinto. Entonces, los senos ya habían perdido su volumen y se habían multiplicado en ubres a lo largo de su abdomen. Las caderas habían desaparecido para reforzar a unos potentes cuartos traseros. También su columna vertebral se prolongó para formar una cola que no paró de moverse hasta que los pelos se desplegaron tras liberarse de una sustancia gelatinosa.

La hermosa cabellera negra de Ángela se había incorporado a la tupida alfombra de pelo que tapizaba su cuerpo. El rostro se deformó, alargándose, hasta componer un hocico cruel y puntiagudo bajo el cual se desplegaron dos hileras de dientes largos y afilados.

Las orejas también se alargaron y adquirieron una forma puntiaguda al tiempo que las manos, engarfiadas y temblorosas, se agitaban mientras crecían en los dedos unas despiadadas zarpas.

Apretó los dientes y rugió del dolor que le ocasionaba la energía retenida en su interior. Tensó los músculos del cuerpo, elevó el hocico al cielo y, durante segundos, Camañas escuchó aún el crepitar decreciente de los huesos que faltaban por cambiar.

La explosión del volcán era inminente.

Entonces miró a Camañas y, en sus ojos, la luna arrancó destellos de

rabia y dolor. El volcán explotó y con él, los sentimientos ocultos de venganza y destrucción. El monstruo, con forma de lobo gigantesco, emitió un aullido escalofriante bajo la luna llena.

Camañas, desesperado, intentó saltar a la calle a través de la ventana, pero la criatura le agarró de un tobillo con un rápido movimiento de sus garras y lo atrajo hacia ella. Sus huesos crujieron.

Mientras destrozaba al vampiro, una imagen de Héctor se abrió paso en la mente del monstruo, sonriendo entre aquel maremágnum de sangre y muerte.

Si deseas leer alguna novela más de Roque Pérez Prados, como por ejemplo *Bajo el signo de la noche*, la encontrarás disponible en Amazon, haga click ----> [aquí](#)

Existe una puerta oculta que conduce al sótano donde habitan tus peores miedos. Si me das la mano, te acompañaré escaleras abajo para que te enfrentes a ellos. Te ahogará en lugares claustrofóbicos, serás presa de vampiros despiadados, edificios malditos te arrastrarán a la locura, nadarás en aguas infestadas de tiburones, psicópatas ermitaños te retendrán en sus cubículos, y mucho más... Porque son veinte las maneras de bajar al sótano de tus propias obsesiones.



Roque Pérez Prados, Alicante 1968. Doctor en Visión y Optometría por la Universidad de Alicante y escritor de narrativa. Ganador del 2.º premio de monólogos de terror *Alicante se asusta* (2003). Finalista en los certámenes literarios de Benferri (2007), Tierra de Leyendas (2007), *De noi Disturb*, Hotel Montiboli (2008) XXIII Premio Internacional de Cuentos Max Aub (2009) y premio *La Trama de novela* (2015). Ha publicado el libro de relatos *Veinte maneras de bajar al sótano* (2008) y la novela *Bajo el signo de la noche* (2018, Editorial Libros.com).

